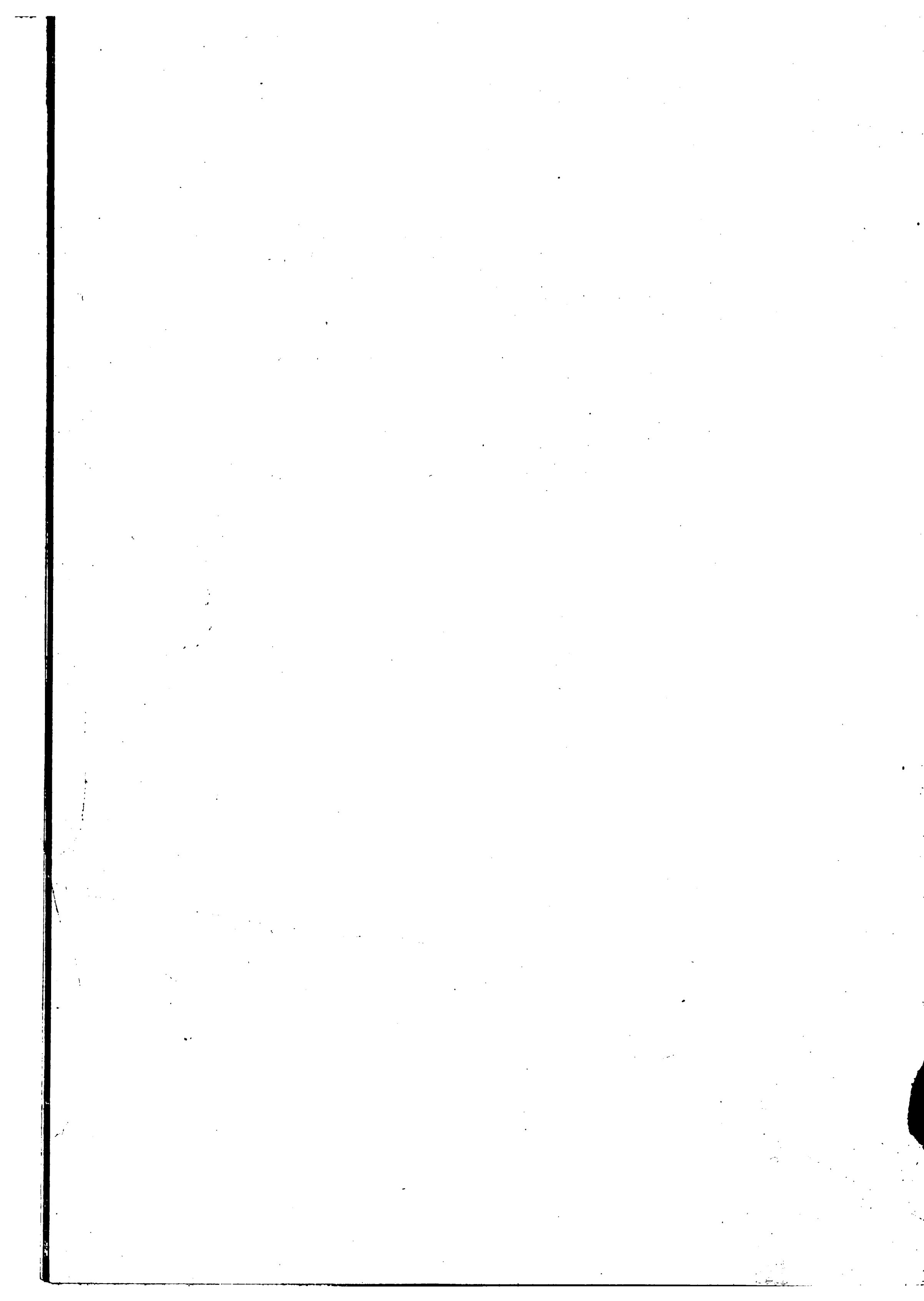
General Julio Londoño

La Visión Geopolítica de Bolívar



General Julio Londoño

La Visión Geopolítica de Bolívar

IMPRENTA DEL ESTADO MAYOR GENERAL — BOGOTA — 1950

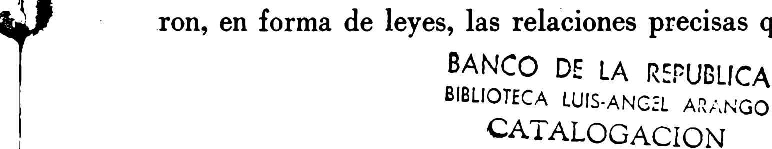
CAPITULO I

LOS PREDESTINADOS

LOS CONCEPTOS GEOGRAFICOS

Cuando los hombres, arrastrados por su innata inclinación a la aventura, traspasaron los límites de su horizonte para descubrir nuevas formas del suelo, y luégo transformaron la visión adquirida en mapas y recuentos, apareció la Geografía. Con el correr del tiempo las incursiones en las tierras desconocidas y en los mares ignotos se hicieron cada vez más numerosas y profundas hasta el momento en que la superficie del Globo entregó todos sus secretos a los audaces exploradores.

Pero en los resultados de toda esa actividad errabunda *el hombre* había sido olvidado por completo. Las Cartas Geográficas habían adquirido una desconcertante precisión, y por el mundo circulaban millares de volúmenes que describían con minuciosa exactitud los más apartados rincones de la tierra. Sin embargo, todo aquel trabajo inmenso contribuía a formar una ciencia muerta, una ciencia sin "por qué", una ciencia sin alma. Fue entonces cuando empezó a comprenderse el valor enorme de las transformaciones que el hombre efectuaba sobre el suelo y las diferentes influencias que determinadas condiciones de las áreas terrestres tenían sobre la vida de los pueblos. Se llamó en auxilio de la geografía a la botánica y la antropología, a la zoología y a la historia, a la sociología y a la geología. Se cotejaron, siempre en función de la vida humana, los diversos ambientes en que se desenvolvía la existencia de pueblos diferentes y se abstrajeron, en forma de leyes, las relaciones precisas que enlazaban los



momentos sucesivos del desarrollo de las nacionalidades. Así surge la geografía política, que tiene la capacidad de fijar la evolución de un conglomerado humano cualquiera en un momento preciso de su historia.

A medida que las ideas sociales cobran fuerza, el hombre como tal pierde importancia, y el Estado, en forma de organismo vivo, reemplaza al individuo y al núcleo humano como sujeto histórico y geográfico. Se empieza a fijar el poderoso influjo que determinadas características del país —territorio que circunscribe al Estado —ejercen en la forma y dirección del poder estatal, o lo que es lo mismo, en su política. Así aparece la Geopolítica, palabra que el sueco Kjelen empleó por primera vez para designar las mutuas influencias entre el país y el Estado, tomado éste como un sér vivo y dinámico.

La raza, la forma geométrica, la extensión, la ubicación en el continente o en el mundo, el tipo de las riquezas naturales, la proximidad de vecinos poderosos o débiles, la presencia de grandes planicies con su capacidad dispersiva, o de elevadas cordilleras con su fuerza separatriz; las grandes cuencas hidrográficas con su poder unificador, o el dón de un mar conveniente, son elementos categóricos que en gran parte condicionan la política de un país y sirven a la geopolítica para explicar el pasado de una nación, para precisar su desenvolvimiento a la manera de un "film", y aun para justificar su osadía en los intentos de vaticinar el porvenir.

Cada vez que los conductores, desoyendo la voz de la tierra se apartan, en sus concepciones sobre el poder del Estado, de esos imperativos geográficos, la nación se desorienta, pierde su rumbo, se siente sumida en un estado caótico, su personalidad se desorbita, y las contradicciones en su desenvolvimiento histórico aparecen en todas sus actividades, aun las más diversas. Cada vez que los poderes estatales, para la realización de sus ideales, toman en cuenta los íntimos dictados de la tierra, la nación se encuentra a sí misma, halla de nuevo su camino, siente la seguridad que proporciona la simbiosis entre el hombre y el suelo, y adquiere la conciencia de organismo biótico.

Pero no en todos los grandes hombres dirigentes de Estados, estas vigorosas urgencias telúricas tienen la misma resonancia. Para algunos, poseen el carácter de dictados que en forma de principios teóricos más o menos complejos deben involucrarse a las normas políticas, como prescripciones doctrinarias; pueden tener conciencia de su importancia, desear su justa aplicación y aun tener rectas intenciones de tomarlas persistentemente en cuenta; pero sus raíces son tan poco profundas que las insinuaciones espaciales llegan hasta ellos en forma tan débil que el dinamismo que pueden engendrar se diluye sin efecto alguno en la energía requerida por otras actividades.

Otros hay, en cambio, cuya raigambre se adentra de manera tan profunda en las oscuras entrañas de la tierra, que ésta les comunica razones ocultas, hace trepar sus impulsos hasta saturar su carne, teñir su sangre, matizar sus ideas y enrumbar sus acciones, convirtiéndose así en una palpable forma de destino. Son éstos los hombres para los cuales su propio país se vuelve una idea exclusiva y obsesionante, y toda realización, como si se tratara de una materia plástica, se acomoda al molde que forman los dictados geográficos del propio país; son, finalmente, estos hombres, aquellos para los cuales el espacio geográfico carece de secretos.

Quizás en ninguno de los grandes hombres de la época moderna se ha hecho tan patente, como en el Libertador, esta comunidad de esencia, esta identidad de naturaleza entre el hombre y su suelo.

Dios formó su carne con el limo de América. Por eso su prodigiosa actividad, sus pensamientos, sus hechos, sus estudios y sus afanes, sus esperanzas y sus ambiciones convergían sobre el continente de una manera invariable; y por eso también, ríos y mares, montañas y planicies, los elementos geográficos todos del Nuevo Mundo, se expresaban a través de él; su voz era la misma voz de la tierra, y la epopeya bolivariana con sus aspectos grandiosos, frecuentemente sangrientos y atormentados, no fue otra

cosa que la forma potente en que el suelo americano expresó su deseo de ser libre:

El inmenso acervo de los escritos bolivarianos sirve a esta verdad de testimonio irrecusable. En las cartas de París o Caracas, de Roma o Bogotá, de Chuquisaca o Londres; en las misivas desesperadas de Pativilca o en la correspondencia apasionada con Fany de Villars; en el manifiesto de Cartagena o en el juramento del Monte Aventino; en los mensajes al congreso o en las esquelas a Manuela Sáenz; en el delirio sobre el Chimborazo o en la constitución de Bolivia; en las proclamas inmortales o en el discurso ante el Congreso de Angostura; en el proyecto del Congreso de Panamá o en la arenga a los enviados del Río de la Plata, en todo cuanto salió de su pluma prodigiosa el espacio es el tema fundamental, el concepto troncal del que se desprenden las demás ideas como las ramas en los árboles.

Sólo comprendiendo esta verdad profunda de la consustancialidad del hombre con el suelo, a la cual lo encadenaba el destino, es posible explicarse esa influencia aparentemente misteriosa que determinados accidentes del terreno ejercieron inmutablemente sobre las diversas actividades del Libertador: a lo largo de su vida, a momentos semejantes correspondieron de manera invariable sitios semejantes.

Sus grandes triunfos, aquellos que decidieron de la suerte de América, tuvieron siempre como escenario las anchas planicies: Carabobo, La Puerta, Bomboná, Junín, Pantano de Vargas.... Y es quizás en este aspecto, más que en ninguno otro, en donde radica, desde el punto de vista militar, la diferencia principal entre la "manera" de Bolívar y la de Sucre. Mientras el uno se disputaba la gloria sobre regiones planas, el otro debía unirse fatalmente a los flancos de las cordilleras. Pichincha, Ayacucho, Tarqui, son ejemplos fehacientes. Sucre tuvo siempre una táctica de ladera, mientras que la del Libertador fue una táctica de explanada.

Pero no es solamente en este aspecto militar en donde la persistencia del elemento geográfico se manifiesta. Sus tres grandes momentos apoteósicos tienen la misma similitud de las

plazas coloniales de Quito, Bogotá y Caracas; los refugios en que se entrega al amor apasionado tienen la extraña semejanza que existe entre la Quinta de Bogotá y la de Magdalena del Mar. Los dos grandes momentos en que su salud se quebranta y su espíritu se llena de escepticismo y amargura, tienen la extraña consonancia de la casa de Pativilca y San Pedro Alejandrino. Los sitios costaneros en donde se estaciona coincidencialmente, mueven su genio inspirado para los planes proféticos relativos a estructuración de las naciones y las confederaciones salvadoras; tal sucede con Lima, Cartagena y Jamaica. Cada vez que se encuentra sobre una altura desde donde alcanza a dominar los vastos horizontes, su imaginación arrebatada lo lleva inmutablemente a las esferas de la divinidad: sobre el monte Aventino pone a Dios por testigo de la libertad de América; en la cumbre del Chimborazo dialoga con el Dios de Colombia; en Potosí coloca a los pueblos de la América Meridional bajo el amparo de los poderes divinos; sobre el cerro de Mariquita, la última altura que debía escalar en su vida, cuando va camino del ostracismo y de la muerte, ante el inmenso panorama que aparece delante de su ojos, trenzando las puntas de sus dedos sarmentosos, exclama al salir del éxtasis que lo absorbe: "¡Qué grandeza! ¡Qué magnificencia! Aquí Dios se ve, se siente, se palpa".

Pero es indudable que de todas las manifestaciones que muestran la predestinación espacial del Libertador, la más significativa de todas es aquélla de su admiración por determinados personajes. Sólo el hombre que comprende la tierra, que puede descifrar su oscuro sentido, que es capaz de entender su voz, le subyuga y le atrae; únicamente aquellos que penetran los secretos de la naturaleza y que saben interpretar los misterios del espacio geográfico, le deleitan y fascinan. De aquí su contradictoria opinión sobre Bonaparte, a quien admira largamente por su genial capacidad para las conquistas territoriales, su aptitud prodigiosa para derribar coronas y transformar naciones, su asombrosa disposición para ensamblar a su antojo las más complicadas áreas geográficas, pero de quien se aparta cuando se muestra como un César, cuando traiciona las ideas de democracia y liber-

tad, cuando reemplaza por otros los tronos que había demolido su empuje revolucionario. De aquí su perenne devoción a su maestro don Simón Rodríguez, ese lunático errabundo que adoraba el sol, se sentía hermano de las plantas, trataba con cariño de avaro los guijarros de colores extraños, paseaba desnudo entre la naturaleza exuberante, dormía con frecuencia en la arena cálida de las pampas, y luchaba tenazmente por despejar la incógnita que guardaba celosamente el medio ambiente en que discurriera su existencia; ese hombre que, con un loco afán de confundirse a cada instante con todos los ambientes del Globo, le decía de continuo: "No quiero ser como los árboles, que echan raíces en un lugar determinado y allí viven y mueren, sino como el viento que sopla y se mueve, como el agua que corre, como el sol que esparce sus rayos vivificadores dando luz y vida; quiero ser algo que evolucione, algo que vibre, algo que se mueva sin cesar....".

De esta característica arranca su destacada veneración por Humboldt. Nadie como el geógrafo prusiano ha marchado sobre la redondez del mundo poniendo en cada lugar el oído sobre el suelo para escuchar el acento profundo de las entrañas de la tierra. Se niega a asistir a la coronación del Emperador pero no falta a ninguno de los actos con que en los mismos días los científicos franceses honran al sabio múltiple. Lo visita casi diariamente en la exposición que ha abierto en París, conversa largamente con él, lo acosa con preguntas sobre las posibilidades y riquezas del Nuevo Mundo y solicita sus consejos sobre las siembras y los riesgos, sobre adaptación de ideales políticos, y el porvenir de nuestros aborígenes, negros y mestizos. Las palabras del grande hombre tienen para él un sentido dogmático y sus enseñanzas y conceptos, con su brillo de cosa verdadera, permanecerán en su espíritu a lo largo de su existencia. Su noble figura y su sabiduría ilimitada serán siempre un punto de partida, un término de comparación en las más destacadas situaciones. Por eso la sombra de Humboldt aparece lo mismo en la razonada carta de Jamaica que en el extático delirio sobre el Chimborazo. El día en que el compañero y amigo de Humboldt, Bonpland, es encarce-

lado en el Paraguay por el doctor Francia, quien atribuye a sus estudios geográficos una intención política, Bolívar escribe la primera y única carta en que suplica y pide resignadamente un favor a un hombre o a un gobierno: "Sin duda V. E. no conocerá mi nombre ni mis servicios a la causa americana.... Dígnese V. E. oir el clamor de cuatro millones de americanos libertados por el ejército de mi mando, que todos conmigo imploran la clemencia de V. E. en obsequio de la humanidad, de la sabiduría, y la justicia, en obsequio del señor Bonpland". Y como pasaran los días y no recibiera respuesta alguna del dictador paraguayo, planea una expedición liberadora cuya marcha sólo detienen, en último instante, serias razones de carácter internacional.

Esta predilección bolivariana por los hombres cuyo pensamiento juega con los amplios espacios, explica claramente uno de los incidentes más dramáticos en la vida de Bolívar: su enemistad con Miranda.

En 1810 el Libertador se encuentra en Londres por primera vez con el viejo General en su residencia de Picadilly, y experimenta un deslumbramiento al oir hablar a aquel hombre que frisaba en los 60 años, no tanto de su fe en la libertad de América cuanto de sus conceptos espaciales referente a la posible liberación. La formación de un Incanato, especie de gigantesco imperio compuesto por las diversas provincias españolas del Nuevo Mundo; su división en comarcas mandadas por jefes indios; la seguridad de una vasta empresa guerrera que marchara por el Orinoco, atravesara la capitanía de Venezuela, cruzara la Nueva Granada y llegara luégo hasta el virreinato del Perú, y la apertura de poderosas líneas de navegación que partiendo de los puertos americanos encauzaran el comercio mundial. Todo esto llenaba por entero el alma de Bolívar. Para éste, el hombre renombrado, prisionero unas veces y otras mimado por diversos gobiernos, que había recorrido frecuentemente la Europa desde Constantinopla hasta Londres y había combatido en las filas de las huestes de Bonaparte, y visto de cerca los más grandes y disciplinados ejércitos del mundo, era un personaje indispensable en la independencia de su Patria. Lo invita a que vaya a Caracas, y

en enero de 1911 sale al puerto de la Guaira a recibirlo lleno de alegría y de esperanza.

Erró Bolívar al creer que aquella decadente personalidad estuviera unida a la tierra como lo estaba él. Ignoraba que los extensos planes del General que se había batido gallardamente a la sombra de Dumouriez, no tenían con la tierra de América, otros lazos que los del patriotismo y la imaginación.

Para Bolívar, la libertad era un árbol que hundía sus raíces en el propio país, que vivía del medio, que tenía todas las características zonales, que nada tenía foráneo. La inquietud patriótica de Miranda era parasitaria; sus raíces eran adventicias; prendía lo mismo en el budoir de Catalina de Rusia que en la fría residencia de William Pitt; en el ambiente bohemio de la colonia suramericana de París, que en la pragmática filosofía de Jefferson. Pero el día en que se colocó sobre el suelo venezolano halló un medio inadecuado a su existencia. No hay, en toda epopeya americana, un caso de desadaptación —lo español incluído— más claro y rotundo que el de don Francisco de Miranda. Había partido de Caracas antes de cumplir 23 años, y regresaba pasados los sesenta después de una vida extraordinaria en los ambientes más diversos e impresionantes del mundo, y se sentía desorbitado, incomprendido e incapaz de comprender el nuevo medio para él inencauzable y caótico. Cuando Monteverde empieza su avance desde la costa hacia el interior de Venezuela, la junta patriótica le nombra Director y Generalísimo dándole los más amplios poderes que podía otorgar a hombre alguno. En ese momento, ideal supremo de su vida accidentada, quiere, para salvar al país, trasladar lo europeo a América, y este gigantesco desarraigado empieza febrilmente a tomar unas tras otras todas las medidas que están en contradicción con la raza y el medio; su actividad parece un reto al sentido común; su esfuerzo es honrado pero ciego. Humilla públicamente a Bolívar porque exhibe sus habilidades de jinete en medio de los llaneros asombrados: le hace retirar sus galones de Coronel improvisado, entre sarcasmos e ironías sangrantes; forma su ejército de 4.000 hombres, cambia su alimentación, prohibe sus juegos, le impone una férrea

disciplina, lo ejercita conforme a los reglamentos de Federico el Grande; cambia sus vestidos por acomodados trajes imperiales; somete a los centauros de los Llanos de Apure y Arauca a interminables marchas a pie para acostumbrarlos a la táctica oblicua del Rey de Prusia; priva a los criollos del mando y nombra extranjeros, franceses en su mayoría, para desempeñar el puesto de oficiales, y cuando no puede descartar a alguno lo envía a un sitio lejano con una misión de importancia secundaria; se aparta del pueblo, pasa sus ratos de solaz con los aristócratas, y finalmente, fija una estrategia defensiva para esta gente que conoce el terreno como sus propias manos o que ha pasado su vida sobre el caballo cruzando al galope la llanura inmensa. Ignoraba que, "con pequeños ejércitos en América, sin caminos, por llanuras, bosques y montañas, el arte militar no puede aprenderse en los libros, pues no es una ciencia, sino un complejo de audacia y previsión, de elementos que no se adquieren".

Al presentarse el invasor, Miranda le opone este espantajo extravagante. El desastre que sobreviene retarda casi por diez año la libertad de Venezuela. Con sistemas totalmente contrarios, Bolívar realizaría más tarde en forma magnífica, la independencia del Continente.

En el alma del Libertador se escondió el odio contra Miranda cuando se dio cuenta de que éste no tenía nada de común con el suelo; que nada entendía de la naturaleza americana; que era un hombre que luchaba en América pero había dejado su corazón en Europa. Y por eso, espoleado su rencor por los rumores insistentes que circulaban respecto a la fuga del General derrotado, a sus deseos de sometimiento absoluto al poder español y a sus intenciones de llevar consigo importantes sumas al extranjero, decidió ponerlo preso. El hecho se realizó en la Guaira en la noche del 30 de julio de 1812, y esta prisión sería la última de su vida, aquella de la cual sólo lo libraría piadosamente dos años después, "la fiebre pútrida" en la carraca de Cádiz.

EL DESTINO

Todos los grandes conductores de la humanidad nacen y viven bajo la influencia de su signo categórico que marca todas

sus obras, encauza su destino y caracteriza nítidamente la parte que les corresponde en la historia del mundo. Napoleón, por ejemplo, nació bajo el signo del tiempo: convertir en victorias los minutos y las horas; adivinar el momento preciso para realizar un hecho grandioso; señalar su época en caracteres indelebles y ser el más grande hombre de su tiempo, era la preocupación exclusiva de su cerebro privilegiado, y constituía la idea poderosa y tenaz a cuyo impulso ascensional realizó su obra inmensa.

Bolívar, como Alejandro, estaba dominado por la categoría del espacio. Pero no se trata del espacio en sí mismo, de la extensión por la extensión a la manera de Atila o Gengis Kan, de Tamerlán o de Filipo, sino del espacio organizado, del suelo convertido en política, del limo transformado en nacionalidad.

Y una de las características más dramáticas de estos conductores geniales consiste precisamente en que cuando la rama descendente de la parábola de su obra maestra se aproxima a su término, rozando el campo de la tragedia, cambia de signo y el grande hombre se ve obligado por el destino a vivir en la misma tortura de sentirse enfrentado, definitivamente impotente, a una categoría contraria a la que ha animado su vida y señalado su obra. Alejandro tiene que esperar la muerte enclavado en el lecho y dentro de un recinto amurallado; Bonaparte, el hombre del tiempo, pasa los últimos dos mil días sobre una roca frente al espacio infinito; el Libertador, inmovilizado por la fiebre bajo los samanes de San Pedro Alejandrino, pasa los días interminables, esperando, siempre inútilmente, un pasaporte que le permita ponerse de nuevo en movimiento para recorrer los caminos del mundo. Quizás la ceguera de Miguel Angel, la sordera de Beethoven, y la locura de Nietzsche al final de sus vidas grandiosas no son otra cosa que indicios del cumplimiento inexorable de esta ley implacable contra la gloria.

Pero hay un hecho significativo en la comunidad entre el hombre y el suelo, que se relaciona estrechamente con la historia de América y especialmente con la historia suramericana. Sin tocar las esferas excepcionales del genio, los hombres cuyas hazañas llaman más la atención en la política o las revoluciones del

continente, han sido precisamente aquellos que han estado más cerca de la tierra, hombres que surgían del suelo como plantas nativas, que parecían un producto exacto del paisaje o del medio. Personajes de tercer orden como Facundo Quiroga en la Argentina, Tupac Amarú o Castilla en el Perú, Páez en Venezuela, Antonio Conselleiro en el Brasil o Agualongo en las regiones limítrofes entre Colombia y el Ecuador, deben la fuerza de su personalidad, no al conocimiento del medio, como se ha pensado siempre, sino más aún, a que están hechos de la misma sustancia que el medio, a que han sido amasados con polvo de su propio suelo, a que una misteriosa fuerza que emana del limo y traspasa su organismo, los hace ver y sentir en una forma en que no pueden hacerlo sus conciudadanos, y que por este hecho están dotados de una suerte de poder adivinatorio, de una capacidad especial de comprensión, de una prodigiosa vitalidad que no puede ser dominada de manera definitiva sino por una desmensurada acumulación de violencia o por una personalidad superior.

Un caso muy destacado a este respecto es el de Boves. Boves, más que un llanero, era la humanización del llano. A caballo era un centauro, y esta palabra está casi despojada de metáfora; tenía un dón zoológico de orientación; conocía instintivamente la proximidad de las lluvias y la profundidad de los ríos; sospechaba la presencia de los animales ponzoñosos; dominaba caballos y ganados con una maestría inigualable; sabía el lenguaje que conmovía a los llaneros y le permitía llevarlos por igual al pillaje o a la muerte. Por todas sus condiciones telúricas, en su oficio de cuatrero tal vez no ha sido superado hasta ahora, y por la misma razón, tenía que ser el más encarnizado y tenaz enemigo con que Bolívar tuviera que tropezar en toda su empresa libertadora. El instinto geomórfico de Boves le indica que la independencia de Venezuela será tarde o temprano una asombrosa realidad si el caudillo enemigo sobrevive; por eso jura solemnemente darle muerte con sus propias manos, y su rencorosa decisión tiene tal alcance que cuando, como General victorioso, realiza la toma de Valencia gracias al impulso incontenible de sus hordas enfurecidas, da un banquete al que deben asistir todos los no-

tables que habían participado en la defensa de la ciudad, para hacer un armisticio y mostrar su magnanimidad, ordena el asesinato de todos los invitados sin perdonar uno solo, pues espera que entre ellos haya parientes y amigos de su mortal adversario. Por fortuna, poco después de realizar este acto sin nombre, sobre el campo de batalla una lanza le inmoviliza el corazón y lo devuelve a la tierra como una retribución a la extraña fuerza que lo había movido.

EL HOMBRE Y LA TIERRA

Estos hombres a quienes la tierra dice al oído sus secretos, a veces de manera tan pródiga, llevan impreso un sello especial que los distingue de los demás y los coloca a todos en un rango genérico. Quizá la peculiaridad más arraigada en todos ellos es la inmutabilidad de sus rasgos esenciales, la permanencia de los signos de su carácter. Sean cuales fueren las circunstancias prósperas o adversas en que se encuentren, obran de la misma manera y manifiestan sus pasiones en forma idéntica sin apartarse de las normas directrices. Sus virtudes y sus defectos, sus condiciones ventajosas o desventajosas los acompañan a lo largo de la vida sin modificaciones importantes aun los momentos en que, habiendo llegado a la cumbre de una situación política ambicionada, parece que toman un rumbo contrario; a menudo en el fondo de sus opuestas actuaciones no hay otra cosa que una forma diferente de manifestar sus primitivas inclinaciones.

Quien intente comprender a Bolívar tiene fatalmente que seguir sus trayectorias sin perder de vista estas condiciones, porque son ellas las que le dan a su carácter y a su obra modalidades tan diversas: visionario y pragmático, implacable y magnánimo, agnóstico y fanático.

Otra de las características de estos hombres, y que en Bolívar, a causa de su grandeza, se manifiestan claramente, es el extremismo en sus decisiones y pasiones. Para ellos no existen las soluciones intermedias; reniegan de los matices, abominan de las medias tintas, están fuera de la comprensión de aquel "áureo medio" que Aristóteles recomendaba a todos los mortales. Y aun-

que muchas veces quisieran atemperar los resultados de sus actos y obrar con una benéfica moderación, una fuerza más poderosa que su voluntad los arrebata e impulsa. Fruto de esto es la muerte de Piar; la sorda inflexibilidad con los conjurados del 25 de septiembre; las violentas depresiones que lo colocaron tres veces en los umbrales del suicidio; la generosidad ilimitada; la magnanimidad que muchas veces no excluía la crueldad; el apasionamiento desenfrenado en sus relaciones amorosas; la orgullosa ambición por la gloria y la estoica resignación en las penalidades. Quienes lo conocieron con una cierta intimidad quedaron siempre desconcertados ante estas manifestaciones. Tratando de ponerlas en claro, en relación con la amistad, Santander, en sus memorias, recoge estas frases de O'Leary: "En sus amistades y en sus odios, Bolívar toca los extremos. Ningún amigo suyo tiene defectos; ninguno de sus enemigos tiene virtudes. Para recompensar a un amigo o vengarse de un enemigo no repara en los medios por lo injustos e inmorales que sean. Tampoco se detiene a examinarlos cuando le importa llegar a un objeto aunque procura esconderlos a la vista general del público".

Muy marcado es también, en esta clase de personalidades, el deseo de perdurar en el primer plano de manera exclusiva. Cada vez que tropezamos con uno de ellos en la historia de América y aun en la historia del mundo, notamos de inmediato que el sentimiento de permanencia indefinida domina especialmente la última parte de su vida llegando a veces, para poder lograrlo, hasta fraguar combinaciones lamentables, a ejecutar actos de una crueldad sin límites, o a tomar decisiones que rayan en la desesperación, olvidándose de que a poco tiempo de estos hechos, tendrán que sucumbir irremediablemente. Los lejanos galanteos a la corona, la teoría de la presidencia vitalicia, la contradictoria e inoportuna solución de la dictadura, la lucha con la convención de Ocaña, la escena desafortunada de la Quinta de Fucha cuando el congreso aceptó su renuncia..... Todas estas cosas no son más que la tendencia a la supremacía indefinida.

Pero la condición que más llama la atención en esta clase de tipos humanos, especialmente cuando el plan que se ha trazado

es considerablemente dilatado en el espacio y en el tiempo, es el convencimiento de su predestinación, que los lleva de manera segura y firme a emprender obras grandiosas y acarrea, en aquellos que rinden su voluntad, un fanatismo que hace intervenir a la Divinidad en todas sus obras, y trata de dar un carácter sagrado a todo cuanto se relaciona con los momentos destacados de su carrera.

Bolívar siente dentro de sí ese impulso de destino. En 1813 dice: "Vosotros sois los resortes de que se vale la Providencia divina para castigar la perfidia y la crueldad de los opresores de América" (1). En 1818, en Angostura se expresa así: "Así, retrocederé sin hacer mal a nadie, excepto a aquellos que se opongan al cumplimiento de mi encargo providencial". Y en Potosí, en el supremo momento de su vida: "El demonio de la gloria debe llevarnos hasta la Tierra de Fuego; y a la verdad, ¿qué arriesgamos?.... Ruego a Ud. que pida en mi nombre al Congreso que me deje seguir mi destino, y que me deje ir a donde el peligro de la América y la gloria de Colombia nos llame. Sucre, Córdoba y el Ejército entero participan de este sentimiento conmigo..... Que me dejen seguir mi diabólica inclinación, y al fin habré hecho el bien que puedo" (2).

Pero si él mismo siente que su destino está ligado a consignas divinas y experimenta en sí esa especie de "*amor fati*" que acompaña a los hombres de magnitudes excelsas de acuerdo con la aseveración de Nietzsche, quienes lo rodean y siguen creen en ese designio de lo alto con una intensidad mayor y con una fe más profunda. La historia de Bolívar está llena de estas situaciones en que en los momentos de peligro hombres que no temían a la muerte se atenían a él como a una advocación mística: cuando abandona temporalmente a los suyos en los Llanos de Venezuela porque ocupaciones placenteras lo reclamaban en otro sitio, Soublette, al empeñar la lucha, con acongojado resentimiento le escribe: "A pesar de todo cuanto nos ha sucedido estamos

---

(1) Puerto Cabello, 17 de septiembre.
(2) A Santander. La Paz 8 de septiembre de 1825.

contentos; pensamos en Ud. y su nombre es santo y seña en el combate".

Necochea, el héroe argentino, acaba de recibir en Junín siete heridas mortales de lanza y sable. Bolívar marcha hacia él para consolarle en su hora postrera, y el agonizante reúne todas sus fuerzas para decirle: "Señor, sois superior a cuanto yo me había figurado de los hombres; para restaurar la sangre de mis heridas dadme una sola gota de la vuéstra".

Padilla, el 23 de julio de 1824, antes de atacar la escuadra española mandada por Laborde, se dirige así a sus bravos marineros: "Triunfaremos mañana porque mañana es el natalicio del Libertador".

Mosquera, después de su triunfo sobre Obando en Tescua, dice en su proclama de jefe vencedor: "No podía ser de otro modo: era primero de abril y yo empuñaba la espada con que el Libertador venció en Junín.....".

Nada tiene pues de extraño que ante la difusión y el arraigo que esta idea tomaba, se cantaran en las iglesias de Lima novenas a Simón Bolívar; que Choquehuanca, en su inmortal arenga de Pukará, hubiera tratado de fijar la razón de ese "designio providencial"; que la gente que escudriña su vida apasionadamente haya encontrado que jueves era el día de su nacimiento y jueves fueran también el día del Rincón de los Toros, el del atentado de Jamaica y el 25 de septiembre, fechas todas éstas en que pudo inexplicablemente salvarse de la muerte, y apliquen a estos hechos un significado esotérico; que los sitios en donde padeció sus grandes amarguras o disfrutó de las embriagueces del triunfo se conserven hoy como santuarios en los cuales la veneración crece con el tiempo.

En esta simbiosis entre su espíritu y el suelo está íntegramente la clave de la existencia y la grandeza de Bolívar. Por eso Rodó, perplejo ante la extraña forma en que se había desenvuelto la epopeya bolivariana, tuvo que expresarse así: "Es el barro de América atravesado por el soplo del genio que transmuta su aroma y su sabor en propiedades del espíritu y hace exhalarse de él en viva llama una distinta y original heroicidad".

CAPITULO II

EL CONCEPTO ESPACIAL DE BOLIVAR

EL ESPACIO Y EL PODER

Quizá ninguno de los conceptos fundamentales de la Geopolítica tienen una relación más estrecha con el destino de los pueblos que el concepto de espacio. No puede asegurarse que el espacio por sí mismo tenga la propiedad de engendrar el poder, pero sí puede afirmarse, sin excepción alguna, que a través de las páginas de la historia universal cada vez que ha aparecido una gran nación su existencia ha estado invariablemente unida al dominio de un gran espacio.

La extensión de los antiguos imperios que dominaron los continentes o que impusieron su hegemonía al mundo conocido aparece como pequeña comparada con las gigantescas amplitudes que dominan hoy las grandes potencias mundiales. Tal vez la diferencia de extensión entre unos y otras puede expresarse por una proporción en que figura también la disparidad entre la potencialidad de los antiguos y de los nuevos.

Hay muchas razones en las cuales se apoya la ventaja de una gran extensión espacial en el desenvolvimiento del potencial nacional. Las invasiones de carácter militar a un país de gran extensión son empresas que exigen un montaje de tal magnitud que sólo naciones de un gran poderío pueden emprenderlas. Y estas empresas bélicas encuentran en la extensión dilatada un obstáculo más difícil de vencer que las propias tropas enemigas, especialmente porque los elementos primordiales que forman la medula del Estado, objetivo primordial de estas aventuras, pue-

den trasladarse de uno a otro sitio distante dentro de su propio territorio sustrayéndose de esta manera al dominio absoluto. Rusia para un Bonaparte o para un Hitler, o la China milenaria, para las invasiones diversas en todos los tiempos, son ejemplos muy claros. Las naciones pequeñas, en cambio, son presa fácil de otros más poderosos que tengan ambiciones de conquista. Fuertes nacionalidades, estructuradas de acuerdo con una elevada cultura, llámense Grecia o Venecia, y cuya vida dependió de la influencia dominante sobre extensas comarcas, no pudieron resistir, pese a su heroicidad, al empuje de sus invasores.

La caprichosa repartición de las riquezas naturales sobre la superficie del Globo hace que los pequeños territorios encierren dentro de sus límites una muy restringida cantidad de aquellas riquezas, y que no puedan bastarse a sí mismos por cuanto carecen por lo general de la mayor parte de los elementos que necesitan, y cuando en ellos abunda —caso frecuente— un tipo de riqueza natural o materia prima, su economía se vuelve asimétrica y tiene que vivir del comercio obligado con países más fuertes, despertando en éstos un sentimiento de codicia que prontamente se convierte en latente amenaza. El país extenso, en cambio, lleva en sí riquezas variadas que le permiten un intercambio interior que lo engrandece prontamente, y puede al mismo tiempo mantener un comercio exterior más variado y menos vital. Así puede formar ambiciosos planes de vías de comunicación y conectarse más fácilmente, debido a la extensión de sus fronteras o litorales, con los grandes ejes de navegación o las líneas primordiales del comercio del mundo.

Finalmente, la representación diplomática de los grandes países, y su valer en el concierto de las naciones son más efectivos que en los pequeños. Los representantes de aquéllos son normalmente más respetados y atendidos. A primera vista esta condición aparece como de escasa importancia, pero en realidad no lo es: la amplitud espacial produce en los habitantes de un país un extraño sentimiento de seguridad, una idea de superioridad, una inclinación imperial que se traduce claramente en las actividades estatales; por esta razón sus representantes llevan casi

siempre ideas más amplias, combinaciones comerciales o políticas de mayor envergadura, concepciones de su misión en concordancia con un destino venturoso y directivo, ya que se sienten más seguros de su libertad. Magnitud y cultura no son siempre correlativos: el Tibet, es más atrasado que la Argentina, y es cuatro veces más extenso: Australia es menos culta que Suiza, el Congo que las Islas Británicas, Siberia que Francia. Pero magnitud e independencia van aparejados con una sorprendente frecuencia. Al empezar la última guerra mundial, de los 67 países de 10.000 k^2., sólo eran libres el 12%; en cambio, de los 48 de más de 400.000, eran libres el 72%.

A pesar de las manifiestas ventajas que ostentan las naciones extensas hay un caso en el cual las pequeñas pueden llevar la delantera; se trata de los asuntos culturales. De Montesquieu hasta Maquiavelo y desde Polibio hasta Aristóteles, muchos de los grandes pensadores habían visto claramente que el carácter de un Estado cambiaba sensiblemente a medida que aumentaban o disminuían sus fronteras, que se ensanchaba o se restringía su extensión. A medida que el Estado aumenta su espacio va asumiendo caracteres más materialistas, va tratando, con la fuerza que adquiere, de hacer primar en su desenvolvimiento la materia sobre el espíritu, la fuerza sobre la razón, el auge de las industrias y el comercio sobre las manifestaciones intelectuales, la civilización sobre la cultura. El país grande se proyecta hacia afuera, y el pequeño hacia adentro.

Por estas razones, cuando ya la empresa de la liberación americana del dominio europeo se puede entrever como una realidad, aparece ante el Libertador el primer dilema en cuestiones geopolíticas: ¿formar nacionalidades grandes o nacionalidades pequeñas? ¿Encauzar el mundo hispanoamericano por el camino de la materia o del espíritu? ¿Hacer las naciones fuertes o hacerlas cultas? No puede haber término medio. De la solución que adopte depende la supervivencia de los Estados independientes. ¿Cuál camino seguir?

Una vez lograda la independencia y cuando España haya salido de las dificultades en que se encuentra debido a las inter-

venciones napoleónicas en los asuntos españoles, pondrá toda su fuerza al servicio de la reconquista de sus colonias ultramarinas. Inglaterra pretende dominar el comercio de la América Central y Meridional, para lo cual cuenta con la más poderosa flota del mundo. Francia ambiciona extensos territorios en las partes norte y sur del continente suramericano, y la Santa Alianza manifiesta abiertamente su desacuerdo con la independencia americana, y pone toda su influencia al servicio de sus ideas. Pasada la guerra emancipadora las nuevas nacionalidades quedarán debilitadas y exhaustas, sin comercio ni industrias, sin marina y sin armas. Primum vivere. Las circunstancias del momento indican la necesidad de ser fuertes. La defensa violenta y apasionada de lo que se ha logrado o va a lograrse, es lo esencial; el desenvolvimiento cultural puede retardar su avance porque si en primer término no se es fuerte vendrá la vieja Europa y arruinará para siempre todo esbozo de cultura.

El Libertador se decide por las naciones extensas. A partir de ese momento, que puede fijarse en los comienzos de 1811, la idea de la necesidad de que los Estados americanos se muevan dentro de vastas extensiones territoriales para que puedan cumplir su papel histórico, estará presente en su espíritu hasta los días melancólicos de San Pedro Alejandrino. Lo ideal sería formar una gran república hispanoamericana que con una potencia extraordinaria pudiera enfrentarse a los poderes extraños. Miranda, el gran soñador, había pensado en un caso semejante concibiendo un Incanato que en forma indisoluble pudiera mantener eternamente unificadas todas las colonias hispánicas, pero Bolívar comprende que el plan es utópico. "Yo —dice desde su destierro de Jamaica— deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riqueza, que por su libertad y gloria. Aunque aspiro a la perfección del gobierno de mi patria, no puedo persuadirme de que el Nuevo Mundo sea por el momento regido por una gran república; como es imposible, no me atrevo a desearlo..... Para que un solo gobierno dé vida, anime, ponga en acción todos los resortes de la prosperidad pública, corrija, ilustre y perfec-

cione el Nuevo Mundo, sería necesario que tuviera las facultades de un Dios, y cuando menos las luces y virtudes de todos los hombres"(1).

Pero desechada la idea de la gran nación panamericana, piensa en los países fortalecidos por el espacio, y define su idea de la primacía de la materia sobre el espíritu, de los elementos de civilización sobre las aspiraciones de la cultura: "Cuando los sucesos no están asegurados, cuando el Estado es débil, cuando las empresas son remotas, todos los hombres vacilan: las opiniones se dividen, las pasiones se agitan y los enemigos las animan para triunfar por este fácil medio. Luégo que seamos fuertes....., se nos verá de acuerdo cultivar las virtudes y los talentos que conducen a la gloria: entonces seguiremos la marcha majestuosa hacia las grandes prosperidades a que está destinada la América Meridional; entonces las ciencias y las artes que nacieron en el Oriente y han ilustrado la Europa, volarán a Colombia libre que las convidará con un asilo" (1).

Es cierto que en la Carta de Jamaica Bolívar no aboga por los grandes Estados, y que aun aparece como enemigo de su formación. Pone de presente que los ciudadanos de tales Estados, lo mismo que sus vecinos, recelan de sus gobernantes "que temen en él un poder tan formidable como es su imperio". Pero no hay que olvidar que Bolívar es un político, que las Capitanías y Virreinatos temerán perder su extensión territorial, y que este sentimiento puede ser fatal para la causa de la emancipación. Sabe además que la subdivisión, especialmente en esos momentos, preocupa poco o nada a España, no obstante el doloroso conocimiento que tiene de que su émulo de conquista, Portugal, conservará sus colonias suramericanas por más tiempo y habrá de ensancharlas desmesuradamente debido a su agrupación en un solo y gigantesco territorio que lleva en sí la implacable pujanza del dinamismo espacial.

Y una vez fijada esta idea de aguda previsión política, acepta de mal grado la opinión de Mr. de Pradt, de que en toda

---

(1) Carta de Jamaica.

América pueden caber perfectamente decisiete naciones. Hoy tiene el continente veintiuna naciones libres; de éstas quedan excluídas: El Canadá, con una extensión igual a la de Europa; las Guayanas, tan extensas como España, vastos territorios insulares además de Groenlandia y Alaska, a los cuales entre los países europeos, sólo Rusia aventaja en superficie. Es decir, Bolívar acepta hasta 17 Estados para una extensión de 42 millones de kilómetros caudrados, cuando Europa comporta 34 en sólo 10.000.000.

FEDERALISMO O CENTRALISMO

Una vez fijada la premisa de la extensión como piedra angular de su concepción de la nacionalidad, siente la necesidad de convertir la geografía en política. Es preciso, por tanto, saber cuál es la orientación primaria que debe darse al Estado. También aquí hace frente a un dilema cuyos términos tienen una importancia definitiva: ¿federalismo o centralismo? Una reunión de pequeños Estados que en muchos aspectos se gobiernan a sí mismos con relativa independencia, pero guiados, en las ideas generales por un poder federal, o un Estado único dirigido en todos los órdenes por un poder central unitario?

Los dos sistemas tienen ventajas y desventajas que no pueden desecharse sin un análisis profundo.

En el instante en que surjan las nuevas nacionalidades la situación será de zozobra y angustia; los apetitos extraños pueden hacer intentos de dominación y de reconquista, sin que pueda precisarse anticipadamente el punto cardinal por donde la amenaza se convierta en realidad. Cualquiera disposición local que entrabe una acción defensiva rápida y fulminante entrañará un peligro mortal. Hombres y materiales tendrán que acudir en forma inmediata al lugar del peligro bajo un mando unificado, pues de lo contrario la fuerza que lleva en sí la unicidad de los recursos para las acciones bélicas, se disminuirá grandemente. Y esta consideración es tanto más importante cuanto que la pobreza que ha de venir una vez pasada la guerra obligará a hacer uso intenso y cuidadoso de todos los recursos que puedan conseguirse.

De otro lado, la extravagante geografía suramericana, con sus múltiples y enormes accidentes, propicia, más que cualquier otra parte del mundo, la formación de áreas terrestres definidas y diferenciadas dentro de un territorio extenso. Esas áreas geográficas, cuencas de los grandes ríos, llanuras amplias, valles encerrados por altísimas cordilleras, tenderán necesaria y fatalmente a la formación de unidades políticas que querrán, como ha sucedido siempre a lo largo de la historia, llevar adelante su vida desentendiéndose de áreas adyacentes, buscando para sí una estructura comarcal y olvidando el conjunto. Toda tentativa de federalismo no haría otra cosa que acentuar el provincialismo, debilitando, en esos momentos de peligro, la unidad nacional. Por tanto, sólo un fuerte centralismo podrá mantener esa unidad indispensable.

Decía el Libertador que la terminación de la guerra traería a las colonias americanas problemas y sinsabores que no habían conocido durante la dominación española. Pensaba, con honda y profética preocupación, en el licenciamiento del ejército y especialmente de los numerosos comandantes superiores que habiendo contribuído con sus hazañas a la consecución de la libertad, querrían tomar su parte de sus frutos, creyéndose con derecho a encauzar esa libertad por la cual habían expuesto repetidamente sus vidas. Pero conocía él muy bien las rivalidades profundas, los odios enconados, las antipatías hondas que entre tales jefes existían. Sabía de su valor y energía, pero sabía también de la ignorancia de muchos, de sus envidias, de su falta de instrucción, de su carencia casi absoluta de conocimientos políticos.

El federalismo engendraría necesariamente la colisión de muchos de ellos en su respectivo cantón, o en la jefatura de las colonias federales, y esto traería fatalmente, las discordancias internas, las rivalidades inútiles y decididas, y las ansias de predominio y superación. De este modo, en el momento requerido no había seguridad alguna de poder enfrentar el país a un invasor con posibilidades de éxito; y en los tiempos de paz, si ésta pudiera existir milagrosamente a pesar de las disensiones inter-

nas, la industria y el comercio sufrirían un menoscabo enorme, la comunicación del país con el exterior sería más difícil y precaria y el atraso en todos los órdenes sobrevendría inevitablemente.

Bien cierto era que el federalismo, al repartir la nación en numerosos Estados, podría traer un adelanto cultural, un cierto despertar del ansia por las ciencias y las artes. Pero si no había personas suficientemente preparadas para ello ¿cómo podrían lograrse esos frutos? Por otra parte, ¿de qué serviría ir en busca de la cultura cuando peligraba la libertad y se insinuaba el caos? Había necesidad de ser primero libres y después cultos.

Bolívar se decide por el centralismo. Esta decisión, que no abandonará a lo largo de su vida, será fuente inagotable de ataques y sinsabores que contribuirán en gran parte a amargar su existencia. Dejará que las naciones, una vez formadas, elijan el sistema que a bien tengan, pero en todo momento les pondrá de presente las ventajas que para su porvenir tendrá un sistema sobre el otro:

1813. *Manifiesto de Cartagena*:

"Cada provincia se gobernaba independientemente; y a ejemplo de éstas, cada ciudad pretendía iguales facultades alegando la práctica de aquéllas, y la teoría de que todos los hombres y todos los pueblos gozan de la prerrogativa de instituir a su antojo el gobierno que les acomode".

"El sistema federal, bien sea el más perfecto y más capaz de proporcionar la felicidad humana en sociedad, es, no obstante, el más opuesto a los intereses de nuestros nacientes Estados".

"Por otra parte, ¿qué país del mundo, por morigerado y republicano que sea, podrá, en medio de las facciones intestinas y de una guerra exterior, regirse por un gobierno tan complicado y débil como el federal? No es posible conservarlo en el tumulto de los combates y de los partidos".

"Yo soy de sentir que mientras no centralicemos nuestros gobiernos americanos, los enemigos obtendrán las más completas ventajas; seremos indefectiblemente envueltos en los horrores

de las disensiones civiles, y conquistados vilipendiosamente por ese puñado de bandidos que infestan nuestras comarcas".

1815. *Carta de Jamaica*:

"No convengo en el sistema federal entre los populares y representativos, por ser demasiado perfecto y exigir virtudes y talentos políticos muy superiores a los nuéstros: por igual razón rehuso la monarquía mixta de aristocracia y democracia que tánta fortuna y esplendor ha procurado a Inglaterra".

1819. *El Congreso de Angostura*:

"Mas por halagüeño que parezca y sea en efecto este magnífico sistema federativo, no era dado a los venezolanos gozarlo repentinamente al salir de las cadenas. No estábamos preparados para tánto bien; el bien, como el mal, da la muerte, cuando es súbito y excesivo. Nuestra constitución moral no tenía todavía la consistencia necesaria para recibir el beneficio de un gobierno completamente representativo, y tan sublime que podía ser adaptado a una república de santos".

1826. *Al Congreso constituyente de Bolivia*:

"El Presidente de la República viene a ser como el sol, que firme en su centro, da vida al Universo"……

"El territorio de la república se gobierna por Prefectos, Gobernadores, Corregidores, Jueces de Paz y Alcaldes. Tened presente, legisladores, que las naciones se componen de ciudades y de aldeas; y que de la felicidad de éstas se forma la felicidad del Estado. Nunca prestaréis demasiado vuestra atención al buen régimen de los departamentos. Este punto es de predilección de la ciencia legislativa y no obstante es harto desdeñado".

CAPITULO III

ESPACIO, SANGRE Y TIEMPO

FUERZA UNIFICADORA

Los tres elementos fundamentales que sirven al geopolítico para definir el desarrollo casi biológico del Estado son la extensión, el pueblo y el momento histórico. Son ellos los que sirven al Libertador, una vez precisadas sus ideas sobre la necesidad de grandes espacios y de un sistema centralista, para trazar los rasgos precisos que debe tener la fisonomía política de las nuevas nacionalidades.

El dinamismo del espacio trata ciegamente de convertirse en fuerza expansiva; y a medida que la extensión crece, la ambición de aumento espacial se convierte en una obsesión desesperante. Cuando ese afán de agrandar la superficie no está frenado por la mano justiciera que dirige un Estado poderoso, esa fuerza ciega va penetrando en las áreas vecinas, unas veces a manera de cuñas que deforman las ajenas fronteras, otras a modo de zarpazo que quiere sumar a la extensión propia desembocaduras de ríos importantes o áreas ricas que se insinúan como tierras de promisión. Y la voracidad será tanto más persistente y audaz cuanto más débil y extenso sea el país objeto de la acción expansiva. Por consiguiente, para que una nación extensa pueda mantenerse sin posibles disminuciones durante largo tiempo, es necesario que tenga un gobierno fuerte, capaz de reprimir las urgencias injustificadas de la extensión, oponerse a los apetitos de los extraños y mantener con los vecinos un saludable equilibrio.

Todos los imperios antiguos y modernos que llegaron a dominar grandes extensiones tuvieron, sin excepción alguna, un poder ejecutivo fuerte, tan fuerte que muchas veces dominó a los otros —el legislativo y el judicial— llegando casi a abolirlos. Esa fortaleza en el Ejecutivo era la única fórmula posible para el mantenimiento de la superficie imperial. De otro lado, a medida que la superficie disminuye, la preponderancia de esta rama del poder se va haciendo menos necesaria, y las otras se van colocando en planos destacados. La fuerza del Ejecutivo está en razón directa de la extensión. Basándose en la historia, Montesquieu lo había dicho, muchos lustros antes, con esa deslumbrante claridad que tánto habría de impresionar el alma de Bolívar: "Un extenso imperio supone una autoridad despótica en el que gobierna. Es menester que la prontitud de las resoluciones compense la distancia de los lugares en que se han de cumplir: que el temor impida la negligencia del Gobernador o magistrado que ha de darles cumplimiento: que la Ley esté en una sola cabeza y que pueda cambiarse de continuo como cambian las circunstancias y los accidentes que se multiplican siempre en un Estado en proporción de su grandeza y de su extensión territorial.....".

Es necesario también tener en cuenta que la fuerza que impone un gobierno centralista puede aminorarse cuando la densidad, es decir, la relación entre espacio y población, alcanzan un índice muy elevado. Pero en países como los americanos donde en aquellos tiempos la densidad era mínima, y en donde, debido a la separación astronómica de los núcleos poblados, el conjunto no contaba con comarcas dominantes las cuales, como en Francia, en Egipto, en Grecia, al mismo tiempo que servían de núcleo directivo para la orientación nacional, eran el centro hacia el cual debían converger, siguiendo un impulso centrípeto, las provincias adyacentes, la necesidad de un poder unificado, centralizado y fuerte se hacía indispensable.

De allí arranca esa tendencia bolivariana hacia un gobierno capaz de mantener el espacio unificado, tendencia que en algunos momentos angustiosos de su formidable carrera, lo llevará

a pensar en la dictadura como en el único medio de supervivencia nacional.

Pero hay también otra manifestación de la ideología bolivariana en que la extensión geográfica se convierte en política; sus inclinaciones rusonianas lo llevaron a ambicionar el procedimiento de las elecciones libres y la rotación de los hombres en el poder según el designio popular; pero comprende que las dilatadas y agrestes comarcas de Suramérica harán muy penosa su realización. Las vías largas y difíciles; la distancia a que se encuentra el poder central; la complejidad cantonal proveniente de las variadas formas geográficas; el individualismo y la ambición, tanto más libres cuanto más distantes de la sede del gobierno; el atraso material y moral debido a la enorme desproporción entre la superficie y la población que impide la comprensión de las funciones electorales..... Todo esto lleva al Libertador a buscar una forma que permita reducir a un mínimo los comicios en la marcha normal del Estado. Apartándose de los "moldes clásicos" establece un sistema electoral, con el cual pretende hacer más eficaz la designación de los hombres que han de regir los destinos de la nación, y se decide por un presidente vitalicio y un Senado hereditario. Sus cavilaciones de muchos años a este respecto se han de clarificar luégo en su proyecto de constitución de Bolivia, su obra suprema y creación que juzga oportuna para todas las repúblicas americanas porque a su juicio, arranca del medio, se amolda a la raza y se acomoda exactamente al momento en que viven los nuevos países.

LOS HOMBRES

El primer aspecto humano que aparece en la revolución de la independencia americana es la lucha entre elementos de sangre española. Los españoles combaten a los españoles. No se trata de una división de carácter político sino de una separación de carácter telúrico. Unos han estado en contacto íntimo con el paisaje suramericano, han sido modelados por un medio cuyas silenciosas sugestiones, al adentrarse en su carne, se han convertido en inclinaciones y han llegado a transformar su manera de

pensar y definido su forma de actuar. Son hombres en los cuales se ha cumplido implacablemente la obra paciente e imborrable de la adaptación; hombres cuyo cuerpo y espíritu han sido modelados por un suelo al cual están ahora ligados como árboles, y en donde ellos se sienten como en el único propicio a su existencia. España es para ellos un país amado pero lejano que ha perdido su carácter de patria porque ya no hincan en ella sus raíces profundas. Eran éstos los que el Libertador denominaba españoles americanos. Los otros, en cambio, no modelados por el ambiente a causa de una permanencia demasiado corta para que pueda ejecutarse un cambio perdurable o bien porque poseen una vitalidad reacia a la transformación que produce el paisaje, sienten que su cuerpo está hecho de la tierra de España, consideran el sitio en que se hallan como una lejana dependencia de su patria y piensan en la independencia de las colonias como en una ofensa para la nación española.

Este hecho da lugar a una situación confusa. Los españoles de España trabajaron denodadamente para evitar todo cambio político en el estado de las Indias Occidentales. Su tenacidad racial, su fanatismo peninsular y, muchas veces, el temor de perder posiciones políticas o económicas que dependen por completo del orden establecido, les obligan a sostener esa línea de conducta. Los españoles americanos entrarán al combate luchando por la independencia, pero siempre con el temor de que dicha independencia adquiera un sentido radical y definitivo. Desean que una vez lograda la parsimoniosa liberación se conserven vínculos estrechos y firmes con la Península. Muchos de ellos anhelan el gobierno directo de un príncipe de la casa española; otros desean vivir en un tranquilo protectorado puesto bajo el poderoso amparo de Castilla, pero son muy pocos los que sueñan con una libertad sin subordinación.

Por eso no es extraño que la primera junta revolucionaria de América reunida en Caracas en marzo de 1810 con el objeto de cimentar la independencia, una vez que hubo depuesto y obligado a embarcar rumbo a España al Capitán General, prestara su juramento empezando con las siguientes palabras: "Juro al

pueblo soberano verter mi sangre, hasta la última gota por nuestra santa religión católica, apostólica y romana, por nuestro querido Rey Fernando VII y por la libertad de la patria". En forma similar se expresaría, unas semanas más tarde, la junta patriótica de Buenos Aires.

Pero además de esta división existen otras muchas que forman estratos sociales diferentes y que son fuente constante de desavenencias e injusticias. Está el criollo, hijo de españoles, que por el solo hecho de haber nacido en tierras americanas está proscrito de los puestos públicos y es considerado como racialmente inferior a los peninsulares. Está el labriego mestizo a quien, aun pasada la lucha emancipadora, se le considera, por razón de su oficio, colocado en un plano social tan bajo que aún se le niega el derecho de intervenir en las elecciones populares. Está el indio despreciado y olvidado pero al cual se le prometen hipotéticas y futuras ventajas. Está el "pardo", mulato despreciado por los blancos y de quien los negros recelan más aún que de los señores. Está el negro, oscura bestia de carga, que labora las minas, cultiva el cacao y carga los barcos con los productos tropicales que enriquecen a los amos.

Todas estas cuarteaduras en núcleo humano que ha de formar los nuevos Estados, no podrán soldarse, a causa de odios recíprocos y contrarios intereses, sino por una acción fuerte y vigorosa. Pero esta acción debe tropezar necesariamente con la desventaja de que aquellos mismos grupos subalternos, tan diferenciados en su conjunto, no están unificados. Su misma sangre tiene matices tan diversos que dan la impresión de formar un todo caótico. Así lo comprende el Genio cuando se esfuerza por hallar una fórmula constitucional que esté de acuerdo con la realidad. "Tengamos presente —dice al Congreso de Angostura— que nuestro pueblo no es el europeo ni el americano del Norte, que más bien es un compuesto de Africa y de América que una emanación de la Europa, pues hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana (árabe), por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mejor parte del indígena se ha ani-

quilado, el europeo se ha mezclado con el indio y con el africano. Nacidos todos de una misma madre, nuestros padres diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis: esta desemejanza trae un reato de la mayor trascendencia".

Por difícil que parezca la modificación de un pueblo en que se materializan tan claras diferencias, lo es aún más si, abandonando las cuestiones originarias o raciales, se llega a las esferas del espíritu. Allí se tropieza de inmediato con dos elementos que tratan de oponerse con violencia a toda tentativa de unificación: la preparación y el individualismo.

Todos los hombres que durante la revolución podrían desempeñar los puestos de importancia eran, en su generalidad, españoles. Ni en el clero, la milicia, la dirección del comercio, el manejo de la hacienda pública, en ninguna de las posiciones destacadas eran admitidos los criollos y mucho menos los que tuvieran mezcla de sangre negra o indígena. El nuevo gobierno que luégo tendría que formarse estaría obligado a imponer tareas enormes a los pocos individuos de alguna importancia y educación, pero indudablemente la mayoría de los empleos en todos los ramos tendría que ser desempeñada por personas carentes de experiencia. Por eso, cualquiera misión que se encomendara a alguien debía aceptarse anticipadamente como de mediano rendimiento.

Por otra parte, la rápida elevación de las personas a puestos de importancia en los cuales se encontraban revestidos de una autoridad que pocos días antes veían como imposible de alcanzar, producía en ellos la inclinación hacia los mismos procedimientos exclusivistas y violentos que habían observado en los españoles de España durante muchos años de dominación absoluta; y en lugar de tener un sentimiento heroico del cumplimiento del deber, encerrados dentro de su órbita, se veían autorizados, como sucede en la mayor parte de las revoluciones, a intervenir en la esfera de acción de los demás con más ahinco que en los asuntos propios. El Libertador veía esto con claridad y por eso se expresaba así a los habitantes de Cartagena. "Por manera que tuvimos

filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados. Con semejante subversión de principios y de casos, el orden social se sintió extremadamente conmovido, y desde luego corrió el Estado hacia una disolución universal".

Pero, mirado desde otro punto de vista, el drama adquiría contornos más graves. La mayoría de los americanos capacitados estaban en una u otra forma enrolados en el ejército. El ejército era la fuerza que servía para el trance final y definitivo. Al cesar la guerra, la administración civil tenía necesariamente que pasar, ya por carencia de personal, ya por derechos adquiridos como consecuencia de acciones heroicas o abnegados servicios, a manos de los militares, la mayoría de ellos carentes de instrucción, jefes improvisados que sólo sabían batirse con el enemigo en una forma denodada y ciega.

Durante muchos años, este paso de la guerra a la paz fue una constante preocupación para el espíritu previsor de Bolívar. Sabía con antelación que los principales jefes se disputarían los puestos importantes, que se harían la guerra entre sí, que cada uno pretendería dominar su parcela en una forma independiente de las prescripciones del conjunto, y que una situación tal traería el debilitamiento de los Estados extensos en los cuales confiaba como única probabilidad de redención, y que terminaría a la postre con la democracia y la libertad. Su correspondencia está llena de esta angustia: "No puede formarse una idea del espíritu que anima a nuestros militares..... hombres que han combatido largo tiempo, que se creen muy beneméritos, humillados y miserables y sin esperanza de coger el fruto de las adquisiciones de su lanza. Son llaneros determinados, ignorantes y que nunca se creen iguales a los otros hombres que saben más o parecen mejor. Yo mismo, que siempre he estado a su cabeza, no sé aún de lo que son capaces. Los trato con una consideración suma y ni aun esta misma consideración es bastante para inspirarles confianza..... Estamos sobre un abismo, o más bien sobre un volcán pronto a hacer su explosión. Yo temo más la paz que la guerra,

y con esto doy a usted la idea de todo lo que no digo ni puede decirse" (1).

Otro día escribe a Páez: "Todo va a sumergirse al seno primitivo de la creación, de la materia. Sí, de la materia, digo, porque todo va a volverse nada..... Los odios apagados entre las diferentes secciones volverán al galope, como todas las cosas violentas y comprimidas. Cada pensamiento querrá ser soberano, cada mano empuñar el bastón..... cada toga la vestirá el más turbulento. Los gritos de sedición resonarán por todas partes..... Y lo que todavía es más horrible que todo, que cuanto digo es verdad".

De esta manera el grande hombre veía aproximarse la catástrofe, y todos los acontecimientos que de ella se habían derivado o debían derivarse en el futuro, tendrían que herirlo de manera profunda: envidia de Castillo antes de emprender la reconquista de Venezuela; la encarnizada lucha entre Páez y Santander; las insubordinaciones de Piar y de Mariño; el entendimiento con los españoles por parte de Rivagüero; la malicia de los militares granadinos para oponerse al congreso de Panamá; las heridas causadas a Sucre por sus propias tropas en el complot de La Paz; el atentado del 25 de septiembre; el asesinato de Sucre; la desmembración de la Gran Colombia realizada por los Generales Santander, Páez y Flórez; y la decisión irrevocable de sus compañeros que formaban el Congreso de Caracas, de proscribirlo para siempre de su propia patria.

¿Qué remedio cabía en caso semejante? Sólo podría adoptarse el de un gobierno centralista, con poderes constitucionales tan vastos que en determinadas circunstancias pudiera llegar al poder absoluto; sólo así podría mantenerse a raya la discordia y con ella la esclavitud.

EL MOMENTO HISTORICO

A los cuatro siglos anteriores a 1.800 correspondieron las grandes empresas marítimas. Los audaces aventureros iban por

(1) Carta a Santander.

los más recónditos repliegues de los mares llevando consigo todos los artículos comerciales que llegaban a la orilla del mar. Las naciones se preocupaban por el poderío de sus flotas y por adueñarse de puertos y sitios costaneros importantes en las más apartadas regiones del Globo. Respecto a los continentes, las grandes ambiciones habían sido casi exclusivamente periféricas. Las comarcas continentales interiores continuaban envueltas en el misterio y nadie se preocupaba por ellas. Apenas si algunos hombres audaces, siguiendo el ejemplo de Marco Polo, se habían interesado en las regiones desconocidas y regresaban a sus países de origen nutridos de leyendas maravillosas.

Ya en los comienzos del siglo XIX la geografía, por así decirlo, invirtió su marcha; los países importantes de Europa dejaron de preocuparse por los puertos, que ahora debieran servir de bases o puntos de partida para las expediciones terrestres, y empezaron a interesarse por la dominación comercial de los territorios continentales. Se había inventado el buque de vapor y comenzaban a hacerse los primeros ensayos de vías férreas. El mundo comprendía que se había iniciado la éra de un movimiento cuya rapidez, puesta al servicio del comercio, serviría para enriquecer al país que supiera aprovecharlo en su favor. Las naciones de la "Culta Europa" habían empezado también a desilusionarse del oro; sólo servía, en suma, para pagar sus productos naturales a otros países. España, más empobrecida y atrasada que nunca, a pesar de recibir continuamente sus galeras cargadas de oro, era un ejemplo claro. Había productos naturales que favorecían más a los gobiernos que los metales preciosos. Era preciso, por lo tanto, aprovechar los nuevos descubrimientos para arrancar los productos a las tierras inexplotadas, y especialmente al Nuevo Mundo.

Ya se tenía en Europa conocimiento de todas las materias primas americanas que podrían utilizarse para enriquecerse. Humboldt, Lacondamine, Bonpland, D'Obrigny habían informado a los sabios y a los gobiernos de aquel continente sobre las fabulosas riquezas que contenían estas nuevas tierras. Del lado de Asia y Africa, estudios similares se habían hecho en forma

cuidadosa e impaciente. Y ya habían empezado también las conquistas en profundidad como lo demostraba la afamada expedición de Bonaparte a Egipto.

Inglaterra, perdida ya la más rica de sus colonias de América, mira codiciosamente las que España posee. El Libertador, al mismo tiempo que desea el favor de Inglaterra y que solicita su ayuda, tiene la seguridad de que las promesas que se le han hecho tanto a él como a Miranda, no tienen por el momento otro objeto que el de alimentar una esperanza que impida a las colonias españolas crear rencor y desconfiar del Imperio Británico mientras ayuda a España a luchar contra Bonaparte, el principal enemigo de Inglaterra. Ya es ampliamente conocida la carta del Ministro de Colonias inglés al Gobernador de la Isla de Curaçao:

"Si España sucumbe del todo, Inglaterra defenderá las colonias contra una España francesa. No podemos sostener a una parte de España contra otra mientras ambas reconozcan al mismo rey y luchen contra el conquistador. Nos hallamos en una situación difícil, una negativa terminante pondría a las colonias españolas en contra nuéstra y una carencia total de dicha negativa irritaría a los españoles".

Francia, que ha tenido la osadía de enviar a Colombia al señor Bouchet como observador de la política suramericana, sin pasaporte ni puesto diplomático alguno, prepara sus agresiones contra la Gran Colombia, el Perú y el Río de la Plata; infesta de agentes confidenciales todas las ciudades latinoamericanas y mantiene en estado de angustia y zozobra al Nuevo Mundo. Hay momentos en que una invasión por parte de aquel país parece inminente; será una guerra tremenda y de la cual saldrán los países americanos desangrados y pobres. Pero hay que aprestarse para hacerle frente; así es como escribe a Santander desde Lima: "Si la batalla de Ayacucho no contiene a los franceses, debemos prepararnos a una brillante guerra; digo brillante, porque sin duda lo será a la larga, pero siempre muy costosa".

"En efecto: yo no tengo el menor inconveniente en ponerme a la cabeza de una negociación que paralice la furia de los franceses en este momento. Aun cuando sacrifique mi popularidad y

mi gloria, quiero salvar a Colombia de su exterminio en esta nueva guerra. Si salgo bien, quedaré contento, y si salgo mal, también, porque habré dado el último paso para la salvación de Colombia".

Y sin embargo, esto no ha impedido que el Capitán Dupotet se haya presentado después frente a Puerto Cabello, con sus barcos de guerra en actitud hostil a exigir indemnizaciones porque se había impedido a un barco llevar contrabando de América a España, actitud que en el fondo se originaba en el despecho de que Inglaterra hubiera reconocido la libertad de Colombia.

Los Estados Unidos e Inglaterra, se han opuesto a cualquier ayuda suramericana a la liberación de Cuba.

La revolución francesa ha llevado a todas las naciones la idea de predominio del pueblo y del exceso de libertades individuales.

Toda la política universal de esos momentos parece conspirar contra la seguridad de los pueblos americanos. Sólo un hombre, un grande hombre, un hombre providencial puede oponerse a la catástrofe que se avecina. Y así, basándose en esos tres elementos precisos, fuente de toda organización estatal: la extensión, los hombres y el momento histórico, Bolívar echa los cimientos del grandioso y discutido monumento de su ideología política:

"No queda otro partido a Colombia que el de organizar, lo menos mal posible, un sistema central competente proporcionado a la extensión del territorio y a la especie de sus habitantes. Un Estado civilizado a la europea, presenta menos resistencia al Gobierno de parte del pueblo y de la naturaleza, que una pequeña Provincia de América, por las dificultades del terreno y la ignorancia del pueblo; por lo mismo, nos veremos forzados a dar a nuestras instituciones más solidez y energía que las que en otros países se juzgan necesarias. Colombia no sólo tiene la extensión de un Estado europeo, sino que puede contener en su recinto muchas de aquellas naciones. ¿Cuáles no serán nuestros embarazos y dificultades para manejar un dilatadísimo Imperio, con los brazos de un Gobierno apenas capaces de gobernar mal una Provincia?".

"El actual Gobierno de Colombia no es suficiente para ordenar y administrar sus extensas Provincias. El centro se halla muy distante de las extremidades. En el tránsito se debilita la fuerza, la administración central carece de medios proporcionados a la inmensidad de sus atenciones remotas. Yo observo esto cada instante. No hay prefecto, no hay gobernador que deje de revestirse de la autoridad suprema y las más veces por necesidades urgentes. Se podría decir que cada Departamento es un Gobierno diferente del Nacional, modificado por las localidades y las circunstancias particulares del país, o del carácter personal".

"Todo esto depende de que el todo no es compacto. La relación de nuestro lazo social está muy lejos de uniformar, estrechar y unir las partes distantes del Estado. Sufrimos, sin poderlo remediar, tal desconcierto, que sin una nueva organización el mal hará progresos peligrosos".

EL GRAN DILEMA

Las ideas anteriormente transcritas persisten de modo invariable en la mente del Libertador; pero sus grados de intensidad determinan un hecho característico en el perfeccionamiento de este monumento político: cuando a través de su desmesurada correspondencia se sigue paso a paso la concreción de sus ideas sobre la preponderancia de un ejecutivo fuerte, impresiona inmediatamente la forma paulatina en que se acentúa la tendencia de la fuerza a medida que su fortaleza física decae.

La juventud atormentada, los halagos de París tentando de continuo al poseedor de una gran fortuna, la viudez inesperada que rompe en pedazos una vida de afectos que se inician bajo los más firmes y promisorios augurios, la lucha decidida por el triunfo de la revolución, el amor apasionado que lo envolvía de continuo como una gran llama, los combates innumerables, el movimiento constante por los cuatro caminos del continente atravesando regiones malsanas y climas diversos, la actividad ininterrumpida, los ataques y calumnias, la ingratitud y los atentados, y la brega heroica para hacer coincidir el ideal trazado con la realidad rebelde, apresuraron la vejez de manera increíble. Fue así

como el hombre telúrico, el hombre que participaba de la esencia misma del medio circundante, al debilitarse, iba siendo cada paso un instrumento más débil e inadecuado, para captar las resonancias de la tierra, la voz misma de la naturaleza; la savia que saltaba del suelo trepaba cada vez más difícilmente a través de su carne fatigada y su inteligencia, viva siempre, se distanciaba más cada día de la tierra; y como le faltaba esta fuerza que lo había impulsado a través del continente, a derrotar ejércitos y a fundar naciones, trataba de reemplazarla por otra poderosa también pero que en ningún caso se podría amoldar a la naturaleza de los pueblos libres.

Esta tendencia empieza a manifestarse en los momentos en que su pensamiento parece oscilar entre la fuerza y el derecho; cuando comienza a creer que un ejército fuerte es indispensable lo mismo para establecer el orden o para defender la nación, que para imponer sus ideales; cuando juzga que la espada debe ser el árbitro.

Pero no es esto lo que ha soñado y ha esperado. Ha deseado siempre un gobierno eminentemente civil, un gobierno en que los militares no pueden en ningún caso ser los que decidan en última instancia de los destinos de su país. Para salir de su angustiosa vacilación escribe a O'Leary: "¿Mandarán siempre los militares con su espada? ¿No se quejarán los civiles del despotismo de los soldados? Yo conozco que la actual República no se puede gobernar sin una espada y al mismo tiempo no puedo dejar de convenir que es insoportable el espíritu militar en el mando civil. Siempre tendrá el Congreso que volver a la cuestión de dividir el país; porque, hágase lo que se quiera, la elección de Presidente ha de ser reprobada".

Pero a medida que avanza el tiempo, el equilibrio entre las dos ramas del dilema va desapareciendo, y la idea de fuerza toma la primacía hasta tornarse absoluta en el 1830 cuando, aniquilado y enfermo, comprende que la muerte ronda cerca.

1826. "Estoy penetrado hasta los huesos que solamente un hábil despotismo puede regir la América" (1).

---

(1) Carta a Santander.

1827. "Diga usted al Congreso, y hágalo decir a sus amigos, que yo no me encargaré del gobierno, atado de pies y manos, para ser el ludibrio de los traidores y de los enemigos de Colombia; que el Ejército debe aumentarlo, para que la fuerza reemplace la falta de moral y para impedir que la república sea anonadada; que se me faculte para salvar la patria, de modo que esta confianza del Congreso me autorice para con el pueblo. Yo lo digo altamente; la república se pierde, o se me confiere una inmensa autoridad. Yo no confío en los traidores de Bogotá ni en los del sur. Por otro lado, todo el resto está conmovido de un extremo a otro; no hay un sólo individuo que no se sienta arrebatado de esta conmoción general, y Ud. sabe que, para atender a tan inmensas distancias y sujetar a la ley del deber tántas pasiones irritadas, se necesita de un poder colosal que participe de la opinión y de la fuerza física" (1).

1828. "Mirad que sin fuerza no hay virtud y sin virtud perece la República..... A nombre de Colombia os ruego, con plegarias infinitas, que nos deis, a imagen de la Providencia que representais, como árbitros de nuestros destinos, para el pueblo, para el Ejército, para el juez, para el magistrado, *leyes inexorables* (2).

1829. "Bueno será que en estas circunstancias haya mucho cuidado con los resultados, pues a pretexto de *opinión pública* pueden intentar algún crimen que no debamos tolerar. Que digan con moderación al Congreso lo que sea justo o se quiera, pero nada de acción y menos aún asonadas" (3).

1830. "Aranda dice que yo soy un ingrato con mis amigos, débil, y me tacha hasta de cobardía. Ud. sabe muy bien, que el único carácter que hay en Colombia enérgico es el mío, que es el único título que he tenido para mandar a todos los demás, y Ud. sabe también que mi aborrecimiento al mando ha sido tan sincero como todo mi carácter" (4).

---

(1) A Rafael Arboleda.
(2) A la Convención de Ocaña.
(3) A Santander.
(4) A Briceño Méndez.

Hay dos hechos que demuestran claramente que esta tendencia hacia el dominio exclusivo por medio de la fuerza se debe al debilitamiento del contacto que el Libertador tenía con el suelo; los dos se mostraron en su asombrosa realidad cuando marchaban paralelamente la gloria y la fortaleza física: el respeto por el Congreso como institución democrática y la repugnancia por el trono. Bolívar representa en la historia el único tipo de conductor que en los sitios que liberta y en donde quiera fundar una nación crea un Congreso Nacional, de cuya autoridad deben venirle fuertes limitaciones a sus magnas empresas. La reunión del poder militar y el poder civil sin valla alguna ha sido la máxima aspiración de los hombres que han realizado grandes hechos relacionados con el espacio. De otro lado es perfectamente claro que su desprecio por una monarquía americana, que de tan grande manera hubiera facilitado la realización de sus proyectos gigantescos, fue sincero y profundo. Fueron precisamente los resultados obtenidos por estas tendencias contradictorias los que, ya al final de su vida, le hacían exclamar con desesperanza: "Aré en mar y edifiqué en viento".

CAPITULO IV

LIBERTAD DE EXTENSION

EL CAMPO DE ACCION

La prodigiosa hazaña bolivariana tiene como escenario una vasta región tropical que va desde el Ecuador isotérmico del mundo, que pasa por las costas meridionales del Caribe, hasta el trópico de Capricornio, 25º al sur del Ecuador geográfico. Todos los esfuerzos del Libertador para sobrepasar esta comarca, y llevar más allá los pendones de la libertad, se confunden invariablemente con el mundo de las quimeras.

Al oriente y al occidente su campo de acción estaba limitado por el mar. A pesar de que el vasto cuadrilátero así delimitado tenía tres de sus lados constituídos por litorales, la epopeya libertadora tuvo exclusivamente un carácter terrestre. El romántico y melancólico desastre de la expedición del "Leandro" realizada por Miranda no pudo ser otra cosa que una aventura planeada fuera de la realidad. La acción del Almirante Padilla sobre Maracaibo fue tan sólo una operación costanera en apoyo de un movimiento terrestre. De resto, toda la utilización del mar en las campañas libertadoras tuvo un carácter de transporte y cabotaje. El mar fue siempre campo enemigo.

Dentro de ese espacio rigurosamente tropical, la empresa libertadora sufre un desarrollo típico determinado por la geografía. Se inicia en Caracas, avanza por el litoral hacia el occidente abarcando la Nueva Granada; toma luégo una dirección sur hacia Quito, Guayaquil, Perú y Bolivia, para detenerse en Potosí, en donde debían reunirse las banderas de los libertadores del Río de la Plata y del Septentrión.

La línea que sigue la marcha de la libertad desde Caracas hasta Potosí, está señalada por los Andes. Bolívar, a quien la táctica le atrae siempre la victoria en las planicies, ciñe sus concepciones estratégicas al desarrollo andino. Aquellas acciones eran tan sólo momentos más o menos fugaces de la empresa libertadora; eran los jalones con que poco a poco, unas veces victoriosamente y otras con resultados equívocos, se iba desarrollando el gran drama; pero la concepción global, el resultado de conjunto, la acción duradera y definitiva estaba aparejada a la configuración andina ya que los Andes, en la parte norte de Suramérica son el factor geográfico que decide, y decidirá siempre de la política y de la historia de los países ubicados en aquellas latitud.

El avance de la libertad no podía seguir otro rumbo. El clima violento del trópico que tan precarias condiciones de vida ofrece al sér humano, obliga a los hombres a aglomerarse sobre las cordilleras en donde encuentran ventajas para la vida. El 90% de la población de los cinco países libertados por Bolívar se encuentra sobre los Andes. Por tanto, el que quiera libertarlos tiene forzosamente que ir cumpliendo su misión siguiendo la línea de las cumbres.

Pero hay otro hecho trascendental en este peregrinaje por la altura. Se trata de una cuestión psicológica. El montañés, más encerrado a toda innovación, más tradicionalista, más encastillado en sus ideas y costumbres, lleva en sí, imbuída por el paisaje lleno de vastos horizontes, una idea más elevada, profunda y firme de la libertad que los hombres de las costas y llanuras. La lucha constante con el suelo, la dificultad para el movimiento, la necesidad de hacer frente a las grandes contingencias de la naturaleza, han impreso en él un sentimiento de defensa colectiva y de un alma gregaria para hacer frente a los grandes acontecimientos, que le dan un carácter altamente apropiado para la lucha por la independencia. La única dificultad consiste en sembrar en él las nuevas ideas; pero el prestigio de un hombre genial no hallará en ello dificultades considerables. En cambio, el hombre de la llanura o de la costa, atrevido y violento, imaginativo y sagaz, despreocupado y aventurero, será siempre voluble, cambia-

rá más fácilmente de ideología, tendrá menos apego a sus ideas y tradiciones, estará en todo momento mucho más dispuesto que el hombre de la montaña a cambiar de rumbo y a seguir a uno y otro conductor según el brillo de su fortuna. No es éste un caso americano; es una norma universal; es la influencia definitiva del paisaje, de la naturaleza, del medio sobre el hombre, sea cualquiera el sitio en donde se halle sometido a su influencia. La intransigencia de los pastusos y la veleidad de los costeños venezolanos a la llegada de Monteverde; la tenacidad de los quiteños y la volubilidad de los habitantes de Guayaquil; la invariable constancia de los batallones granadinos y la tornadiza lealtad de los llaneros capitaneados unas veces por Boves y otros por Páez, y mandados indiferentemente por Piar o por Bolívar, son ejemplos perfectos del determinismo geográfico.

Quizás lo que más francamente diferencia a Bolívar y a Sanmartín como conductores de hombres y especialmente como capitanes de campañas libertadoras, es la disparidad de acentuación en la apreciación de la psicología del hombre de la cordillera. El héroe del Sur que debía formar sus huestes con una enorme mayoría de gente de la llanura, conocía sus condiciones y pudo conducirlos acertadamente en los campos de su país y en las extensiones planas de Chile. La llamada campaña de los Andes fue un largo incidente entre dos acciones definitivas libradas en extensas llanuras. Por eso al llegar al Perú, país donde los Andes ejercen una influencia definitiva, escoge la costa plana como escenario de sus acciones. Pese a los éxitos obtenidos, la acción de conjunto debía tener necesariamente resultados endebles y transitorios. Los hombres de la costa del Perú no podían tener nunca esa firmeza en sus convicciones libertarias que era necesaria para realizar hechos duraderos. Por tal razón, cuando después de la entrevista de Guayaquil San Martín regresa a Lima, encuentra que todo cuanto había hecho se había derrumbado, y que la dominación española se enseñoreaba ahora tan tranquilamente en el Perú como lo hiciera lustros antes. Lo que su espada y la fuerza de su presencia habían logrado, se había esfumado y era indispensable comenzar de nuevo. Bolívar, en cambio, tan

pronto como estuvo con sus tropas listas en la planicie costanera, se dirige directamente a la cordillera. Sabe que las ideas de libertad germinaban en los descendientes de Tupao-Amaru, y que una vez libertado el núcleo más importante y numeroso de la nacionalidad peruana la costa tendría que entregarse al vencedor. Por tal razón, después del triunfo de Junín descendió triunfalmente a Lima.

Además de la importancia que la cordillera —hombre y tierra— juega en la conducción bolivariana de la guerra de independencia, hay un hecho que muestra con señalada claridad la inclinación del Libertador á ensamblar de manera constante la geografía y la política. Antes de él y mucho tiempo después de realizadas sus proezas, el objeto importante y definitivo de toda acción guerrera era indudablemente, y antes que todo, el núcleo fuerte de tropas enemigas. Era hacia allí donde debía dirigirse el esfuerzo máximo, y en donde tenía que buscarse la decisión final de los ideales perseguidos por la acción bélica.

Bolívar no era un militar de escuela sino un guerrero intuitivo, genial. Para él, el ejército era una parte y tal vez no la más importante del Estado. Roto su núcleo principal, la nacionalidad, con todos sus elementos estatales intactos, podría seguir viviendo, por precarias que fueran las condiciones en que se viera obligada a subsistir. Por grande que fuera la victoria que acompañara a una batalla memorable, el golpe dado al enemigo no dejaría sin vida el corazón y el cerebro del enemigo. Y por eso, dando un salto de siglo y medio adelante de su tiempo, marcha directamente hacia las capitales de las capitanías o virreinatos; allí estaba el asiento de las tiranías, allí y no en los soldados estaba el germen que quería destruir, el verdadero enemigo que era preciso aniquilar. Sabía él que aquellos gobiernos, temerosos ante la insurrección que los amenazaba, no podrían lanzar sus ejércitos muy lejos de su propia sede, y que en el camino hacia la capital hallaría necesariamente la agrupación más fuerte del enemigo oponiéndose a su paso como una muralla levantada entre el campo de la tiranía y el de la libertad. Boyacá, Pichincha, Junín no son otra cosa en la historia americana que el rompimiento de

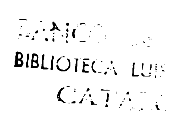
una barricada en medio de una vía que conduce al palacio de gobierno de Bogotá, de Quito o de Lima.

Es esta modalidad operativa que lleva un denso contenido político la que ha ocasionado las justas críticas que se han hecho a lo que se ha llamado "la manera" de Bolívar cuando se trata de asuntos estratégicos. En efecto, su conducción no encaja exactamente con los moldes de Federico, ya que no puede hablarse de los esquemas napoleónicos que en aquellos momentos guardaban aún su secreto. Para Bolívar la guerra era la etapa inicial de una transformación política, de la política por venir.

Con esas ideas y en ese teatro extenso y tórrido inicia la lucha y la lleva a término. Empieza por Caracas, su tierra natal. Para luchar allí el vigor es más poderoso porque está en el suelo en que ha nacido, donde sus raíces son más profundas, donde los paisajes se han adentrado más en su espíritu. Así lo siente y así lo expresa: "Primero el suelo nativo que nada; él ha formado con sus elementos nuestro sér, nuestra vida no es otra que la de nuestro país". Jamás se vio lucha igual y tenacidad más largamente sostenida que la que tuvo que emplear para la libertad completa de su ciudad, y desde el año 10 hasta el 19, se esfuerza sin cesar para conseguirla. Derrotado por Monteverde, vuela a Cartagena y por medio de un extraordinario manifiesto político consigue ayuda: realiza la "Campaña Admirable" que va desde el río Magdalena hasta la plaza de Caracas; después de dos fracasos va dos veces a Haití en busca de ayuda, y así luchando sin tregua consigue al fin la anhelada libertad. Después, atravesando los Andes llega hasta Santa Fe: Pichincha le da el dominio de Quito; Junín el de Lima, y finalmente Ayacucho pone en sus manos la primicia de Arequipa y el Altiplano Bolivariano. Por todos esos sitios pasa instalando gobiernos, estableciendo congresos, redactando constituciones, trazando rumbos a la administración nacional y fijando jurisdicción a los distintos poderes.

LA ATRACCION DEL SUR

Dentro del escenario que hemos descrito, limitado por el trópico de Capricornio y los dos grandes mares, Bolívar debe



realizar su obra. No podrá traspasar estas fronteras so pena de poner en juego su gloria y en peligro las realizaciones alcanzadas. La geografía, hermana del destino, así lo ha dispuesto.

La América del Sur se halla dividida en dos zonas precisamente delimitadas; la tórrida al norte y la templada al sur. Las agrupaciones hispánicas situadas en una y otra están separadas en parte por el Brasil, joya de la corona portuguesa, y de manera especial por las grandes selvas de la Hoya Amazónica. Sólo existe, como lazo de unión entre las dos comarcas españolas, el Perú, que sustrayéndose a la geología amazónica se alarga desde Chile hasta el Ecuador formando un camino a través del cual tienen fatalmente que circular todas las influencias que intenten conectar una y otra zona para efectos de la emancipación.

Las dos regiones mencionadas tienen entre sí diferencias fundamentales que se reflejan nítidamente en su desenvolvimiento histórico. La gran cordillera de los Andes va de una a otra y en cada una de ellas ejerce influencias no sólo diferentes sino frecuentemente contrarias. En el norte el calor tropical hace huir a los hombres hacia la cordillera en busca de lugares más apropiados para la vida a pesar de las dificultades que la cordillera ofrece para el trabajo y el transporte. En el sur, el clima benéfico lleva a los hombres a ocupar las planicies y costas en donde el trabajo es más sencillo y la vida es fácil, dejando la cordillera casi vacía. La agrupación humana septentrional, compuesta en su mayoría de montañeses, tiene un concepto de libertad más avanzado que en el sur, en donde se muestra más indiferente a esas ideas definitivas. Por eso en la Colombia del Libertador la idea de separación de España es mucho más ahincada que hacia el Río de la Plata. En una parte quieren intransigentemente una libertad que siga las normas de la revolución francesa, mientras que en el sur desean continuar las viejas tradiciones españolas, implantar la monarquía y sostener las antiguas ideas.

Por esta razón, tal como se pone de presente en la entrevista de Guayaquil, Bolívar va tras de la República y San Martín tras de la monarquía. Sus dos grandes hombres no podían comprenderse, y lo que sucedía con los jefes tenía que reflejarse en

sus tropas. Venidas de regiones geográficamente diferentes, y guiadas por principios esencialmente distintos, no podían llegar a comprenderse íntimamente. Por eso cuando San Martín propone a Bolívar que se haga entre las dos regiones un intercambio de cuerpos de tropa, éste lo rechaza como una cosa antinatural, como un reto a la lógica.

El movimiento de emancipación estalla casi simultáneamente en dos extremos: en Caracas y en Buenos Aires. De Buenos Aires se extiende hacia el occidente y luégo empieza su ascensión hacia el norte. De Caracas se avanza hacia el occidente y luégo inicia su descenso hacia el sur. Las dos avalanchas revolucionarias tienen que encontrarse necesariamente en el pasaje que une los dos teatros, es decir, en el Perú, ya que están obligados a ir de un extremo a otro esquivando los territorios portugueses. Bolívar en el norte y San Martín en el sur, son los grandes capitanes de estos movimientos, condicionados cada uno por su zona y comandando tropas cuyas excelentes condiciones sólo pueden manifestarse en el marco de su propio medio. Todas las grandes empresas históricas conservan su unidad mientras se desarrollan en una misma zona; cuando sobrepasan sus límites, cambian, se diversifican, desaparecen. El papel histórico de estos dos hombres, está circunscrito a los límites de su propio espacio zonal; cuando trate de salirse de él tendrá que convertirse en nada, será absorbido por la extensión y por el tiempo.

Pero el demonio del espacio, la tentación poderosa de un más allá, la desesperada angustia de dilatar los límites de la conquista duramente obtenida, el afán incontrolable de ensanchar el horizonte de las propias acciones, rara vez está ausente de los grandes hombres a quienes el destino ha designado para realizar una obra que tenga visos espaciales. Bolívar y San Martín quieren ir cada vez más lejos en el cumplimiento de sus sagradas misiones.

San Martín, después de traspasar los Andes, invade el Perú y proclama su independencia. Se llama a sí mismo el Protector; traza los delineamientos de la nueva nación, pero a poco tiempo, sin darse cuenta de que ha pasado la meta prohibida del tró-

pico de capricornio, empieza a comprender que la obra realizada carece de consistencia, que no tiene unidad, que es una formación artificiosa que amenaza a todo momento con derrumbarse arrasando de una vez su prestigio y su gloria. Y ante la necesidad de una consolidación definitiva de la nación peruana, en contra del destino geográfico, planea operaciones hacia el norte. Tomará a Guayaquil y con esa medida tendrá a Quito en sus manos; con la ayuda de las tropas quiteñas sostendrá, si fuera necesario por medio de la violencia, lo que ha realizado en el Perú. Da órdenes a Santa Cruz de que avance con una expedición hacia Guayaquil; pero temiendo disgustar a Bolívar por su intromisión en la esfera de su dominio político, pacta con él una entrevista que ha de realizarse en Quito.

Bolívar, que siente que alguien quiere invadir los campos que la historia le ha señalado, marcha directamente sobre Guayaquil a donde llega con 1.500 hombres el 11 de julio de 1822, tomando la delantera al Protector. Sabe que aquél es el único puerto que tiene Quito, que es la entrada y salida del comercio, que es un puerto de importancia trascendental tanto desde el punto de vista económico como desde el punto de vista de una base de operaciones irreemplazable para todos los movimientos marítimos sobre las naciones del norte y sur del Continente. Pero sabe también que los guayaquileños, hombres de planicie marítima, podrán fácilmente plegarse hacia uno y otro lado según los vaivenes de la fortuna. Por eso, inmediatamente después de su llegada, notifica perentoriamente a la junta de gobierno "que ocupa bajo la protección de la República de Colombia el pueblo de Guayaquil, encargándose S. E. del mando político militar de esta ciudad y su provincia".

Poco se cuida el Libertador de que la mayoría de los guayaquileños distinguidos, ante esta medida, busquen refugio en los barcos surtos en el puerto. Sabe que después de poco tiempo regresarán para aclamarle como su salvador.

Cuando el Protector llega, Bolívar lo invita a desembarcar "en territorio de Colombia". San Martín definió poco después

este movimiento audaz de su rival con esta frase que pronostica el fracaso: "El Libertador nos ha ganado de mano".

La entrevista de Guayaquil, en su intimidad tan comentada y tan desconocida, representa en su esencia un conflicto zonal. Dos hombres de regiones antagónicas se enfrentan para poner de presente dos ideologías que se excluyen. No se trata de la voluntad franca de su afán expansivo en el uno y la vitalidad decadente del otro, lo que debía colocar a Bolívar en plano tan elevado con relación al héroe del sur. Es la diferencia entre el hombre que se mueve dentro de su esfera de acción, dentro de su medio, dentro de su propio panorama, y el que actúa en un medio para el cual su alma y su educación no estaban hechos. El uno construía dentro de su propio predio y el otro evitaba el desmoronamiento de una edificación levantada en terrenos ajenos.

El arribo a Guayaquil produjo la caída vertical de San Martín y el final de su obra en el Perú. La independencia de la nación peruana tenía que empezar de nuevo, y ahora con un hombre que actuara en consonancia con la propia tierra y el alma de los hombres. Que esto no tiene duda alguna se comprende por la melancólica contestación de San Martín a Bolívar cuando éste lo informa sobre la catastrófica situación por que atraviesa el Perú en los momentos de la entrevista; "Si esto ha sucedido me iré a Europa y daré un adiós eterno a la América del Sur". Esta promesa se cumplió inexorablemente.

* * *

Libre ya de su émulo, y asegurado el dominio sobre Guayaquil, Bolívar sigue su marcha hacia el sur. La batalla de Junín le permite entrar triunfalmente a Lima. Pero el suelo peruano se extiende todavía muchas leguas hacia el sur. La provincia de Arequipa, ya en las proximidades de la tierra chilena, está aún en poder de los españoles; la diferencia que existe entre esta región y Lima obliga a considerarla como un área geográfica y política perfectamente aparte. Hay que ir descendiendo hasta allí para llevar la libertad y dilatar el espacio que se tiene en las manos. Sucre, con la victoria de Ayacucho pone aquella comarca a su

disposición. Más de diez mil leguas cuadradas se han incorporado ahora a su inmenso teatro.

La jornada de Ayacucho amplifica sus ideales: cree que el éxito obtenido ha hallado repercusiones considerables en la política mundial, y que por tanto hay que dar mayor sonoridad a la obra cumplida. Pero cuando Sucre quiere incluir bajo su mando todo el territorio sobre cuya parte meridional cree Buenos Aires tener innegables derechos, el Libertador se opone. Hay algo que parece indicarle el peligro. Vacila; lucha consigo mismo; siente que dentro de su espíritu se enfrentan denodadamente la sombra de Rousseau y la sombra de Bonaparte. Pero a medida que pasan los días se hace más fuerte la voz interior que le grita en tono apremiante: ¡Hacia el sur.....! ¡Hacia el sur.....! ¡Hacia el sur.....!

De repente un hecho inesperado rompe de un tajo la incertidumbre. Las autoridades de las provincias de Mojos y Chiquitos, pertenecientes al Alto Perú, han enviado ante la junta gubernativa de Mato Grosso, en el Brasil, un delegado especial con la propuesta de anexión al Imperio. El Gobernador de Mato Grosso acepta el ofrecimiento y envía fuerzas armadas que ocupen la región.

Sucre, en una enérgica nota, amenaza a las autoridades de las provincias con la marcha inmediata de tropas colombianas para la reconquista, y con el ejercicio de una venganza sin precedentes. Pero antes de tomar cualquier medida informa a Bolívar de lo sucedido.

El Libertador, que se da cuenta de que un extraño quiere disputarle parte del espacio que pertenece a su gloria, da al hecho una trascendencia inusitada y trata de hacer una especie de escándalo continental. Desde Arequipa escribe al doctor Gregorio Funes: "Supongo que Ud. estará ya informado de la invasión que ha hecho un oficial del Brasil, sobre la provincia de Chiquitos en el Alto Perú. Yo no he podido creer que esta medida tan injusta como impolítica haya sido tomada por orden del Emperador del Brasil; porque esto sería envolverse a sí mismo en una inmensidad de males que apenas alcanzamos a calcular. Sin em-

bargo, como todo puede suceder, yo deseo que Ud. tenga la bondad de escribirme por tierra, informándome de todo lo que Ud. sepa con respecto al Brasil, y muy particularmente lo que tiene relación con el último atentado contra Chiquitos"......

En tono más airado se dirige a Santander: "He mandado que por la secretaría general se le comunique a Ud. el suceso de la invasión que han hecho los portugueses en Chiquitos en el Alto Perú, y se le pase copia de la bárbara e insolente intimidación del comandante portugués. El General Sucre le ha contestado en los mismos términos, arrebatado, sin duda de la indignación que debía causarle una atrocidad tan abominable"....

Un poco más tarde, cuando se encuentra en Potosí frente a la delegación militar que ha venido desde Buenos Aires, se expresa de este modo: "Por parte de sus tropas (los brasileños) acaban de invadir nuestra provincia de Chiquitos, para asolarla y ultrajarnos con amenazas bárbaras, y cuando el espanto de nuestras armas los ha puesto en fuga, entonces se llevan nuestras propiedades y nuestros *ciudadanos.....*".

El Emperador del Brasil le escribe directamente dándole satisfacciones amplias y comunicándole que se han impartido las órdenes del caso para que inmediatamente sean retiradas las tropas de Chiquitos y Monjos ya que pertenecen a un país que está fuera de su jurisdicción. Pero el ansia de ir más allá no le deja aceptar satisfacciones tan amplias. Esta circunstancia un tanto baladí, pero tan afortunada y hábilmente explotada, le ha permitido dominar sus escrúpulos, recorrer en triunfo a Bolivia y justificarse ante el pueblo de América.

Dueño del límite meridional de Bolivia intenta invadir al Paraguay. Le sirve de pretexto el hecho, hasta cierto punto trivial, de que el naturalista Bonpland sigue prisionero del doctor Francia, acusado de intervenir en la política paraguaya.

Considera primero que la invasión puede presentar ventajas apreciables a Buenos Aires en sus relaciones con el Brasil. En este sentido escribe al doctor Gregorio Funes: "Si el Río de la Plata quiere que las tropas del Perú hagan una invasión al Paraguay, avísemelo Ud., pues entiendo que no es difícil por el

Río Bermejo. Esta operación nos facilita otras ventajas, en caso de que el Brasil continúe con sus temeridades.....".

Poco después escribe a Santander para explicarle cómo se justifica la invasión a causa de la desastrosa política que el doctor Francia impone a su pueblo: "La provincia del Paraguay está ocupada por el tal Francia, que la tiene perfectamente cerrada catorce años há. No pertenece a nadie ni tiene gobierno alguno sino un tirano que es un enemigo virtual de todo el mundo, porque con nadie trata y a todos persigue. Así es que al pobre Bonpland, compañero de Humboldt, lo tiene preso. El Paraguay está más cerca de Charcas que de Buenos Aires. Todo quiere decir que debemos contar con un nuevo Estado en la federación americana, el cual nos será adicto porque nos deberá su existencia y su libertad".

Y como la contestación de Santander se hace esperar, le escribe de nuevo, siempre tratando de interesarlo en el aspecto político de la empresa. "Me es muy agradable participar a Ud. que antes de ayer han llegado a esta villa los señores General Alvear y doctor Díaz Vélez, enviados por el Gobierno y Congreso del Río de la Plata..... Los señores Alvear y Vélez se han adelantado a proponerme, como uno de los principales objetos de su misión, que destine una expedición a libertar al Paraguay, oprimido por Francia. Aquellos señores dicen que nosotros estamos en la aptitud más favorable para ejecutar esta operación, de la cual resultarán grandes ventajas para Buenos Aires, muy particularmente en la guerra contra el Brasil.....".

Pero en Bogotá piensan que todas aquellas sugestiones no tienen nada que ver con el pueblo del Río de la Plata y que inmediatamente se inicie una operación como la solicitada vendrá un rompimiento seguro de relaciones con Buenos Aires. Esto es tanto más seguro cuanto que aquel pueblo no podrá ver llegar a Bolívar como Libertador sino como conquistador, lo cual inflamará sus sentimientos hostiles. Por tales razones se ve obligado a desistir, pero este contratiempo no calma en modo alguno su ambición de marchar hacia el sur.

Piensa en Chile. El eco de sus hazañas ha llegado resonantemente hasta la tierra de Caupolicán. Esto, y las dificultades que O'Higgins ha encontrado para el afianzamiento de la libertad del país, hace que algunos chilenos soliciten su ayuda. Estas peticiones esporádicas renuevan su deseo de incorporar a Chile al territorio que ya tiene bajo su mano. Finalmente empieza a pintar la nueva intervención como algo indispensable al bienestar y seguridad de América. Quiere transformar en política sus ambiciones. Escribe a Santander:

"También hay otros que quisieran que yo fuese jefe absoluto del sur contando con que Chile y Buenos Aires van a necesitar de mi protección en este año, pues la guerra y la anarquía los están devorando".

Pero las protestas que se levantan airadamente en Chile, Perú y Colombia paran sus intenciones expansionistas, lo obligan a desistir de su empresa momentáneamente. Poco después vuelve a intentarlo pero con planes diferentes. Ahora, quiere adueñarse de las Islas de Chiloé, situadas en el punto medio de la costa chilena. Le es indiferente atravesar el país para llegar a las islas, o formar una expedición marítima que alcance directamente el objetivo. Lo importante es hacer sentir a Chile la fuerza de su capacidad dominadora y de su extenso prestigio; "Por lo mismo, si Chile no toma en este verano aquel archipiélago, nosotros debemos tomarlo infaliblemente, y mucho temo que sea demasiado tarde en el año que viene. Mientras tanto debe el gobierno escribir a Chile largamente esto, y a los particulares para que insten al gobierno, y luégo que se tome el Callao avisarle el suceso e invitarlos a que se rindan al Perú con ventajas".

Pero el sueño se desvanece pronto porque los obstáculos y las antipatías surgen por todas partes. Así, escribe melancólicamente a Santander: "Desde luego mando suspender la expedición que había pensado hacer de colombianos y peruanos sobre Chiloé, pues no quiero que me digan los peruanos y los chilenos que los quiero oprimir. Así, no hará Ud. más nada sobre este negocio de la expedición de Chiloé, sobre la cual escribí muy largamente a Heres desde Arequipa".

Las obstinaciones de los grandes hombres tienen la magnitud de su grandeza. Parece como si una fuerza suprema los impulsara a la realización de empresas cuyo fracaso pueden pronosticar acertadamente las mentalidades comunes. Tal es el caso del ansia del Libertador por dominar la parte meridional de la América del Sur. Trata de convertir sus ilusiones y deseos en realidades; su ideal de libertad empieza a transformarse en afán de conquista. Su gloria lleva un ritmo que él no quiere moderar, que quizás no puede cambiar sean cuales fueren las consecuencias que sobrevengan. Pero Maquiavelo ya lo había expresado fatídicamente: "El grande hombre acostumbrado a cierto paso no puede variarlo: cuando los tiempos no se armonizan con sus principios, tiene que sucumbir fatalmente". Parte de Lima y por el camino de Arequipa y Cuzco llega a la Chuquisaca. Desde allí prepara su ascensión al Potosí, la montaña de Plata, a donde llega en una mañana de octubre de 1825. Por este monte pasa el paralelo de su gloria; un paso más al sur y sus hazañas empezarán a derrumbarse en forma idéntica a lo que ha sucedido a San Martín.

A Potosí llegan delegaciones de los ejércitos de Buenos Aires al mando del General Alvear. Bolívar los recibe saliendo a su encuentro en medio de Sucre y Córdoba; un bosque de banderas formado por los pendones de las tropas vencedoras del norte y del sur forma el marco de esta reunión extraordinaria. Pero el espectáculo maravilloso, en vez de apagar su sed de espacio, lo enardece. Pasado el encuentro, medita hondamente su marcha sobre Buenos Aires y escribe a Santander "El General Alvear, que según todas las noticias es el militar de más crédito, y que realmente tiene mérito, se vuelve inmediatamente para Buenos Aires con grandes miras; él desea ponerse de acuerdo conmigo en todo, y por todo: ha llegado a proponerme (como pensamiento secreto) la reunión de las Repúblicas Argentina y Boliviana, llevando toda ella mi nombre; él no abandona este proyecto por nada, y menos aún de llamarme a fijar los destinos del Río de la Plata; él dice que sin mí su patria vacilará largo tiempo, y que, exceptuando cuatro individuos del gobierno, todo el pueblo me desea como su ángel de protección. Chile y Buenos Aires están en

un caso igual y ambos me desean ardientemente. Por lo mismo, Ud. puede imaginarse cuántos atractivos tienen para mí estos beneficios para hacer a pueblos hermanos y beneméritos, y cuyos gobiernos han querido desacreditarme por el terror que me tienen, de suerte que Ud. debe hacer los mayores esfuerzos para que la gloria de Colombia no quede incompleta, y se me permita ser el regulador de toda la América meridional. Crea Ud. que Chiloé y Chile se perderán para siempre sin mí; crea Ud. también que quedando yo en el sur puedo socorrer a Colombia con 20.000 hombres, escogidos e incorruptibles. En una palabra, todo se pierde yéndome yo. Por lo mismo, pida Ud. al Congreso un permiso para quedarme un par de años en los pueblos del sur del Perú. Empleando esta frase se abraza todo lo que yo deseo. Diga Ud. que como todavía esta República no está proclamada, ni se sabe cuáles son sus límites, no se puede darle un nombre fijo ni señalarme términos".

Pero el Vicepresidente de Colombia comprende de inmediato el peligro que entraña la aventura, y se niega a solicitar del Congreso la anhelada autorización. La considera inconveniente para la seguridad americana, y se lo comunica con denodada franqueza. Esta carta salva para siempre la gloria del Libertador: "Mas no es de opinión el ejecutivo que V. E. pueda pasar al territorio argentino. Aunque el ejecutivo no puede persuadirse que deba ser considerado como territorio perteneciente al Estado soberano del Río de la Plata el que actualmente no esté libre y gobernado por autoridades americanas, y aunque las provincias llamadas del Alto Perú, han pertenecido a la capitanía general de Buenos Aires, y formado la confederación del Río de la Plata, hoy real y positivamente son territorio español una vez que las autoridades que allí gobiernan son españolas, las leyes españolas y las tropas que los ocupan también son españolas". Y más tarde repite: "No he variado relativamente a los auxilios que pide Buenos Aires. No podemos dárselos, lo uno, porque no existe ningún pacto referente al negocio, y lo otro, porque sin autorización del Congreso no podemos ni Ud. ni yo disponer de un

soldado. La cuestión en su esencia merece también mucha meditación, no sea que vayamos a buscar una camorra sin necesidad".

A partir de este momento y seguro ya de que no tendrá bajo su mano toda la América, regresa a Lima, y de aquí pasa a Bogotá. Ya no será el hombre que está presente en el campo de combate: ahora la política embargará todo su tiempo; vendrán la insubordinación de Córdoba, y el 25 de septiembre; las calumnias por la aspiración a la corona y el repudio de su propia patria. Potosí fue el vértice de su trayectoria magnífica; a partir de allí su vida estará llena de amargura; sus postulados serán contradictorios; sus enemigos, los que antes fueran sus hermanos, lo combatirán sin tregua. Pero esta etapa amarga hará su figura más luminosa y su gloria más duradera.

* * *

De todos los planes quiméricos que la sed de espacio dibujó a manera de espejismo, en la mente del Libertador, el más asombroso de todos fue el de la dominación del Brasil.

La América, el continente más alargado de todos, toca los dos polos terrestres y se interpone como una barrera gigantesca entre el Oriente y el Occidente; pero la extensión marítima que la separa de Europa es mucho más corta que aquella que la separa del Extremo Oriente. Por eso, la conquista del nuevo mundo y sus corrientes dominadoras vendrán de Europa hacia América. La ilimitada amplitud del Pacífico, temido aun de los más audaces navegantes, hará despreciable todo esfuerzo de dominio que traiga esa dirección.

Desde el Canadá hasta la Patagonia, las expediciones fueron llegando a la costa oriental del Nuevo Mundo, y una vez que se hallaron allí instaladas y formaron núcleos importantes, empezaron cautelosamente sus incursiones hacia el interior continental. La costa del Atlántico era así la cabeza de puente que servía a Europa para asentar su dominio; allí también la cultura occidental chocaba con la autóctona y la transformaba. A medida que pasaban los años el progreso se acentuaba en aquel li-

toral y establecía una honda diferencia entre las dos costas, diferencia que aún hoy persiste.

De esta manera en los tiempos de la revolución el rostro del Nuevo Mundo daba hacia Europa y esto era valedero para todos los países americanos con excepción de Perú y Chile, a quienes la geografía caprichosa había colocado en posición inversa.

A las ventajas que para el Occidente representaba el acortamiento de las distancias, sumábase otra de importancia capital: la desembocadura de todos los grandes ríos americanos en el Atlántico. Todas las grandes hoyas hidrográficas eran enormes penetraciones del mar en el interior del continente dentro del cual se ramificaban como manos gigantescas que llevaban la circulación comercial hasta los sitios más recónditos.

La América del Sur estaba montada sobre dos inmensas hoyas hidrográficas: la del Amazonas y la del Río de la Plata, las cuales, juntamente con el mar cerrado del Caribe eran los puntos de contacto con las grandes líneas de navegación, las tres grandes corrientes de dominación y de cultura.

El hombre que quisiera dominar esta parte de América tendría que adueñarse de las tres comarcas; quien llegara a conseguirlo sería un héroe de dimensiones sólo comparables a las de los más esclarecidos héroes antiguos.

La porción más valiosa del Brasil y la que definía necesariamente su existencia era la región meridional que participaba de la Hoya del Plata y solapaba territorios argentinos. Toda acción que llevara como mira el dominio del Brasil, debía necesariamente seguir esa dirección, y para que tuviera mayor eficacia en su última fase, es decir, en la llegada a las proximidades de la costa, debería ser apoyada por una marina poderosa y decidida.

Pero la empresa tenía tal magnitud que excluía de hecho los contingentes exiguos. Las tropas que pudieran llevarse desde la parte norte —que para la conservación de su orden interno exigían contingentes militares importantes—, serán desproporcionadas al objetivo. Pero como entre la Argentina y el Brasil

existía una tensión diplomática aguda que día a día iba tomando los caracteres de una guerra implacable cuyo resultado la Argentina no podía prever, la formación de una alianza ofensiva y defensiva con este país aumentaría los efectivos en forma inusitada y aseguraría el triunfo. Una vez conseguido éste, —pensaba el Libertador— su prestigio y su gloria lo colocarían a la cabeza de todos los pueblos americanos.

Estaba seguro de que Santander no creía que su prestigio y su gloria sobrevivieran a la llegada a Buenos Aires, pero a su juicio, Santander estaba equivocado. "Acabo de tener una conferencia con los señores Alvear y Díaz sobre el punto de nuestras dificultades. Ellos me han repetido fuerte y enérgicamente, que la guerra con el Brasil es inevitable por los motivos que antes he dicho. Me han dicho terminantemente que yo debo ejercer el *Protectorado* de la América como único medio de salvarla de los males que la amenazan (1).

Pero hay en todo el plan un punto de meditación profunda: al iniciarse una guerra contra el Brasil, España y Portugal tomarán naturalmente parte en ella; igualmente los aliados de una u otra, la Santa Alianza de un lado e Inglaterra del otro, intervendrán en la contienda. El litigio puede llegar a tener caracteres mundiales. Y para tener informaciones que le sirvan para esclarecer este punto escribe a su plenipotenciario en la Argentina, doctor Funes: "Me parece un paso muy importante el consultar la opinión del agente británico en esa capital sobre el modo como recibiría la Inglaterra una guerra del Brasil con nosotros. Si ese caballero no sabe o no se atreve a responder la cuestión, podrá Ud. decirle que yo deseo que consulte a su gobierno sobre este negocio. Yo sé muy bien que no hay guerra buena y que la Inglaterra, que vive del comercio, no puede desear sino la paz de sus mercados; pero también sé que nosotros debemos defendernos contra las agresiones atroces de un gobierno tan inmoral que desprecia absolutamente el derecho de gentes invadiendo el territorio amigo y amenazando con un exterminio absoluto a los que le resisten.....".

---

(1) A Santander. Potosí, 1825.

Y poco después insiste: "Escribí a Ud. desde Arequipa suplicándole se sirviese ver a los agentes ingleses residentes en esa capital con la mira de consultarles sobre la opinión del Gobierno británico en caso de una guerra entre el Brasil y nosotros. Espero que Ud. dé este paso con mucha prudencia y sabiduría.....". (1).

A pesar de las grandes dificultades que sabe que ha de encontrar para llevar adelante sus proyectos no quiere detenerse. La idea le obsesiona: "Estoy esperando por momentos la comisión que viene de Buenos Aires y, según parece, viene a pedirme tropas para auxiliar al Río de la Plata contra el Brasil. El Emperador amenaza a Buenos Aires con muchas fuerzas de mar y tierra, y si acaba tranquilamente con aquella república, después nos dará mucho que hacer. Esta consideración ocupa mi mente noche y día....." (2).

"Tengo 22.000 hombres que no sé en qué emplearlos con provecho y que de manera alguna conviene licenciar, porque llevarían la anarquía... y hoy, cuando la República Argentina está amenazada por el Brasil, se me brinda la oportunidad de realizar el pensamiento glorioso que me anima de ser el Dictador de la América del Sur".

La unidad necesaria para la formación de los grandes contingentes la insinúa así a los mismos argentinos: "Una liga parcial no entra de modo alguno en mis combinaciones por hallarse en oposición con toda mi conducta: mas si las circunstancias de un revés imprevisto o un esfuerzo extraordinario del Emperador obligase a este país a hacer una causa común con el Río de la Plata, me parece que la base del tratado se reduciría a una liga temporal y militar para estipular el número de tropas, sus gastos, su dirección y el nombramiento de los Generales que hubiesen de conducirlas; siendo todo esto esencial e indispensable para el éxito completo en las operaciones militares, lo demás sería secundario, a mi entender" (3).

---

(1) A Gregorio Funes. La Paz, septiembre 3 de 1825.
(2) A Hipólito Unanue.
(3) Al General argentino Carlos Alvear.

Y asegura la acción de la marina: "Me han hablado con asombro del buen estado de nuestra marina, añadiendo que al paso que nos causa inmensos gastos para mantenerla, podría el gobierno de Colombia, si creyese de su interés, tomar parte de la guerra del Brasil, ahorrar estos costos, que sufragaría Buenos Aires para la manutención de nuestros buques de guerra, que tendrían la dicha de cooperar a la gloria de sostener nuestros principios y defender la libertad del pueblo argentino. Para animarme a dar mi consentimiento a la cooperación de nuestra marina, estos señores me han asegurado que el gobierno de Buenos Aires tiene tres millones disponibles para atenderla".

Pero la Nueva Granada que ve en esta empresa más daño que beneficio para la paz del continente aduce como argumento contrario la pobreza en que Colombia se halla sumida y los pocos beneficios que de aquella campaña habrán de obtenerse. Considera además que sólo al Brasil y a la Argentina incumben sus propios asuntos. Pero él contesta con violencia: "El Brasil nos ha insultado y no ha querido todavía darnos reparación alguna; por tanto he creído político quejarme amargamente de su conducta, porque si nosotros nos dejamos insultar hasta de los débiles, no seremos respetados de nadie, y no mereceremos ser naciones. Yo no he comprometido en nada a Colombia ni la comprometeré jamás en la menor cosa. Yo no mando ahora sino pueblos peruanos, y no represento un grano de arena de Colombia. Si los brasileros nos buscan más pleitos, me batiré como boliviano, nombre que me pertenece antes de nacer" (1).

Pero el tiempo pasa y no se acentúa la materialización de los elementos que deben intervenir en la campaña. La tuberculosis ha empezado a minar su energía formidable, y poco a poco se decide a abandonar sus ilusorios proyectos: "Estos documentos, en las actuales circunstancias, deben tener un inmenso peso en nuestros ánimos, y aunque el Gobierno de Colombia no hace más que remitírmelos, este sólo hecho indica sus deseos. Por cuanto dice Cannig debemos convencernos de que la Inglaterra se opone con toda su alma a que los demás Estados americanos y Co-

(1) A Santander. Potosí, octubre 21 de 1825.

lombia, particularmente, tomen parte en la guerra contra el Brasil; si a esto se añade que el gobierno de Colombia, lejos de querer que nos mezclemos en ella, recomienda la mayor circunspección, nosotros debemos proceder con mucho tino y delicadeza.... En una palabra, Santander no quiere que tomemos parte beligerante en la guerra del Brasil, y tan lejos de quererlo, me dice que pensaba nombrar a Heres nuestro ministro en la Corte del Brasil. Por todas estas razones que Ud. meditará con toda profundidad y por hallarse Ud. más inmediato al teatro, me he determinado a pasar a Ud. las dichas copias para que tenga siempre presentes los dos puntos cardinales: primero, la política de Colombia, y los deseos de la Gran Bretaña. Excusado es decir que estos papeles sólo Ud. debe verlos....." (1).

EL EXTRAÑO CASO DE BOLIVIA

En medio de estas aspiraciones desmesuradas al dominio total de la América Meridional y su compactación unificada bajo una sola mano vencedora, aparece el extraño caso de la separación de Bolivia, quizá el más agudo y delicado de cuantos tuvo que resolver el Libertador en relación con un problema en que debían intervenir por igual la geografía y la política.

Ninguna explicación de carácter político o de carácter militar dan a la formación de Bolivia, como nación independiente, una explicación satisfactoria. Todo indica que en este paso no intervinieron las exigencias políticas o militares, y que mirado exclusivamente desde uno de esos dos puntos de vista, tiene caracteres antimilitares y antipolíticos.

Es indudable que cuando Sucre anunció al Libertador su decisión de reunir una asamblea que, con el nombre de Bolivia declarara al Alto Perú como nación independiente, en el alma de Bolívar se efectuó una lucha desesperada entre dos fuerzas telúricas igualmente tenaces e irreductiblemente contrarias. De una parte el hombre que conocía la poderosa fuerza que llevaba en sí la vastedad de la extensión territorial, no podía en forma algu-

(1) A Sucre. Lima, abril 28 de 1826.

na patrocinar una desmembración; sabía él que los dos países que se atan indisolublemente, no suman sus fuerzas sino que las multiplican; comprendía que a medida que el número de nacioues aumentaba, las disensiones políticas se hacían más seguras y frecuentes, y la fuerza continental sufriría una disminución apreciable; estaba cierto de que toda nueva división sería un nuevo obstáculo en su afán de marchar hacia el sur. No; la separación de Bolivia era una medida contraria a todos los planes que había concebido su cerebro ambicioso.

Pero desde el lado opuesto el *demonio interior* argumentaba en forma diferente; formar una nueva nación, modelar un Estado que lleve el propio nombre, que marche de acuerdo con las ideas que su fundador le ha trazado en una constitución que encierra la concreción de sus sueños y esperanzas, de sus meditaciones y experiencias; hacer que surja una nacionalidad que se confunda con la vida y la gloria de su fundador y sea como una creación terrenal y eterna salida de sus manos. ¿A qué otra cosa puede aspirar un hombre?

De otra parte, aquel país cuya formación se le proponía, estaba situado en el corazón mismo de la América del Sur, y éste precisamente era el sitio desde donde su sombra podría cobijar toda su extensión. Además, ese país estaría estrechamente unido a los demás países ya libertados por la fuerza igualadora de la cadena de los Andes; tendría su acceso al Pacífico para que pudiera participar de las ventajas comerciales del mar y, finalmenmente, estaría ligado a las cuencas del Río de la Plata y del Amazonas por las lianas poderosas de grandes ríos navegables que se adentran resueltamente en su interior. Bolivia sería el punto de partida envidiable para la dominación de la América Meridional. Para caracteres políticamente centrífugos como los de Páez, Santander y Flórez que necesitan fronteras definidas, estáticas, muertas y tan cerca de la sede de su gobierno que puedan vigilarlas de continuo con un giro de horizonte, la formación de Bolivia sería un error, porque aquellas fronteras móviles, vivas, entrañarían una amenaza constante ya que sobre ellas habría de sentirse la persistente atracción desmembradora que llegaría desde

tres puntos contrarios. Pero para él, para el dominador, para el hombre arrebatado por el impulso imperial por el cual se dejaba arrastrar jubilosamente como por una corriente marina, la situación era exactamente contraria, y aquellas fronteras irían avanzando a su voz de mando hasta encontrar el mar en todo el ámbito continental.

En la desesperación de la lucha que se librara en su espíritu pasó muchos días en un silencioso recogimiento hasta el momento en que irritado por el desasosiego decidió denonadamente tomar uno de los caminos, y así escribió a Sucre el 21 de febrero de 1825 una carta de una dureza incomparable en que lo reprendía por aquella sugestión: "Me parece que el negocio del Alto Perú no tiene inconveniente alguno militar, y en cuanto a lo político, para Ud. es muy sencillo, Ud. está a mis órdenes con el ejército que manda y no tiene que hacer sino lo que yo le mando. El ejército de Colombia ha venido aquí a mis órdenes para que, como jefe del Perú, le dé dirección y haga con él la guerra a los españoles. Ud. manda en el ejército como General de Colombia pero no como jefe de nación, y yo sin mandar el ejército como General lo mando como auxiliar de la nación que presido. Esto lo digo respecto a los compromisos de que Ud. me habla".

"Ni Ud. ni yo, ni el Congreso mismo del Perú, ni de Colombia podemos romper y violar las bases del derecho público que tenemos reconocido en América. Esta base es que los gobiernos republicanos se fundan entre los límites de los antiguos virreinatos, capitanías generales o presidencias como la de Chile. El Alto Perú es una dependencia del virreinato de Buenos Aires; dependencia inmediata como la de Quito de Santa Fe.....".

"Además, llamando Ud. a esas provincias a ejercer su soberanía, las separa de hecho de las demás provincias del Río de la Plata. Desde luego Ud. logrará con dicha medida la desaprobación del Río de la Plata, del Perú y Colombia misma que no puede ver con indiferencia siquiera que Ud. rompa los derechos que tenemos a la presidencia de Quito por los antiguos límites del antiguo virreinato".

Considera después el Libertador en la misma carta que el hombre que trata de dividir el espacio es víctima del temor, de la falta de osadía; que es un tímido a quien la fuerza extensiva espanta: "Ud. tiene una moderación muy rara; no quiere ejercer la autoridad general cual le corresponde, ejerciendo de hecho el mando del país que sus tropas ocupan, y quiere, sin embargo, decidir una operación que es legislativa..... Le diré a Ud. con la franqueza que Ud. debe perdonarme que Ud. tiene la manía de la delicadeza, y que esta manía le ha de perjudicar a Ud. como en el Callao. Entonces todos quedaron disgustados con Ud. por delicado y ahora va a suceder lo mismo.....".

"Yo he dicho a Ud. de oficio lo que Ud. debe hacer y ahora lo repito; sencillamente se reduce a ocupar el país militarmente y a cumplir órdenes del Gobierno.....".

Pero la fuerza contraria no ceja en su intento: ante la perspectiva de la derrota redobla sus esfuerzos hasta que logra ablandar primero y dominar después el espíritu del héroe. El 26 de abril escribe de nuevo al Mariscal: "Ud. supone que a mí me parecerá bien la convocatoria de la asamblea..... Tiene Ud. razón en suponerlo y diré más, que a mí me conviene sobre manera porque me presenta un vasto campo para obrar con una política recta y con una noble liberalidad. *Pero lo dicho, dicho* y con añadidura de que no siempre lo justo es lo conveniente ni lo útil lo justo".

Ya, libre de las trabas que la vacilación le había impuesto, escribe a Gamarra: "No puede Ud. imaginarse la gratitud que tengo por esos señores por haber ligado un nombre perecedero a una cosa inmortal. Yo moriré bien pronto, pero la República de Bolívar vivirá hasta el fin de los siglos.....".

En seguida se justifica ante Santander, mostrándose como dominador de espacios, y al mismo tiempo zahiriéndolo: "Ya me tiene Ud. comprometido a defender a Bolivia como a una segunda Colombia: de la primera soy padre, de la segunda soy hijo; así, mi derecha estará en las bocas del Orinoco y mi izquierda llegará hasta las márgenes del Río de la Plata. Mil leguas ocuparán mi brazos.....".

"Si Ud. se desagradó por la Ciudad Bolívar, qué hará Ud. ahora con la Nación Bolívar? Este sí que es golpe a la gratitud colombiana.....".

LA ATRACCION DEL NORTE

De la misma manera que el trópico de Capricornio señalaba una barrera infranqueable para la gloria del hombre que estaba predestinado para libertar las repúblicas tropicales de la América del Sur, el Ecuador isotérmico que pasa por la base meridional del Caribe debía ser la marca que limitara en forma definitiva los intentos de conquista hacia el Norte. Con efecto, todas las tentativas de llevar expediciones hacia el septentrión no pasaron del campo de los sueños.

La idea de dominar el norte empieza a inquietar la mente del grande hombre desde 1825, cuando ya está asegurado el sur y comienzan a surgir las dificultades primeras para conquistar a Chile y las provincias del Río de la Plata. Su concepción audaz abarca desde Méjico hasta el extremo oriental de las Antillas.

El 10 de julio de 1825 escribe en forma aparentemente incidental pero llena de fina diplomacia, al General Santander: "Santamaría me escribe desde Méjico convidándome a una expedición a La Habana, que Méjico dará 6.000 hombres y buques de guerra. El año que viene trataremos de esto, sin olvidar lo que he dicho antes sobre la expedición".

Cuando Santander le escribe para pedirle que descarte a Méjico de esa empresa y se concrete exclusivamente a una acción sobre La Habana, Bolívar se resiste; esa limitación le parece irónica y contesta: ".....ofrezca Ud. 6.000 colombianos del sur y 4.000 peruanos que yo llevaría inmediatamente a donde el peligro nos llamase. Pero entienda Ud. que yo prefiero ir a Méjico, a La Habana, por las razones de marras. Sólo en último caso, lo arrostraremos todo, y aun iremos a España".

Un poco más tarde eleva desmesuradamente la cifra de los hombres que han de integrar la expedición: "He visto las noticias que Ud. me comunica sobre españoles y franceses en La Habana y Puerto Rico; yo he tomado mis medidas para todos los casos,

y no olvide Ud. que yo puedo disponer de veinte mil hombres que marcharán a donde los llame la salud de la América y yo mismo los conduciría si el peligro fuese excesivo".

Al mismo tiempo que hace todos los preparativos para la expedición ordenando a Santander y a Briceño Méndez que pongan de su parte todo lo que sea necesario para la realización de la obra, prepara el ambiente político en el continente. Al mismo Briceño le dice: "Conviene, pues, que Ud. haga esparcir la noticia, por cuantos canales pueda, de que yo estoy listo a llegar al Istmo con 12.000 hombres, no sólo a defenderlo sino a expedicionar contra La Habana. Esta medida nos será muy útil y, por lo tanto, Ud. debe escribirlo así a Cartagena y a los Estados Unidos, de modo que la noticia llegue a La Habana cuanto antes".

Para quitar toda sospecha de que su gesto tiene visos de conquista, escribe a los plenipotenciarios de Colombia al Congreso de Panamá: "Este plan se fundará; 1º defender cualquiera parte de nuestras costas que sea atacada por los españoles o nuestros enemigos. 2º Expedicionar contra La Habana y Puerto Rico. 3º Marchar a España con mayores fuerzas, después de la toma de Puerto Rico y Cuba, si para entonces no quisieren la paz los españoles".

"En los casos de reunirse fuerzas marítimas o terrestres, puede estipularse la condición de que el oficial más antiguo mande en jefe; pero si los confederados de Méjico y Guatemala no quisieran aceptar esta condición, Colombia puede ofrecerles, por generosidad, el mando, sea en tierra o sea en el mar".

Las infinitas dificultades que surgen a cada instante y la apatía irrompible con que todos reciben las ideas referentes a esta nueva conquista, lo hacen desistir de su empresa. Así, escribe al General Mariano Mantilla: "Es, pues, casi cierto que no tendrá lugar la guerra que esperábamos, y, por lo mismo, tampoco tendrá ya lugar la expedición que preparaba contra Puerto Rico. Para esta empresa contaba yo con la cooperación de los ingleses. Así, Uds. tendrán la bondad de suspender los preparativos que tenían que hacer conforme a mi última carta, hasta otra orden".

CAPITULO V

CONFEDERACIONES. I PARTE

PANAMERICA

América forma un todo compacto semejante a una vasta isla que, comprimida en sus flancos por los dos mayores océanos del mundo, se alargara solitaria formando un guión gigantesco que vinculará estrechamente los dos extremos de la tierra.

Un error de los planisferios Mercator consiste en colocar nuestro continente a un lado del Viejo Mundo, siendo así que está situado hacia el centro interponiéndose inexorablemente entre el Oriente y el Occidente. El fulcro del mundo, que según los sabios, venía desplazándose de este a oeste tratando de arribar de nuevo a su punto inicial de partida, ha caído ahora en América antes de seguir su marcha hacia el poniente. Si el movimiento de ese punto de apoyo de la cultura universal hubiera tenido un rumbo contrario, también su paso entre los dos confines del mundo antiguo hubiera tenido que detenerse en América.

De esta manera, toda manifestación cultural que pretenda, en su marcha obligada y sometida a razones profundas, dar la vuelta al mundo siguiendo un paralelo cualquiera, tiene fatalmente que parar entre nosotros antes de continuar su avance.

Y lo que se dice de la cultura es valedero para el comercio. Los grandes ejes de navegación que van de un extremo a otro, serán interceptados por América, y de este modo, el Pacífico o el Atlántico pueden dominar en cualquier momento la historia universal, pero una de nuestras vertientes estará siempre haciendo parte de ese gran movimiento histórico.

El hecho de estar menos alejados de Europa que del Extremo Oriente, y el desagüe de nuestros ríos en el Atlántico, hacen que esta isla gigantesca, plena de riquezas naturales, minerales y vegetales y de tierras ubérrimas cuyos productos pueden en poco tiempo enriquecer los estrechos y poblados países europeos, sienta con mayor fuerza el ansia extranjera de dominio y de conquista más hacia el oriente que hacia el occidente. En esa dirección está el verdadero peligro.

* * *

Cuando los países americanos hayan logrado alcanzar su independencia se verán obligados a mantenerla con una tenacidad heroica puesto que tan pronto cesen los disturbios que ensangrientan a Europa, los diversos países enfocarán hacia el Nuevo Mundo su insaciable voracidad.

Para frustrar los seguros intentos de reconquista no habrá otro medio posible sino que la América, toda la América, forme un cuerpo único, una nación desmesurada que ponga en juego todos sus hombres, todas sus riquezas, todos los recursos de su geografía para oponerse decididamente a una tentativa de invasión. La solución sería Panamérica contra Paneuropa. Aquí también, como en los tiempos de Platón, "los griegos han de formar una liga Panhelénica para no caer bajo la dominación de los bárbaros". Pero los grandes hechos geográficos interfieren las grandes concepciones políticas.

La formidable latitud continental establece las mayores diferencias climáticas que pueda ostentar la naturaleza; y estas diferencias que van de lo helado a lo tórrido, de lo templado a lo subtropical, fijan a los hombres, les dan un modo de vida diferente, distancian los grupos humanos, diversifican sus tendencias, los hacen tan distintos unos de otros que sería imposible unirlos para una acción común definitiva.

Los gigantescos factores geográficos continentales aumentarán hasta lo inverosímil las dificultades del problema. El alargamiento del continente traerá necesariamente la indiferencia entre los dos extremos astronómicamente separados, y llevará en-

vuelta en sí la nefanda inclinación hacia la escisión. La parte del norte, de clima más benigno y en donde el mar entra profundamente en sitios múltiples, tendrá una tendencia comercial definida. La parte central que se adelgaza como si el continente fuera a romperse, y en donde el amplio litoral es tan desproporcionado a la escasa superficie terrestre que se prolonga hacia el oriente por guirnaldas de islas que ofrecen ventajas extraordinarias como bases de operaciones de todo género, y que finalmente, cuenta con un clima tórrido tan diferente del de los extremos continentales, es una amplia zona ideal para la piratería y la conquista, y especialmente para la rapacería foránea y la subdivisión ilimitada. La parte del sur, con sus costas rectas y sin abrigos para la navegación; con un gran círculo central, tan vasto como Europa formado por las selvas impenetrables que defienden empecinadamente la mayor de las hoyas hidrográficas del universo; que pose al norte una región tórrida cuyos habitantes tienen que refugiarse sobre el macizo de los Andes huyendo del calor desesperante y del ambiente malsano; que tiene en el extremo sur una rica y estrecha comarca de zona templada que carece de comercio hacia el norte, busca salida a sus riquezas por su propia cuenta hacia regiones extracontinentales. Todo este conglomerado dispar tiene características que lo imposibilitan para una acción de conjunto.

Pero hay todavía otro aspecto sociogeográfico que desarmoniza irreparablemente el todo. Inglaterra, Portugal y España han sido las tres grandes naciones verdaderamente colonizadoras del mundo americano. Las dos primeras oponen a la última un sistema de colonización imperial que ha elevado a un alto grado el desarrollo de las nuevas nacionalidades. Inglaterra y Portugal aglutinan sus conquistas de manera unitaria; constituyen un todo al cual dan una relativa libertad para vivir y desarrollarse seguras de que esa unicidad tendrá de su parte la fuerza que encierra al dilatado espacio y que seguirán adelante con la potencia que les da la extensión, la cual los impulsará a llevar cada vez más lejos sus propios límites. España, en cambio, país frac-

cionado en una especie de mosaico humano, subdivide sus conquistas; las priva de toda iniciativa; las maneja directa y separadamente a pesar del desconocimiento y la distancia; multiplica los virreinatos, capitanías y presidencias; reparte cada una de estas parcelas entre personajes amigos de la corona, que distanciados y casi hostiles los unos a los otros, deben entenderse con ella de manera exclusiva y directa. Así, mientras aquellas dos naciones aglutinan sus posesiones, la otra las divide y limita. El sello que les ha impreso el desarrollo histórico de la etapa colonial ya será tan difícil de cambiar como variar el rumbo de los astros. Las naciones que al momento de la independencia hayan tenido la fortuna de ser dueñas de grandes espacios —las pertenecientes a España inclusive—, tendrán asegurados sus destinos, Las otras serán víctimas de la estrechez de sus fronteras en la misma medida en que la madre patria haya, miope y mezquinamente, empequeñecido su superficie. Y desde entonces hasta hoy, y desde hoy hasta el futuro remoto, los Estados Unidos, el Brasil, Méjico y Argentina irán a la vanguardia del Nuevo Mundo; los países centroamericanos, a la zaga, y naciones como Colombia, Perú y Bolivia se debatirán en una resignada medianía.

¿Cómo podría formarse una estructura única con esa inveterada pluralidad?

La geografía parece vedar la formación de una gran nación continental unificada, y toda tentativa para crearla no irá más allá de los dominios de la utopía.

Sobre estos hechos reales Bolívar toma pie para sus concepciones internacionales. El hombre que comprende y más que comprende, siente profundamente la fuerza enorme que para la supervivencia de la libertad tiene el espacio, marcha con los pies sobre la realidad para estructurar sus proyectos.

La idea de una gran nación empieza a preocuparlo desde 1813. En ese año hace que su Ministro de Estado suscriba un manifiesto en que dice: "Es menester que la fuerza de nuestra nación sea capaz de resistir con suceso las agresiones que pueda intentar la ambición europea; y este coloso de poder, que debe

oponerse a aquel otro coloso, no puede formarse sino de la reunión de toda la América Meridional....." (1).

"La ambición de las naciones de Europa lleva el yugo de la esclavitud de las demás partes del mundo; y todas esas partes del mundo deberían tratar de establecer el equilibrio entre ellas y la Europa, para destruir la preponderancia de la última. *Yo llamo a esto equilibrio del Universo y debe entrar en los cálculos de la política*" (2).

Pero ya en 1815, la idea, en lo que tiene de exclusivo, ha adoptado nuevas fórmulas que esboza en su carta de Jamaica: "Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria. Aunque aspiro a la perfección del gobierno de mi patria, no puedo persuadirme de que el Nuevo Mundo sea por el momento regido por una gran república; como es imposible no me atrevo a desearlo.....".

Unidad es lo que se necesita y pluralidad lo que existe. ¿Cómo conciliar estas dos tendencias antagónicas para lograr que la independencia de América superviva? ¿Es éste un caso único o se han presentado ya en tiempos anteriores? La historia ha de proporcionarle la solución definitiva. Busca la luz en sus antiguos mentores.

Montesquieu, faro altísimo cuyas luces lo han guiado en momentos de angustia, lo ayudará a salir de las tinieblas:

"Parece, pues —dice en el inmortal Espíritu de las leyes— que los hombres se hubieran visto obligados a vivir gobernados por uno solo si no hubieran imaginado una manera de constitución que tiene todas las ventajas interiores de la república y la fuerza exterior de la monarquía. Hablo de la federación".

"Esta forma de gobierno es una convención, mediante la cual diversas entidades políticas se prestan a formar parte de un Estado más grande, conservando cada una su personalidad. Es una sociedad de sociedades, que puede engrandecerse con nuevos

(1) Manifiesto de 1813, publicado en la Gaceta de Caracas.
(2) Blanco y Azpurúa. Documentos para la historia de Bolívar.

asociados hasta constituir una potencia que baste a la seguridad de todos los que se hayan unido".

"La república federativa es capaz de resistir a una fuerza exterior y de mantenerse en toda su integridad sin que se corrompa interiormente. No hay inconveniente que no evite la federación".

"Cuando ocurra en uno de los Estados alguna sedición que el mismo Estado no pueda apagar con sus propios medios, recibirá el auxilio de los otros Estados federados. Si alguno de ellos se desmoraliza introduciendo abusos, lo corregirán los otros. El Estado federal no puede perecer; aunque sucumbiera alguna de sus partes, quedarían las otras. Aun disolviendo la federación, cada uno de los Estados federados y todos ellos seguirán siendo Estados soberanos".

Así, pues, la solución estriba en la formación de una gran federación panamericana, tal que cada país siga adelante con sus ideas y tendencias; con el ritmo que le han marcado sus características geográficas; con sus peculiaridades históricas y sus caracteres raciales. Pero como el peligro es común, todos estarán unidos por ese común denominador que los obligará a coadyuvar en la defensa conjunta, ya que si una parte sucumbe, sucumbirá la América entera.

"Nuestras repúblicas se ligarán de tal modo, que no parezcan en calidad de naciones sino de *hermanas,* unidas por todos los vínculos que nos han estrechado en siglos pasados, con la diferencia de que entonces obedecían a una sola tiranía y ahora vamos a abrazar la misma libertad con leyes diferentes y aun gobiernos diversos, pues cada pueblo será libre *a su modo* y disfrutará de su soberanía según la voluntad de su conciencia" (1).

Sin embargo, hay una dificultad que parece insalvable. Los Estados Unidos del Norte se han independizado hace ya mucho tiempo, y su vida ha empezado a normalizarse encauzada por los caminos del progreso y la civilización. Por otra parte, Monroe, quien se ha adueñado de las ideas bolivarianas, ha lanzado des-

(1) Carta al doctor Unanúe. Noviembre de 1825.

de 1823, su famosa doctrina. Siguiendo por lo tanto el juego de las vanidades políticas, es necesario descartar aquella nación del plan de conjunto. Y como, por otra parte, el enemigo más temible por el momento es España, es necesario recortar las aspiraciones y pasar de la concepción panamericana a otra más reducida: Hispanoamérica.

HISPANOAMERICA

El instinto político del Libertador lo había llevado a dar pasos seguros para establecer una confederación hispanoamericana en vista de las dificultades insalvables para la realización de su pensamiento panamericano. "Es una idea grandiosa —escribe a un *caballero inglés en 1815*— pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por lo tanto tener un solo gobierno que confederase los diversos Estados que hayan de formarse; mas no es posible porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen la América. ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuera para nosotros lo que el de Corinto para los griegos!".

La ambición se acentúa hacia el año de 1822 al enviar sus plenipotenciarios a los países del sur con el fin de preparar a los gobiernos meridionales para el Congreso Anfictiónico. En ese año escribe al Director supremo de Chile: "La asociación de los cinco grandes Estados de América es tan sublime en sí misma, que no dudo vendrá a ser motivo de asombro para Europa. La imaginación no puede concebir sin pasmo la magnitud de un coloso, que semejante al Júpiter de Homero, hará temblar la tierra de una ojeada. ¿Quién resistirá a la América reunida de corazón, sumisa a una ley y guiada por la antorcha de la libertad?".

"Tal es el designio que se ha impuesto el gobierno de Colombia al dirigir cerca de V. E. a nuestro Ministro Plenipotenciario senador Joaquín Mosquera".

Así, con representantes de todas las tierras que ha conquistado España, se formará el congreso de Panamá. Naciones como

los Estados Unidos e Inglaterra podrán asistir como observadores. Don Pedro Gual, el mejor diplomático de época de la independencia y uno de los más decididos amigos del Libertador, tomará esas ideas grandiosas y tratará de llevarlas a término feliz dedicando a su realización su vida entera. El pensamiento se plasmará pero en ninguna obra como en ésta habrá de mostrarse con mayor claridad la mezquindad de las envidias humanas puestas en juego para que dé resultados ínfimos la idea de un hombre de genio, aunque esta idea sea la esperanza de un continente, la orientación necesaria de un sistema jurídico y la fuente donde las generaciones futuras deben ir a buscar un remedio a sus angustias comunes.

De regreso a Lima en diciembre de 1824, inmediatamente después de la Batalla de Ayacucho, Bolívar pone en juego toda su influencia y energía para la reunión del soñado Congreso. Desde allí se dirige a los Gobiernos de Colombia, Méjico, Río de la Plata, Chile y Guatemala: ". . . . .es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos".

"Entablar aquel sistema y consolidar este gran cuerpo político pertenece al ejercicio de una autoridad sublime, que dirija la política de nuestros gobiernos, cuyo influjo mantenga la uniformidad de los principios, y cuyo nombre solo calme nuestras tempestades. Tan respetable autoridad no puede existir sino en una asamblea de plenipotenciarios nombrados por cada una de nuestras repúblicas y reunidos bajo lo auspicios de la victoria obtenida por nuestras armas, contra el poder español".

"Profundamente penetrado de estas ideas invité en mil ochocientos veintidós, como presidente de la República de Colombia, a los gobiernos de Méjico, Perú, Chile y Buenos Aires para que formáramos una confederación y reuniésemos en el Istmo de Panamá u otro sitio elegible a pluralidad, una asamblea de plenipotenciarios de cada Estado que nos sirviese de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados públicos cuando ocu-

rrieran dificultades, o de conciliador, en fin, de nuestras diferencias.....".

IDEAS MATRICES

¿Pero cuáles eran las ideas matrices que debían guiar las deliberaciones del Congreso, y cuál el fundamento de cada una?

— I —

La libertad de las repúblicas hispanoamericanas ha sido alcanzada gracias a la situación trágica por que España atraviesa. Cuando esa situación se haya normalizado, la Península iniciará, con todas las fuerzas posibles, y con la ayuda de aliados poderosos —la Santa Alianza, e Inglaterra o Francia según el desenlace— la reconquista de su imperio colonial. Cada una de las repúblicas independientes será incapaz por sí sola de enfrentarse a tan grande poderío. Serán batidas separadamente y al fin esclavizadas en conjunto. Pero si están unidas, si se suman sus riquezas y sus hombres, el todo será tan poderoso que España nada podrá contra él. La unión será la base de la fuerza; la reunión de los medios será la clave del éxito. La gigantesca extensión unificada será por sí misma un sistema de defensa superior a otro alguno. El sistema contrario traerá la ruina de América, y la libertad será un sueño.

Pero para que este poder sea efectivo es necesario que cada uno de los Estados confederados conserve su independencia y su carácter; que lleve adelante su propia historia. Pero es preciso que la unión se funde en principios comunes al mismo tiempo que en lazos espirituales indestructibles. A los plenipotenciarios que van al sur se les precisan estas ideas:

"Nada interesa tanto en estos momentos como la formación de una liga verdaderamente americana. Pero esta confederación no debe formarse simplemente sobre los principios de una alianza ordinaria para ofensa y defensa: debe ser mucho más estrecha que la que se ha formado últimamente en Europa contra las libertades de los pueblos. Es necesario que la nuéstra sea una sociedad de naciones hermanas, separadas ahora y en ejercicio de

su soberanía por el curso de los acontecimientos humanos, pero unidas, fuertes y poderosas para sostenerse contra las agresiones del poder extranjero. Es indispensable que Ud. encarezca incesantemente la necesidad que hay de poner desde ahora los cimientos de un cuerpo *anfictiónico* o asamblea de plenipotenciarios que dé impulso a los intereses comunes de los Estados americanos, que dirima las discordias que pueden suscitarse en lo futuro entre pueblos que tienen unas mismas costumbres y unas mismas habitudes, y que por falta de una institución tan santa pueden quizá encender las guerras funestas que han desolado otras regiones menos afortunadas".

De acuerdo con esto, la primera idea-nervio del Congreso ha de ser la siguiente:

"Formación de una liga americana que al mismo tiempo que una alianza ofensiva y defensiva asegure la unión fraternal de los Estados Americanos".

— II —

Se trata de un congreso de Estados soberanos. El Estado es la organización jurídica del pueblo dentro de su propio territorio. La soberanía es la jurisdicción estatal que llega hasta las propias fronteras pero que no puede sobrepasarlas. Pero los Estados que van a reunirse ignoran cuál es el territorio que les corresponde de derecho; no saben por dónde pasan sus límites; ignoran cuáles son sus fronteras. La soberanía de muchos de ellos se superpone y solapa en territorios inmensos. Es necesario, entonces, que cada país fije su contorno. ¿Pero cómo llegar a un rápido acuerdo sobre un asunto tan delicado y difícil? No hay sino una solución: tomar un punto de partida. Puesto que en todas las naciones concurrentes la independencia fue pregonada hacia el año de 1810 y la lucha se inició ese mismo año, los límites que en ese entonces tenía cada país por el momento serían las propias fronteras. Cualesquiera diferencias que al respecto pudieran presentarse serían tratadas posteriormente y dirimidas por medio de arbitrajes ventilados por el mismo Congreso. De no

hacerse así, las disputas serían interminables y la unión entre los federados, imposible.

En las instrucciones a los plenipotenciarios se establecía: "Colombia solicita para los nuevos Estados americanos una garantía de integridad territorial, y a fin de hacer efectiva esta garantía, el *uti possidetis de 1810*, según la demarcación de cada Capitanía general y Virreinato constituído en Estado soberano, debe ser tomado como regla".

Era, pues, indispensable que las partes que integraban el Congreso fijaran el contorno de sus soberanías, hecho éste que se expresaba de la manera siguiente:

"Fijación de los límites de los Estados Hispanoamericanos de acuerdo con el uti possidetis de 1810".

— III —

Los Estados Unidos de la América del Norte forman una nación que hace ya mucho tiempo lleva adelante independientemente su destino. Forman un Estado rico y poderoso. Desde 1823 han fijado líneas de conducta precisas respecto a las relaciones entre Europa y América. La influencia de esta nación sobre el continente es enorme y se incrementará en el futuro. Su presidente, Adams, está vivamente interesado en el curso que han de tomar las deliberaciones del Congreso de Panamá, y está decidido a intervenir en caso de que contraríen las normas internacionales fijadas por su antecesor Monroe. No tomar en cuenta estas circunstancias sería una lamentable falta de tacto político. Los confederados, si quieren mantener la unión americana y obtener resultados reales en sus discusiones, deben obrar de acuerdo con la ya conocida doctrina Monroe. Mas ¿cuáles son los puntos esenciales de esta doctrina?

1º Los Estados americanos no son susceptibles de colonización por ninguna potencia europea.

2º Los Estados Unidos se oponen a toda intervención de Europa contra la independencia de los países americanos.

3º Los Estados Unidos no intervendrán en los asuntos de Europa (1).

Jefferson, al ser consultado por el Presidente Monroe, había fijado estos pensamientos en forma brillante: "Nuestra primera máxima fundamental debe ser la de no mezclarnos jamás en las querellas de Europa; nuestra segunda, no permitir jamás a Europa intervenir en los asuntos de este continente".

Bolívar comprendía que la doctrina Monroe, aunque encerraba un exclusivismo aislacionista, tendría que ir cambiando en el futuro ya que en el fondo cortaba casi de raíz las relaciones, —muchas de ellas ventajosas— que podrían existir entre Europa y América. Pero consideraba inoportuno ir contra ellas.

Don Pedro Gual, quien va a ser el Presidente de la delegación de Colombia ante el Congreso, fija por escrito de la siguiente manera la idea bolivariana:

"Nuestro interés consiste en que los europeos no obtengan colonias adicionales en el continente. Este debe ser el sine qua non de nuestros tratados".

— IV —

A medida que avanza una revolución triunfante, el objetivo prefijado que deseaba lograr, resulta pequeño, a veces ínfimo, y los revolucionarios sienten el deseo irrefrenable de ir más allá en busca de mayores adquisiciones. Por otra parte, una vez que la revolución tiene que detenerse porque el objetivo máximo ha sido logrado, las fuerzas violentas que se pusieran en movimiento, por una especie de ley de inercia de las masas humanas, no puede pararse de repente y se vuelven por algún tiempo contra sí mismas, contra lo que han logrado, contra lo que ha sido el objeto de sus luchas. Por eso, los frutos de la revolución rara vez pertenecen a aquéllos que la han iniciado sino a quienes en el último momento se prenden a ella como a una presa codiciada" (2).

(1) Urrutia. El continente americano y el derecho internacional.
(2) Zueig. María Antonieta.

Las nuevas naciones, a cuya libertad había puesto el sello definitivo la batalla de Ayacucho, estaban a punto de volverse contra sí mismas y era necesario que una fuerza superior y colectiva las mantuviera a raya para evitar que la anarquía destruyera una libertad tan sangrientamente lograda.

"El orden interno se conservará intacto en los diferentes Estados y dentro de cada uno de ellos. La fuerza de todos concurrirá al auxilio del que sufriere por parte del enemigo externo o de las facciones anárquicas" (1).

— V —

Una de las circunstancias determinantes del poderío de las naciones es la posesión simultánea de una considerable extensión y una importante población humana. Las grandes páginas de la historia que dicen de las conquistas lo fijan como norma primordial. Pero si ante un peligro común, y en una asamblea en que la base exclusiva es el derecho, cada uno de los concurrentes exigiera tratamiento especial y ventajas distintas de acuerdo con aquellos factores, los países pequeños o débiles estarían amenazados de muerte. Se trata de defender la libertad de todos y no de fijar prelaciones para la esclavitud. La independencia de uno es tan preciada como la de otro cualquiera. El peligro en que se coloque a los más pequeños y menos poblados se torna amenaza común. Por tanto, la norma para cada país en relación con las discusiones y los acuerdos ha de ser la siguiente:

"Ningún Estado será débil con respecto a otro. Ninguno será más fuerte" (2).

— VI —

Negros y blancos, pardos y criollos, todos han sufrido las penalidades de la guerra, todos han contribuído con su dinero y con su sangre a la causa de la independencia, y ahora que se ha

---

(1) Dado a conocer por Vicente Lecuna. Washington, 1916.
(2) Bolívar. Un pensamiento sobre el Congreso de Panamá.

conseguido, ¿cómo puede ser posible que continúe la esclavitud, que haya derechos y prerrogativas para unos que se niegan a los otros por el solo hecho de que tienen distinto color u origen diferente? Es preciso, por tanto, que se establezca la igualdad para todos los seres humanos.

"La diferencia de origen y de color perderán su influencia y poder"

— VII —

¿Pero de qué pueden servir todas las normas jurídicas que lleguen a acordarse si no están respaldadas por una fuerza efectiva que pueda oponerse al invasor? Para lograr esto es necesario que cada nación fije sus necesidades en cuanto a fuerzas armadas y precise de acuerdo con su poder y riqueza las tropas de mar y tierra con que pueda y deba contribuir a la defensa común.

Puesto que España sólo podrá atacar a través del océano, la marina ha de ser la preocupación primordial, ya que su formación y adquisición son extraordinariamente costosas. Por eso:

"Se fijará el contingente que a cada uno corresponde en cuanto a ejército de tierra y buques de guerra, y se precisará el procedimiento del mando".

— VIII —

Una de las principales preocupaciones del Libertador se fundaba en la seguridad de que, pasada la guerra de independencia, los diferentes Estados se verían enfrentados a una espantosa ruina, a una extrema pobreza. Carentes de industrias y dueños de grandes tesoros en cuanto a materias primas, no podrían salir de su miseria sino fomentando un comercio activo y un intercambio laborioso y enérgico. Desde 1814 se expresaba así: "Nuestras producciones hasta ahora sin valor, nuestra agricultura desanimada, van a salir de su nulidad por las recompensas que ofrece al labrador la subida del precio de los frutos que cultiva; abiertos los puertos del Continente de Europa a las em-

barcaciones británicas, se exportarán nuestro café, cacao, añil, algodón, etc., que tienen en ella un gran consumo. Abandonado tánto tiempo há el comercio marítimo, dondequiera que alcanza el influjo napoleónico carece la Europa de una materia que se ha hecho de primera necesidad" (1).

"La América se halla además, por fortuna, en circunstancias de no poder inspirar recelo a los que viven del comercio y la industria. Nosotros por mucho tiempo no podemos ser otra cosa que un pueblo agricultor capaz de suministrar las materias más preciosas a los mercados de Europa y por eso es el más adecuado para fomentar conexiones amigables con el negociante y el manufacturero".

"Los artículos de exportación se multiplicarán hasta lo infinito y las importaciones irán siempre buscando el equilibrio comercial con nuestras producciones. Cuando consideramos nuestra suerte futura por este aspecto, deducimos sin la menor fuerza que la emancipación de la América va a producir en el lujo, en las riquezas de las naciones, en una palabra, en las costumbres del género humano, una revolución mucho más espantosa que la que produjo su descubrimiento" (2).

Por otra parte, poseyendo todos estos países recursos semejantes, era necesario buscar el comercio hacia el exterior, más aún, hacia Europa. De este modo el movimiento marítimo sería el verdaderamente importante.

Así, pues, para que las naciones americanas salieran de la miseria en que las había sumido la guerra emancipadora, para que tuvieran manera de vivir y subsistir durante una nueva contienda, para que el trabajo y el intercambio comercial embargaran la atención y la actividad de tántos que durante muchos años no habían tenido otra preocupación que la guerra, era necesario que los Estados Federados se decidieran a:

"Fijar normas precisas para el comercio y especialmente para el comercio marítimo".

---

(1) Gaceta de Caracas. 1814.
(2) Gaceta de Caracas. Junio de 1814.

— IX —

El comercio, clave de la riqueza por venir, era esencialmente marítimo y con un movimiento encaminado a Europa, y especialmente a Inglaterra, a la sazón enemiga de España y dueña de la mayor marina mercante del mundo.

Por otra parte, la invasión española tendría que atravesar el Océano para llegar hasta las costas americanas.

Los caprichos de la geografía habían colocado a poca distancia de las costas de tierra firme dos ricas y grandes islas —Cuba y Puerto Rico— cuya posesión era definitiva para todo comercio marítimo, ya se tratase de Europa hacia América o viceversa. Estas islas constituyen bases admirables para efectuar un ataque sobre el litoral continental en una dirección cualquiera. Simultáneamente servirán de punto de partida para ejercitar, con éxito asegurado de antemano, la piratería y el corso contra toda actividad comercial organizada que lleve rumbo a Europa. Quienes poseyeren esas islas serán los dueños de la navegación. Pero ninguna de las dos había podido independizarse de España. Por lo tanto, para las naciones americanas era de importancia vital:

"Lograr la independencia de Cuba y Puerto Rico"

— X —

Es cierto que en la federación hispanoamericana cada país obraría independientemente en cuanto a sus sistemas políticos internos de conformidad con sus características de geografía y de raza. La ubicación dentro del continente, la forma del territorio, la presencia inmutable de grandes accidentes geográficos tales como las dilatadas planicies y las elevadas cordilleras, la magnitud del litoral o la extensión de las selvas vírgenes, darán a su política interna y aun exterior un sello especial que no puede contrariarse sin un peligro definitivo. Esa es la razón de la libertad de cada uno de los Estados confederados. Pero, por otra parte, su libertad no puede ir tan lejos que perjudique notablemente

el conjunto. Las actividades comerciales exclusivistas, los nexos demasiado íntimos con países extracontinentales en perjuicio de los otros; en fin, todo, todo aquello que pueda poner en peligro el conjunto debe ser rechazado. Por tanto es indispensable:

"Prohibir toda alianza especial entre los países signatarios entre sí o con extraños, con exclusión de los otros".

— XI —

Concurrencia inmediata de todos los Estados en defensa del que fuere atacado; participación en un comercio organizado de los elementos que cada uno posee; ayuda al sostenimiento de su gobierno legítimo, y la fijación de normas que le permitan encauzar sus relaciones internacionales, son, entre otras, las ventajas primordiales que cada Estado derivará de los acuerdos del Congreso Anfictiónico. Es por tanto justo que todo Estado que haya disfrutado de tan excelsos beneficios y pretenda de repente rehusar el cumplimiento de sus compromisos o negarse a un arbitraje que establezca la mayoría del congreso con miras a la seguridad común, sea justamente sancionado. La pena de exclusión de la confederación al que no se conforme con las decisiones de la Asamblea, cuando ésta haya de obrar como árbitro entre dos de sus miembros, es tan justa como útil. En razón que las ventajas de los confederados sean mayores, será también mayor la pena del que no los disfrute" (1). Se impone, pues:

"Excluir de manera drástica y absoluta de la Confederación a todo Estado que no se someta a las decisiones del árbitro".

— XII —

La juventud, casi la adolescencia de nuestros Estados, sus diferencias marcadas de carácter, la imprecisión de sus límites y fronteras, el ambiente dejado por la revolución y las ilusiones y espejismos que les ha dado la repentina libertad, serán induda-

(1) De Bolívar al Vicepresidente de Colombia. 17 de febrero de 1826.

blemente causas de disturbios y de luchas entre ellos. Si este estado de cosas se deja prosperar hasta que el continente se anarquice, la invasión española se producirá de inmediato y la fuerza de la confederación será inoperante.....

Para que la rapidez en la acción sea una realidad es necesario un código, un estatuto normativo que clasifique las controversias y establezca con toda claridad los medios de contrarrestarlas:

"Establecer una declaración de principios fijos que sirvan de guía en toda controversia".

— XIII —

Finalmente: si las convenciones o acuerdos a que llegue la conferencia se abandonan a sí mismos sin que los delegados se reúnan de nuevo para expresar su juicio sobre las ventajas o inconvenientes en la aplicación de los acuerdos logrados, los resultados obtenidos tendrán una vida demasiado corta. En este sentido se recalca por escrito a don Pedro Gual, Presidente de la Delegación Colombiana. "Convengo con Ud. en que la asamblea de Panamá es absolutamente necesaria al bien y al reposo de la América, y tan penetrado estoy de esa verdad, que yo desearía que esta asamblea fuera permanente para que, sirviendo de árbitro en las diferencias que cada día han de suscitarse entre Estados nuevos y vecinos, fuese el lazo que los uniese perpetuamente. Tenga la bondad de tener presente esta idea para que haga de ella el uso que mejor le parezca". Por eso se impone:

"Establecer la renovación de las sesiones en períodos fijos".

SINTOMAS Y REALIDAD DE UN FRACASO

Desde junio de 1825 empiezan a llegar las delegaciones a Panamá. Los plenipotenciarios se mueven perezosamente; establecen conversaciones informales y de sus resultados informan a sus respectivos gobiernos. Los países del sur, especialmente Chile y la Argentina se niegan a concurrir. Los delegados peruanos,

no obstante que el temario de las conferencias ha sido sometido al estudio de los gobiernos americanos desde 1822, presentan a última hora uno nuevo que contiene veintiún puntos casi todos relativos a sus reclamaciones territoriales.

Méjico y Guatemala, cuyos plenipotenciarios habían tropezado con muchos obstáculos para presentarse oportunamente, se niegan a intervenir si no se cambia fundamentalmente el plan de las conferencias. Deberán éstas tener un carácter exclusivamente militar. Lo que el pensamiento del Libertador había madurado en tántos años tendría que ser cambiado de repente.

En medio de un ambiente de desaliento se reúne el famoso Congreso el 22 de junio de 1826 y se prolonga hasta el 15 de julio del mismo año; han estado presentes los comisionados de Colombia, Perú, Méjico y Guatemala. Han asistido como observadores delegados de los Estados Unidos, Inglaterra y Holanda.

Se firman cuatro pactos: Unión perpetua de los federados e invitaciones de adhesión. Reunión del Congreso cada año en tiempo de guerra y cada dos en tiempo de paz. Convenio relacionado con los contingentes militares que darán los diversos Estados. Convenio relativo al mando y empleo de los anteriores contingentes.

Ninguno de los otros puntos propuestos por el Libertador fue tratado. El clima empezó a molestar a los delegados y por eso decidieron interrumpir las sesiones y reabrir el Congreso en la ciudad de Tacubaya. Pero partieron de Panamá a informar a sus gobiernos y a buscar la aprobación de los convenios acordados, aprobación que nunca se llevó a efecto. Así terminó, en forma melancólica, aquella reunión famosa que, con el andar de los años, habría de servir de base para fijar las normas primordiales de derecho internacional que hoy rigen el mundo.

El fracaso de tan grandiosa idea fue un rudo golpe para el alma de Bolívar. Inmediatamente después de terminadas las sesiones escribía a Páez: "El Congreso de Panamá, institución que debería ser admirable si tuviera más eficacia, no es otra cosa que aquel loco griego que pretendía dirigir desde una roca los bu-

ques que navegaban. Su poder será una sombra y sus decretos meros consejos: nada más".

A Briceño Méndez le dice en septiembre del mismo año: "El convenio sobre contingentes de tropas, principalmente sobre el modo, casos y cantidades en que deben prestarse, es inútil e ineficaz. Puede el enemigo obrar bajo principios ciertos e invadir con fuerzas dobles. No llamar invasión seria sino la que pase de 5.000 hombres, y fijarla como el caso desde donde principian los auxilios, es condenar ciertos estados a una ocupación positiva. El décimo de caballería es incompatible con todos los principios del arte militar. También es defectuoso lo que se ha estipulado con respecto a la artillería. La traslación de la asamblea a Méjico va a ponerla bajo el inmediato influjo de aquella potencia, ya demasiado preponderante y también bajo el de los Estados Unidos del Norte. El de unión, liga y confederación contiene artículos cuya admisión puede embarazar la ejecución de proyectos que he concebido, en mi concepto, muy útiles y de gran magnitud. Así, insisto y repito que no se ratifiquen antes de mi llegada".

Pasados unos días, el hombre realista se desinteresa de las conclusiones de Panamá y forja proyectos nuevos, y como lo hizo siempre que la incomprensión y la envidia hacían fracasar sus ideas, se burla de sus ideales con acentos cuajados de ironía: "Cuando inicié aquel Congreso por cuya realización he trabajado tánto, no fue sino por una fanfarronada que sabía que no sería coronada pero que juzgaba ser diplomática y necesaria para que se hablase de Colombia. Nunca he pensado que podrá resultar de él una alianza americana como la que se formó en el Congreso de Viena. Méjico, Chile y la Plata no pueden auxiliar a Colombia ni ésta a aquéllos; todos los intereses son diversos excepto el de independencia; sólo pueden existir relaciones diplomáticas entre ellas, pero no estrechas relaciones sino en apariencia".

PROYECCION FUTURA

Los tristes resultados obtenidos en el Congreso de Panamá, logrados a pesar de la desidia y la incomprensión se olvidaron

muy pronto. Pero los trece puntos propuestos por el Libertador habrían de servir de base para las más importantes reuniones que se hayan efectuado en el nuevo mundo, en relación con el derecho internacional. El Gran Vidente lo había comprendido así: "El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público, y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrará con respeto los protocolos del Istmo. En él encontrarán el plan de las primeras alianzas que trazará la marcha de nuestras relaciones con el universo. ¿Qué será entonces el Istmo de Corinto comparado con el de Panamá?".

Las más importantes conferencias internacionales que, generalmente presionadas por circunstancias adversas, han tomado aquellos puntos por base de sus discusiones precipitadas viéndose urgidas en sus acuerdos de fondo a convertir la geografía en política, han sido las siguientes:

— I —

Liga de naciones americanas que asegure la defensa del continente y la seguridad de los diversos Estados.

Santiago	1923
Habana	1928
Washington	1929
Lima	1938
Panamá	1939
Habana	1940
Méjico	1945
San Francisco	1945
Bogotá	1948

— II —

Límites de los Estados Americanos

— III —

Conquistas en el Nuevo Mundo

Washington	1890
Lima	1938
Méjico	1945

— IV —

Mantenimiento del orden interno de cada país y ayuda mutua en caso de ataque foráneo o de facciones internas.

Habana	1940
Río de Janeiro	1942
Méjico	1945
San Francisco	1945

— V —

Paridad de las naciones

Méjico	1945 (Chapultepec)
San Francisco	9145

— VI —

Igualdad de derechos humanos

Ginebra	1916
Lima	1938
San Francisco	1945

— VII —

Hombres y elementos para la defensa del Continente

Méjico	1945
San Francisco	1945

— VIII —

Normas para el comercio y especialmente para el comercio marítimo

La Habana 1928
Panamá 1939

— IX —

Independencia de Cuba y Puerto Rico

— X —

Reglamentación de alianzas de países americanos entre sí o con extraños

San Francisco 1945

— XI —

Arbitraje obligatorio y sanciones

Méjico 1902
Río de Janeiro 1906
Ginebra 1916
Méjico 1945

— XII —

Fijación de normas que sirven de guía para las controversias

Se hallan en la codificación de los acuerdos establecidos en:

9 conferencias panamericanas (1889 a 1948).
4 conferencias interamericanas de paz y arbitraje.
3 reuniones de consulta entre ministros de Relaciones Exteriores para aclarar acuerdos de las conferencias antes citadas.
Carta del Atlántico.
Carta de las Naciones Unidas.

Tal como puede verse, de los trece puntos propuestos por el Libertador al Congreso de Panamá sólo dos se han dejado de tratar en conferencias posteriores: la independencia de Cuba y Puerto Rico y la fijación de los límites de los Estados Americanos.

El primero no debía tratarse por cuanto, pasada la primera conferencia panamericana de Washington, los Estados Unidos tenían ya listo el Dominio de Cuba y Puerto Rico, que había de culminar en el año de 1898. De otro lado, el control de las islas sería fácil con la oportuna intervención de los Estados Unidos en un momento cualquiera.

La fijación de las fronteras entre los Estados era un punto más difícil de tratar; su solo enunciado ha producido siempre en las conferencias panamericanas la separación y la discordia. Las diferentes aspiraciones a la soberanía de territorios que otro administra o sobre los cuales alega derechos de propiedad, llevan de inmediato a proposiciones tan contradictorias que toda compensación aparece imposible. Y toda reunión de naciones pasa sobre este punto sin tocarlo, pues de antemano existe la seguridad de que una insinuación al respecto no permitirá llegar a acuerdo alguno sobre otro punto cualquiera que quisiera tratarse. La palabra frontera ha aparecido siempre en estas sociedades cargada de cólera y violencia.

Sin embargo, el absurdo esquema de las fronteras hispanoamericanas que conserva en grandes trayectos trozos deliberadamente borrosos, así como los elementos que las señalan, son en casi todas un reto a la lógica y han de constituir por mucho tiempo aún el mayor elemento de discordia entre las naciones indoespañolas. Se han fijado normas jurídicas sobre muchos puntos importantes, pero con relación a las fronteras el derecho ha permanecido mudo. Por esa razón, los límites de estos países, aunque alejados de las áreas dominantes de cada nación y en su mayoría bárbaros, se recargan de guarniciones militares listas siempre a intervenir al menor movimiento del vecino. Esto, necesariamente, aumenta en forma exagerada los gastos militares de los países y los separa en forma irreparable.

La paz en América, la paz profunda y verdadera, la hermandad entre los países americanos, que soñara el Libertador, sólo podrá encontrarse el día en que una gran conferencia panamericana —lejana sin duda pero necesaria— consiga que los Estados concurrentes acepten un límite territorial, fijen sus fronteras, marquen su parcela en forma análoga a la que angustiosamente pedía Bolívar desde 1822 en el punto II de sus propuestas al Congreso de Panamá. Esa conferencia de fronteras será el verdadero congreso de solidaridad americana.

CAPITULO VI

CONFEDERACIONES. II PARTE

LA CONFEDERACION DEL CARIBE

La intuición geográfica del Libertador le indicó desde muy temprano que, pasada la independencia, la región apropiada para la reconquista española estaba situada sobre el paralelo 20N, que pasa por la planicie central de Méjico, la península de Yucatán y las Grandes Antillas.

Las tres islas mayores: Cuba, Haití y Puerto Rico, habían sido las bases fundamentales para la conquista; las ventajas que sus orillas ofrecían a las empresas de navegación, imponían su empleo en caso de nueva invasión. De allí la tesonera lucha de Bolívar para conseguir lo más pronto posible la absoluta independencia de las citadas islas.

La posición central del Archipiélago con relación al litoral continental del Caribe, permitía a los invasores dirigir en forma segura su acción hacia cualquiera de los demás Estados que tocaren aquel mar, concentrándola sobre un punto cualquiera que ofreciera ventajas para un éxito rotundo.

Intuía el Libertador que en el momento de una acción armada española contra sus anteriores dominios, la dirección principal sería la de Méjico. El desastroso estado de las finanzas de la Península la obligaban a buscar grandes cantidades de oro y plata y, de estos metales, Méjico había dado siempre seis veces más que el Perú y tres veces más que todas las demás colonias reunidas. Pero adivinaba también que en caso de que Méjico fuera reconquistado quedaba amenazada de muerte la libertad de Gua-

temala (Centro América) y Colombia, (Nueva Granada y Venezuela).

Por esto, la idea de formar un todo homogéneo de los países que confluían al mar de las Antillas, lo atormentaba desde 1821: "Establecido en Méjico un Borbón, será de su interés conservar estrechas relaciones con quien gobierne en España y con los demás potentados europeos; todos deberán por su interés particular, auxiliarlo y sostenerlo, y el Trono de Méjico tendrá constantemente pretensiones sobre su limítrofe Colombia, cuyo sistema debe alarmarlo. El gobierno de Méjico establecerá el más riguroso espionaje en el nuéstro, para volar a aprovecharse de la primera ocasión que se le presente de invadirnos con suceso; tocará todos los medios naturales que existen entre nosotros de dividirnos, debilitarnos y aun aniquilarnos destruyendo nuestro sistema republicano...." (1).

En 1825 propone a Méjico la unión de las escuadras colombiana y mejicana para hacer frente a las naves españolas que aún quedaban en las Antillas y garantizar la independencia de Cuba y Puerto Rico. El Congreso mejicano no aceptó esta proposición.

Pese a la negativa no se descorazona. Sabe que en cualquier momento la nación mejicana se dará cuenta del peligro y volverá sobre sus pasos.

Para mantener la idea siempre despierta se muestra diplomático. Al contestar, en 1826, al encargado de negocios de Méjico con motivo de una recepción en su honor, se expresa así: "Será el mayor empeño de Colombia estrechar y fortalecer los vínculos que ahora la unen con una de las primeras repúblicas de nuestro continente; y yo espero, señor Encargado de Negocios, que Ud. se servirá transmitir a su gobierno los sentimientos de mi corazón".

Por fin su deseo parece realizarse. Después de la reunión del Congreso de Panamá, Méjico propone una alianza a Colombia. Bolívar comprende que esta alianza ha de basarse exclusivamente en circunstancias militares y propone los puntos funda-

(1) A Soublette. Noviembre 22 de 1821.

mentales por intermedio de Gual y Briceño Méndez, plenipotenciarios colombianos al Congreso del Istmo: "Ya que los mejicanos quieren una liga militar, yo soy de opinión que la formemos entre Colombia, Guatemala y Méjico, que son los únicos Estados que temen ataques por parte del Norte".

"El Tratado que hemos de concluir con Guatemala y Méjico debe contener las siguientes estipulaciones:

. . . .

"2º En estos cuatro meses debe verificarse el armamento y reunión de la escuadra y el ejército federal o de la liga, como lo quieran llamar".

"3º El ejército no bajará de 25.000 hombres y la escuadra de treinta buques de guerra. Estos serán cuatro navíos de línea, ocho grandes fragatas, ocho fragatas menores, y el resto entre corbetas, bergantines y goletas".

. . . .

"6º Este plan se fundará 1º Defender cualquier parte de nuestras costas que sea atacada por los españoles o nuestros enemigos; 2º Expedicionar contra Habana y Puerto Rico; 3º Marchar a España con mayores fuerzas, después de la toma de Puerto Rico y Cuba, si para entonces no quieren la paz los españoles".

"7º En los casos de reunirse fuerzas marítimas o terrestres, puede estipularse la condición de que el oficial más antiguo mande en jefe; pero si los confederados de Guatemala y Méjico no quieren aceptar esta condición, Colombia puede ofrecerles, por generosidad, el mando, sea en tierra, o sea en el mar".

Después del fracaso del Congreso de Panamá, Gual se marcha a Méjico con el fin de llegar a un acuerdo sobre la nueva federación, pero el gobierno mejicano lo considera ya inoportuno y se niega a continuar las negociaciones.

Así terminó esta nueva tentativa espacial.

El espacio precisado por Bolívar para esta nueva federación tiene todos los elementos necesarios para formar la unión y con la unión la defensa de la paz. Geográficamente es una región

perfectamente demarcada, una verdadera área geográfica. Hacia el sur está delimitada por las selvas amazónicas, al occidente por la cordillera de los Andes y al norte por las Antillas. La única parte de frontera abierta era la que formaba el límite con los Estados Unidos, los cuales podían defender su integridad contra España, ya fuera por sí solos, ya con la intervención de Inglaterra.

Además, la raza, la lengua, la religión, son idénticas: hay una similitud en la producción que permite organizar un comercio marítimo con el exterior en escala desmesurada: la población es mayor que la de cualquiera república americana y la extensión aproximadamente la misma de Europa.

Esta desmesurada área geográfica abriga un mar interior que como tal es, de acuerdo con la historia del mundo, punto de partida para una futura civilización, y como además es sabido que un fuerte poder naval surge siempre de las comarcas en que unas costas se oponen a otras —Canal de la Mancha, Mediterráneo, Mar del Japón— un enorme poder marítimo está reservado a esta federación. Pero ninguna de estas circunstancias afortunadas es tenida en cuenta y los países resuelven seguir una política divorciada de los imperativos geográficos.

En 1828 Bolívar prevé el desastre y escribe así: "Mire Ud. que no hay la menor duda de que vienen los tales españoles con un crecido número de tropas a La Habana. No se sabe si será para Colombia, Méjico o Guatemala, pero uno de los tres tendrá visita" (1).

"Sabrá Ud. que por todas partes vienen noticias confirmando que España prepara para América una expedición de 12.000 hombres, y como Colombia, Guatemala y Méjico son los que deben ser elegidos, debemos temer mucho por nuestra suerte" (2).

El desastre no se hizo esperar largo tiempo. Méjico fue invadido por Francia; los españoles reconquistaron las Antillas: Guatemala fue sojuzgada por Inglaterra y algunos años más tarde fue subdividida en pequeñas repúblicas que debieron some-

---

(1) Al General Mariano Montilla.
(2) A J. A. Páez.

terse a la tiránica influencia económica de los Estados Unidos; la Gran Colombia se disolvió y Panamá empezó a dar pasos para separarse definitivamente de Colombia; en los diversos países estallaron la revolución y la anarquía.....

LA CONFEDERACION DE LOS ANDES

Ya en la cumbre de la gloria, el "demonio del espacio" se adueñó por completo del espíritu del Libertador. Nadie como él había visto y delimitado las diferentes áreas naturales que la geografía había formado en el continente americano. En su cerebro privilegiado estas áreas se presentaban con una claridad pasmosa. Hacer de cada una de ellas una unidad indestructible es su idea persistente, y para lograrlo piensa en todas ellas a un mismo tiempo pero va buscando la manera de estructurarlas de acuerdo con su extensión. Primero fue su concepción panamericana; ante la imposibilidad de su realización vino el sueño de Hispanoamérica; acarició luégo la idea de los pueblos del Caribe; soñó después ahincadamente con la Confederación de los Andes y finalmente realizó la efímera república de la Gran Colombia. Todos estos sueños grandiosos se derrumbaron como castillos de naipes, pero todos ellos siguen ofreciendo en el día de hoy posibilidades y aspectos grandiosos.

La penúltima de estas ilusiones espaciales fue la *Confederación de los Andes*. La idea debió llegarle en Potosí en el momento de ver reunidas todas las banderas de guerra de las tropas del continente, porque a partir de ese momento empieza a hablar de la posibilidad de unión de las repúblicas por él libertadas y a poner en duda los resultados de la confederación de Panamá. En febrero de 1826 escribe al señor Rafael Revenga: "Diré a Ud. que no tengo ningunas esperanzas de que Chile y las provincias unidas del Río de la Plata entren en la confederación, ni adopten el proyecto tal cual se ha presentado, de buena fe, por el contrario las creo perjudiciales".

Una carta de Briceño Méndez, delegado al congreso de Panamá, y escrita un mes antes de la anterior, reafirma sus sospechas. "Si me es permitido adelantar mi juicio, temo mucho que

esta primera asamblea produzca pocos resultados reales. Sin una federación verdadera no hacemos nada y yo veo que cuando más obtendremos una alianza que nos dará alguna importancia exterior porque los europeos se han dado en admirar todo lo que hacemos; mas no nos dará consistencia interior ni verdadera seguridad exterior".

Es, por consiguiente, el momento de empezar a organizar un área nueva, de iniciar una nueva federación. La fija de la siguiente manera: "Después de haber pensado infinito hemos convenido entre las personas de mejor juicio y yo, que el único remedio que podemos aplicar a tan tremendo mal es una federación general entre Colombia, Perú y Bolivia, más estrecha que la de los Estados Unidos, mandada por un presidente y un vicepresidente y regida por la constitución boliviana, que podrá servir para los Estados en particular y para la federación general, haciéndole las variaciones del caso".

"La capital será un punto céntrico. Colombia deberá dividirse en tres Estados: Cundinamarca, Venezuela y Quito: la federación llevará el nombre que se quiera; habrá una bandera, un ejército y una sola nación".

"Este plan que hemos concebido, y el cual debemos adoptar a todo trance, aunque sea haciéndole algunas modificaciones, que no lo destruirán en su base. Por lo mismo, es preciso, mi querido General, que Ud. haga escribir mucho sobre ésto a fin de disuadir a aquéllos que se quieran oponer a él, pues que no faltarán opositores" (1).

Pero al hombre que soñó con la República Panamericana el espacio de la nueva federación le parece limitado y acaricia la idea de hacerla, en un futuro próximo, mucho más extensa. Lo muestra claramente en una carta a Santander: "El Congreso de Buenos Aires quiere e insta por la proclamación de la República Bolívar. El General Alvear me propuso mil cosas y entre ellas la de extender la República Bolívar por tratados hasta Buenos Aires y Chile, de manera que si oyéramos a esos señores no ha-

(1) Carta al General Gutiérrez de la Fuente. Mayo de 1826.

bría más que dos repúblicas: Colombia y Bolivia. También hay por aquí quien quiere imperio.....".

A partir de ese momento dedica todas sus energías al logro de su idea; escribe a todos; ordena a sus amigos y adeptos; envía emisarios secretos que traten el asunto con las personas influyentes de los diversos Estados; ejerce una tinosa presión sobre todos los consejos de gobierno, y hace valer su prestigio sobre los congresos.

Escribe a Sucre desde Lima: "El consejo de gobierno va a reconocer a Bolivia y a proponerle un pacto de unión, para que este mismo pacto sirva a Colombia donde yo lo haré adoptar".

"La intención de este pacto debe ser la unión más perfecta bajo la forma federal. El Gobierno de los Estados particulares quedará al presidente y vicepresidente con sus cámaras, con todo lo relativo a la religión, justicia, administración civil, económica y, en fin, todo lo que no sea relaciones exteriores, guerra y hacienda nacional.....".

"El Libertador, como jefe supremo, marchará cada año a visitar los departamentos de cada Estado. La capital será un punto céntrico como Quito o Guayaquil; Colombia deberá dividirse en tres departamentos, Venezuela, Cundinamarca y Quito; uno tomará el nombre de Colombia que posiblemente será Cundinamarca; la federación llevará el nombre que se quiera, pero sería probable que fuese *Boliviana*.....".

A Tomás Cipriano de Mosquera: "En ningún pacto se ve tánta libertad popular, tánta intervención inmediata de los ciudadanos en el ejercicio de la soberanía y tánta fuerza en el ejecutivo como en este proyecto; en él están reunidos todos los encantos de la federación; toda la solidez del gobierno central; toda la estabilidad de los gobiernos monárquicos. Este mismo pacto con algunas modificaciones podría acomodarse a los Estados pequeños formando la vasta confederación. Entonces lo que pertenece al ejecutivo en el proyecto de Bolivia podría aplicarse al gobierno federal y el poder electoral a los Estados particulares".

A Páez: "Guzmán extenderá a Ud. mis ideas sobre este proyecto. Yo deseara que, con algunas ligeras modificaciones, se

acomodara el código boliviano a los Estados pequeños enclavados en la gran confederación. Aplicando la parte que corresponde al ejecutivo, al gobierno general y al poder electoral a los Estados particulares, pudiera ser que se obtuvieran algunas ventajas de más o menos duración, según el espíritu que nos guiara en tal laberinto".

La confederación que pretende formar tiene elementos importantes que unifican el conjunto. Se extiende desde el Caribe hasta el trópico de Capricornio quedando de este modo acaballada sobre el ecuador geográfico y ubicada íntegramente dentro de la zona tórrida. La vasta extensión está atravesada de norte a sur por la gran cordillera de los Andes; el calor tórrido del trópico ha obligado a los habitantes de los cinco países que han de formar la unión a treparse sobre la cordillera: la totalidad de los habitantes será pues de montañeses que tendrán indudablemente el común denominador del espíritu colectivista, su amor a la libertad, su temperamento reconcentrado, su oposición a los bruscos cambios de costumbres, su fisonomía típica, inclusive su manera de vestir y moverse, de trabajar y de defenderse. Todos los países concurrentes son ricos y pueden engrandecerse por medio de un comercio que cuenta, para su expansión, con los dos mares más importantes del mundo. La raza, la religión, los vicios y virtudes dejados por la conquista, el idioma, las costumbres, todo los unifica. La comunidad y la cooperación en la lucha por la independencia y la admiración enorme que sienten por su Libertador son el lazo más reciente que los vincula estrechamente.

A partir de Capricornio hacia el sur el aspecto cambia de manera rotunda. Los hombres, ayudados por los beneficios climatéricos de la zona templada desechan la cordillera en busca de las tierras planas. El poder dispersivo de la planicie y la facilidad de movimiento, la clase de cultivos zonales y las correspondientes formas de trabajo; la inmigración diferente y los distintos métodos de conquista; la separación completa respecto al norte, el desarrollo de su emancipación y el tipo de sus héroes, dan a aquella región una absoluta diferenciación.

La confederación planeada no puede, por el momento, rebasar la línea del trópico de Capricornio.

Para lograr su empeño el Libertador pone en práctica un sistema que le es característico. No pretende unir todos los Estados de una sola vez. La unión simultánea de tantos elementos plurales es difícil y lenta. Lo más sencillo y efectivo es formar pequeños bloques que luégo se unirán unos a otros hasta lograr el conjunto anhelado. Ya está unida la Gran Colombia, Venezuela, Colombia y Quito en una forma para él indisoluble. Ahora hay que proceder a unir de nuevo a Perú y Bolivia, para lo cual planteará él mismo el asunto ante los respectivos congresos a fin de lograr su aprobación. Después, sólo resta unir los dos bloques.

Habiendo obtenido el asentimiento del Perú a la federación de los Andes, lucha por sustraerse a los mil requerimientos que tratan de mantenerlo en Lima y lleno de optimismo emprende viaje hacia Bogotá para lograr desde allí la culminación de la Gran Federación, que ha de ser, ésta sí, la gran República de Bolívar. Y tal será su magnitud y su poder que los países del sur intentarán seguramente unirse a ella llegando por este medio a la realización suprema de la confederación suramericana.

La fe en sí mismo es tan grande y las manifestaciones que recibe a su paso son tan resonantes, que no guarda la menor duda sobre el éxito de su empresa. Al llegar a Quito escribe al General Gamarra: "He encontrado a estos pueblos llenos de entusiasmo por el proyecto de la gran confederación. Yo estoy seguro de que Venezuela está animada de los mismos sentimientos y yo no dudo que lo mismo sucederá con el resto de la República".

Al llegar a Bogotá escribe al Presidente del Consejo de Gobierno del Perú: "Me es muy agradable decir a Ud. que el pensamiento de la federación de los seis Estados de Bolivia, Perú, Arequipa, Quito, Cundinamarca y Venezuela, todos ligados por un jefe común que mande la fuerza armada e intervenga en las relaciones exteriores, lo han aprobado mucho aquí, principalmente el vicepresidente, algunos ministros y personajes influyentes. Han convenido también en que el jefe común nombre los vicepresiden-

tes, como en Bolivia, para que él mande el Estado durante su ausencia".

Para poder llegar a conclusiones precisas hace reunir en Bogotá al supremo Consejo de Gobierno, presidido por Santander. Ante el Consejo, Bolívar expone detalladamente su idea de la federación de los Andes; explica las razones que existen para su formación; hace ver el valor que tendrá para la defensa del Nuevo Mundo, y se extiende en consideraciones geográficas relacionadas con el mismo asunto. El supremo Consejo lo escucha con interés y en forma circunspecta le manifiesta que el plan es de tal magnitud y de tan vasta importancia que solicita un tiempo para estudiarlo con el debido detenimiento y fijar los delineamientos principales. Bolívar acepta. El proyecto de federación pasa a un archivo en donde se olvida para siempre.

Receloso de Santander y de su influencia sobre el Consejo de Gobierno y no satisfecho con el éxito obtenido, viaja a Venezuela en donde está seguro de encontrar mejor ambiente para la formación de la *unión,* pues esta palabra le parece más adecuada y menos sospechosa que la de confederación, como lo había manifestado a Sucre: "No debemos usar la palabra federación sino *unión,* la cual formarán los tres grandes Estados de Bolivia, Perú y Colombia".

Desde Tunja, camino de Caracas, escribe al General Heres: "En los cortos días que pude permanecer en la capital, no me he ocupado de otra cosa sino de imponer al vicepresidente, a los ministros y a las personas influyentes en el plan de la gran federación de los seis Estados que deben formar Bolivia, Perú y Colombia bajo la dirección de un jefe común, como el único lazo que podría mantener en vida estas tres repúblicas".

"Es ahora agradable decir a Ud. que estas personas no sólo han quedado convencidas de las ventajas que va a producir este plan, sino que están de acuerdo en que debe realizarse cuanto antes. El vicepresidente, sobre todo, lo ha aprobado de un modo que me hace pensar que lo apoyará con todo su influjo y hará cuanto esté a su alcance para que se realice en Colombia. Por tanto, deseo que Ud. comunique estas ideas.....".

De la misma ciudad se dirige al Coronel Tomás Cipriano de Mosquera: "La idea de la federación de las tres grandes repúblicas en seis Estados, como se ha indicado en los papeles públicos del Sur y del Perú ha sido aprobada en la capital y ha merecido la aprobación de casi todos en general, de suerte que cuando llegue al caso de llevarse a cabo, no habrá oposición en esta parte de la República".

"En cuanto a Venezuela creo que tampoco se opondrán; al contrario, allí la abrazarán como un arca de salvación, sobre todo en estos momentos en que se hallan llenos de trabajos y dificultades debido a las ocurrencias de Valencia y Páez".

Al llegar a Venezuela, en vez de entablar conversaciones sobre la confederación, tiene necesidad de formar un ejército que someta a Páez. Lo consigue, pero se plantea una profunda división política sin que su inmenso prestigio alcance a dominar los dos bandos que, desconcertados por los favores que quiere dispensar al uno y al otro, lo combaten de consuno solapada pero ferozmente.

En Nueva Granada, Santander, herido por las críticas que le ha formulado sobre su gobierno en su paso para Caracas, da rienda suelta a su reconcentrada enemistad, y trabaja en contra de sus ideas. Poco después en Bogotá la lucha política se enciende y el partido *avanzado* combate sin tregua al héroe, y las tropas venezolanas y granadinas luchan entre sí con odio profundo.

Flórez, en el Ecuador, quiere dominar su parcela sin sujeción a nadie y hace cuanto está a su alcance para desvincularse de la Gran Colombia.

En el Perú ha sido descubierta una conspiración para asesinar al Libertador, encabezada por los más destacados Generales, y en el pueblo y el ejército peruano se propaga la aversión definitiva contra las tropas colombianas que aún permanecen en aquel territorio.

Bolivia se prepara para rechazar la invasión del Perú a su territorio, invasión en que invoca el pacto de unión preconizado por Bolívar como el primer paso para la confederación andina,

y con la cual se pretende reincorporar la antigua región de Charcas a su suelo.

Finalmente, el gestor de la confederación desea dejar a Colombia para siempre: "Yo le he dicho a Ud. que el único pensamiento que tengo es la gran federación de Perú, Bolivia y Colombia, pero ahora mi único deseo es abandonar este país y dejar el servicio público, porque ya me es insoportable" (1).

LA GRAN COLOMBIA

La última de las confederaciones de Bolívar, en cuanto a extensión se refiere, es la Gran Colombia. Aunque la idea germinaba en su cerebro desde 1813, sólo se precisa en 1815 en la famosa carta de Jamaica: "La Nueva Granada se unirá con Venezuela si llega a convenir en formar una República central, cuya capital sea Maracaibo, o una nueva ciudad con el nombre de Las Casas.....".

La propuesta formal, con los fundamentos que la sostienen, la hace al congreso de Angostura en febrero de 1819: "La reunión de Nueva Granada y Venezuela en un grande Estado ha sido el voto uniforme de los pueblos y los Gobiernos de estas Repúblicas. La suerte de la guerra ha verificado este enlace tan anhelado por todos los colombianos: de hecho estamos incorporados. Estos pueblos hermanos ya nos han confiado sus intereses, sus derechos, sus destinos. Al contemplar la reunión de esta inmensa comarca, mi alma se remonta a la eminencia que exige la perspectiva colosal que ofrece un cuadro tan asombroso..... Ya la veo servir de lazo, de centro de emporio a la familia humana; ya la veo enviando a todos los recintos de la tierra los tesoros que abrigan sus montañas de plata y oro..... Ya la veo sentada sobre el trono de la libertad, empuñando el cetro de la justicia, coronada por la gloria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo moderno".

El 17 de diciembre del mismo año el Congreso dicta la "Ley fundamental de la República de Colombia" en la cual se establece:

(1) A Santander. Caracas, febrero 6 de 1827.

—La unión de Nueva Granada y Venezuela en una sola nación que llevará el nombre de Colombia.

—El poder ejecutivo será ejercido por un Presidente y en su ausencia por un Vicepresidente que será elegido por la primera vez, por el Congreso.

—La República tendrá tres departamentos: Venezuela, Cundinamarca y Quito, y su capital será Santa Fe con el nombre de Bogotá.

—Cada uno de los departamentos tendrá vicepresidente que elegirá el Congreso y tendrá también su administración propia.

—El Congreso general de Colombia se reunirá en la Ciudad del Rosario de Cúcuta el 1º de enero de 1821; este congreso dictará la constitución de la república y decretará sus armas y pabellón.....

La entrada de la provincia de Quito a integrar la república es por el momento imposible debido a que se halla aún bajo el dominio español. A este respecto Bolívar escribe a Santander: "Como al proclamar el anterior Congreso la reunión de las antiguas repúblicas de Nueva Granada, Venezuela y Quito en una sola, y al decretar la forma en que debían elegirse y reunirse los representantes de los pueblos para sancionar y ratificar aquella célebre acta, se creyó que el Departamento de Quito estaría, ya libre del todo, para el año próximo y enviaría también la representación y expresión de su voluntad; siento un inmenso dolor al decir a V. E. que no habiéndose efectuado enteramente los planes meditados para libertar aquel departamento y existiendo ya libres algunas provincias de él, que no han podido ocuparse todavía de las elecciones, sería muy conveniente que el congreso tomase esto en consideración".

En 1820, Santander reúne una junta de notables y aprueba la *Ley Fundamental*. La alegría del Libertador no tiene límites. Su proclama lo muestra: "¡Colombianos, la República de Colombia proclamada por el Congreso General y sancionada por los pueblos libres de Cundinamarca y Venezuela, es el sello de vuestra independencia, de vuestra prosperidad, de vuestra gloria nacional..... La intención de mi vida ha sido una: la formación

de la República libre e independiente de Colombia, entre dos pueblos hermanos. Lo he alcanzado: viva el Dios de Colombia!".

El 6 de agosto de 1821 se reúne en la Villa del Rosario de Cúcuta el primer congreso formado por elecciones efectuadas en las diversas provincias. Lo primero que hace es aprobar de nuevo la Ley fundamental de la República de Colombia, proclamada anteriormente, imponiéndole algunas modificaciones entre las que se cuenta la fundación de la capital de la República con el nombre de *Libertador Bolívar*.

Viene luégo la redacción de la constitución del nuevo Estado. Dejando de lado a Quito, se fijan por primera vez los límites y la división política interna: los límites serán los que correspondían anteriormente a la Capitanía General de Venezuela y al Virreinato de la Nueva Granada. Internamente la República se divide en Departamentos, éstos en Provincias, las Provincias en Cantones y éstos en Parroquias. Igualmente establece la división electoral de acuerdo con las grandes regiones naturales llamadas Distritos, y en cada uno se hace figurar una Corte Superior.

En 1822, inmediatamente después del triunfo de Pichincha, Sucre invita a Quito y demás provincias a hacer parte de la recién formada república de Colombia: Quito, Cuenca y Loja declaran su anexión, y en esta forma se integra la Gran Colombia.

El área que debe tener la nueva república tiene ahora límites naturales precisos. Arrancan del Golfo Dulce, sobre el Pacífico, en Costa Rica y siguen el litoral hasta Túmbez, remontan este río hasta llegar al Marañón, y por éste hasta el Río Negro; saltan de éste a la Sierra Parcaíma por cuya cresta se llega a las Guayanas y por el límite occidental de éstas hasta el litoral del Caribe que debe continuarse hasta cerrar el contorno de nuevo en los límites con Costa Rica.

Una de las características primordiales que daba unidad absoluta a este territorio era sus hoyas hidrográficas. Por todo su contorno avanzan grandes ríos hacia el interior del país, prolongando así los mares de América hasta el corazón mismo de la nación y llevando a él la navegación y el comercio. Algunos corren de norte a sur para desembocar en el Pacífico, como el Guayas y

el San Juan. Otros de sur a norte, hacia el Caribe, como el Atrato, el Magdalena, el Orinoco y el Catatumbo; otros van directamente hacia el este buscando el Atlántico oriental, como el Marañón, el Napo, el Putumayo, el Meta y el Apure. Todos ellos son enormes "caminos móviles" que distribuyen los productos desde el interior a todos los puntos cardinales de la periferia. Fuera de esta comarca, los ríos de América, los verdaderos grandes ríos cambian de rumbo para ir a buscar la hoya del Plata, en los dominios de la Argentina.

De otro lado, la configuración andina que atraviesa íntegramente los tres países confederados tiene una estructura geológica uniforme. El clima tropical idéntico en toda la extensión ha condicionado la vida humana sobre la cordillera produciendo un conjunto étnico parejo por su carácter social y por el sistema de vida y trabajo. La lengua, la religión, la lucha por la libertad, los idénticos antecedentes históricos terminan por dar a la nación el carácter de un área geográfica perfectamente definida. Pero para lograr implantar la soberanía en el país así delimitado y lograr que las partes componentes gocen de iguales beneficios especialmente en lo que al comercio se refiere, se presentaban algunos inconvenientes importantes. Los principales se relacionaban con Panamá y Guayaquil.

El Pacífico carecía de verdaderos ejes de navegación. Era el "mar sin fin" de que habían hablado los grandes navegantes. El movimiento marítimo mundial estaba en el Atlántico. Las regiones situadas sobre el Mar del Sur, quedaban en condiciones desventajosas. Era necesario que su navegación no se viera interrumpida por el Istmo de Panamá, y para esto era preciso conectar, por medio de un canal, el Pacífico con el Caribe.

Las perspectivas de apertura de este canal se habían olvidado cuando Fernando VII se negó a tomarlas en consideración por cuanto no convenía que "el hombre separara lo que Dios había unido". Pero Humboldt había estudiado detenidamente nueve sitios distintos por donde la comunicación marítima ofrecía facilidades considerables, Goethe había pronosticado la realización de esta comunicación como un acto de necesidad para el comercio

mundial, y Napoleón había fijado las conveniencias militares de esta vía y ordenado que se efectuaran los estudios y propuestas al respecto.

El problema, de carácter geográfico político, tenía necesariamente que agitar las ideas del Libertador. En 1815 se expresaba así: "Los Estados del Istmo de Panamá hasta Guatemala formarán quizás una asociación. Esta magnífica posición entre los dos grandes mares podrá ser con el tiempo el emporio del universo. Sus canales acortarán las distancias del mundo: los lazos comerciales de América, Europa y Asia traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del Globo.....".

Y en 1824: "Parece que si el mundo hubiese de elegir su capital, el Istmo de Panamá sería señalado para este augusto destino, colocado, como está en el centro del globo, viendo por una parte el Asia y por el otro el Africa y Europa.....

El Istmo está a igual distancia de las extremidades: y por esa causa podrá ser el lugar provisorio para la primera asamblea de los confederados".

Llevado de su realismo pragmático resolvió poner todo cuanto estuviera a su alcance para realizar su idea. Comisionó al ingeniero inglés Lloyd y al ingeniero sueco Falmark para que estudiaran detenidamente el istmo, escogieran el sitio más apropiado para el canal y buscaran una propuesta para la financiación de sus trabajos. Lloyd tomó la vocería del proyecto e hizo una detallada exposición ante la Sociedad Real de Londres, pero no pudo conseguir el apoyo necesario para realizar el ideal de Bolívar....

* * *

El obstáculo que se presentaba con Guayaquil era de otro carácter. Después de la batalla de Pichincha toda la provincia de Quito había quedado incorporada a Colombia excepto la provincia de Guayaquil juntamente con la región adyacente limítrofe con el Perú.

Los habitantes de esta región estaban divididos en tres fracciones: una quizás la más numerosa, quería su anexión al Perú,

otra, deseaba su anexión a Colombia, y, finalmente, la otra deseaba la formación de un Estado independiente.

Don Pedro Gual, fiel intérprete de las ideas internacionales de Bolívar, vio la situación con entera claridad: efectivamente, Guayaquil y las regiones limítrofes con el Perú, no poseían sino en parte las características geográficas de Colombia; igual cosa sucedía con el territorio peruano; era esto lo que había dividido a sus habitantes sumiéndolos en una profunda indecisión. Al mismo tiempo, Gual comprendió que la formación de un pequeño Estado "tapón" entre Colombia y Perú sería un motivo eterno de discordia entre los dos países y una amenaza constante para la paz del continente.

Sabía también Gual que San Martín quería aprovecharse de la división de los guayaquileños para adueñarse de toda la región e incorporarla al territorio peruano. Había pues necesidad de tomar dos medidas urgentes para salvar el área geográfica de la Gran Colombia: adelantarse a las ideas de San Martín, ocupando militarmente a Guayaquil y fijar exactamente los límites de la provincia en lo que hacía relación al Perú.

So pretexto de que los guayaquileños no querían permitir que las pequeñas regiones que deseaban su anexión a Colombia lo hicieran independientemente del resto, Bolívar ocupó a Guayaquil el 11 de junio de 1822.

Cumplida esta primera parte quedaba en pie la demarcación de los límites. A comienzos de 1823 Gual ordenó a Mosquera, embajador de Colombia en Lima, que iniciara las negociaciones correspondientes, y al efecto le remitía un memorándum en que fijaba el río Túmbez como la línea meridional de los límites sobre el Pacífico. El Perú no aceptó este punto. Hubo de estipularse entonces que una convención especial fijara los límites para zanjar las diferencias. Las conclusiones de la convención no fueron aprobadas por el Gobierno de Colombia.

Por esos días el gobierno peruano decretó las elecciones en las provincias de Jaén y Mainas, cercanas al territorio en disputa. Estas provincias estaban en poder del Perú según el *uti possidetis* de 1810, el cual aceptaba este país, en principio, como frontera.

El Libertador, que tenía en su poder la real cédula de 1802 en que se fijaba claramente aquella línea se negó a aceptarla como válida. Para él, los límites entre Colombia y Perú debían ir más al sur de Túmbez, siguiendo una línea que, partiendo del Pacífico, pasara por el sur de Jaén y fuera a encontrar el río Marañón.

La campaña para la liberación del Perú hizo olvidar el asunto hasta el año de 1824 en que Gual rogó a Bolívar que reabriera las negociaciones. El Libertador lo intentó sin mayor éxito. El asunto de nuevo quedó pendiente.

En 1826, en las proximidades de la reunión del congreso de Panamá, Gual volvió a insistir sobre la negociación por considerar que si no se arreglaba pronto y satisfactoriamente, habría continuos sinsabores en las relaciones de los dos países. Con este fin escribe a Bolívar una carta en que le pone de presente la necesidad de un pronto arreglo, pues está seguro de que de lo contrario vendrán "mil desagradables controversias". En esta carta se pone en franco desacuerdo con el Libertador en su intento de llevar más allá de Túmbez los límites de Colombia: "Mis opiniones respecto a límites entre las naciones americanas son excesivamente liberales, porque ninguna de ellas necesita ensanchar su territorio a expensas de otra. Si se siguiese siempre mi parecer yo sacrificaría pequeñas consideraciones a la adquisición de límites naturales.

Yo tiraría nuestra línea divisoria desde la desembocadura del Túmbez, siguiendo el curso de los ríos aguas arriba hasta el Amazonas, dejando al lado peruano la provincia de Loja".

Pero el Libertador se niega a aceptar las ideas de su consejero. Necesita espacio, más espacio.

Escribe a Santander: "Gual me ha escrito desde Panamá, y toda su carta se reduce a hablarme sobre la necesidad en que estamos de apresurar las negociaciones de límites entre Perú y Colombia; él es de opinión de que con tal que se consiga este tratado dejásemos la provincia de Loja al lado peruano. Yo he contestado que no soy de este parecer, ni que debemos perder a Mojos ni Bracamoros, cuando estas provincias deben quedarnos, porque nos pertenecen y no son desiertos como los del Marañón. Le digo que de Jaén al Marañón se puede tirar una línea, y este río puede

servirnos de límite entre los dos desiertos; los antiguos límites de la provincia de Quito y los peruanos deberán servirnos de frontera. Creo pues que Colombia podría autorizar a Heres para que entablase esta negociación sobre esta base, que puede y aun debe ser aceptada, siendo esto lo que verdaderamente conviene a ambos. Yo no dudo de que Heres logre un buen efecto de su misión porque, además de la justicia del reclamo, la amistad que tiene con el General Santa Cruz, que va a ser presidente del Consejo de Gobierno, le facilitará los medios de obtener el buen resultado que desea Gual sin sacrificar nuestros intereses perdiendo a Loja. Además, para perder siempre hay tiempo y mucho menos cuando esta pérdida es inexcusable" (1).

El Perú, sin embargo, se obstina en mantener su derecho sobre aquellas provincias. Como un último esfuerzo en 1828 se lanza a la guerra contra Colombia. El Libertador que se entera de la forma como un país a quien ha dado libertad trata de arrebatarle un pedazo de territorio con que él quería aumentar la superficie de su postrera confederación, se exalta de modo tan extraordinario que se dirige a los pueblos del sur en la más encendida y violenta de las proclamas que habría de escribir en su vida: "La perfidia del Gobierno del Perú ha pasado todos los límites y ha hollado todos los derechos de sus vecinos de Bolivia y de Colombia. Después de mil ultrajes sufridos con una paciencia heroica nos hemos visto al fin obligados a repeler la injusticia con la fuerza.....

Tan abominable conducta nos dice lo que debemos esperar de un gobierno que no reconoce ni las leyes de las naciones, ni las de la gratitud, ni siquiera el miramiento que se debe a los pueblos amigos y hermanos..... Os convido solemnemente a armaros contra esos miserables que ya han violado el suelo de nuestra hija, y que intentan aún profanar el seno de la madre de los héroes. Armaos colombianos del sur. Volad a las fronteras del Perú y esperad allí la hora de la vindicta. Mi presencia entre vosotros será la señal del combate".

La victoria de Tarqui no solucionó el problema de límites, problema que habría de persistir hasta nuestros días, después de

(1) Lima, mayo de 1826.

las "mil desagradables controversias" que previera Gual desde 1826.

Desde 1827 la confederación gran colombiana había empezado a desintegrarse. El General Flórez invitaba a Guayaquil a unirse a Quito para formar un Estado independiente separado de manera absoluta de Colombia. Páez, insurrecionado en Venezuela, se negaba a tomar en cuenta las leyes y dictados del gobierno central y aún impedía el paso de la frontera a los comisionados de Bogotá que iban a tratar con él, aunque uno de esos comisionados se llamara el Gran Mariscal Antonio José de Sucre. En Bogotá, el doctor Vicente Azuero invitaba al gobierno de Nueva Granada a disolver la Gran Colombia de manera que los departamentos que la constituían formaran Estados autónomos.

Cuando Bolívar, procedente de Venezuela, llega a Bogotá, sostiene su idea de confederación y se expresa así ante el Congreso reunido, al prestar el juramento de rigor para hacerse cargo de la presidencia de la República: "La discordia dividió a los colombianos: el norte hizo esfuerzos por romper la Ley Fundamental; estalló el cañón fratricida; volé a apagarlo y por un decreto restablecí la paz y la unión..... A pesar de la disociación de que ha estado amenazada la República, a pesar del estado casi anárquico del sur de Colombia, espero, y aun prometo al Congreso devolver a manos de la gran convención la República de Colombia libre y unida.....".

Pero el cuarteamiento de la Gran Colombia continuaba de modo inevitable. En todos los ambientes se notaba el deseo de separación. Una mañana de 1829 el Libertador reúne inopinadamente el Consejo de Gobierno para confiarle su "secreto" como él mismo lo llamaba. El secreto consistía en la aseveración rotunda de que la unión entre la Nueva Granada y Venezuela no podía subsistir por más tiempo, y que deseaba que la separación se efectuase mientras él vivía, porque habiendo sido él su iniciador era la persona más indicada para que el rompimiento se efectuara de manera pacífica.

El consejo lo escuchó con tremenda inquietud y le pidió que guardara "su secreto" hasta que llegara el momento oportuno de

hacerlo conocer. Pero de regreso de un viaje que hiciera al Ecuador, por el camino resuelve comunicar discretamente el secreto a sus amigos. De Buga escribe a Castillo y Rada: "Ud. conoce muy bien que es preciso hacer concesiones, más o menos amplias, en conformidad con las exigencias..... He llegado a discurrir que será indispensable darle al nuevo gobierno la antigua forma que recibió por la ley fundamental de Angostura dando a Venezuela y al sur dos vicepresidentes nombrados popularmente con sus cámaras de representantes y atribuciones muy extensas a los representantes de esos dos grandes departamentos, o más bien Estados soberanos.....".

"Si logramos siquiera contener los extremos con semejante organización lograremos la ventaja de conservar la república unida y preparada para la división final. Esto, se entiende, si todavía no han ocurrido motivos de temer mayores pretensiones.....".

"En todas las suposiciones posibles yo me ofrezco como mediador y conciliador.....".

"Ruego a Ud. que no comunique esta carta sino a los Generales Sucre y Briceño porque entre los tres conviene que se trate sobre las opiniones y los intereses, que ellos conocen, de las tres naciones; y esto con el más inviolable secreto porque la menor indiscreción bastaría para aumentar pretensiones excesivas".

De Cartago escribe al General Urdaneta: "Creo que el Con greso debe dividir a Colombia con calma y justicia. Ninguna oposición debemos poner a Venezuela, porque nadie quiere hacer este sacrificio en favor de una unión política que combaten interiormente con las antipatías. La Nueva Granada no nos quiere y Venezuela no quiere obedecer a Bogotá..... de aquí se deduce que debemos realizar lo que desean los caudillos de estos pueblos.....".

El 17 de noviembre se firmó en Puerto Cabello la primera acta separatista. El día 26 la firmó Caracas. Conocedor de estos hechos, el Consejo de Gobierno decidió que la Nueva Granada hiciera lo mismo, pero la presencia del Libertador desilusionado y enfermo le impidió ponerla en vigor antes del inminente viaje

del grande hombre en busca de salud. Quito, unido a Guayaquil, fundó su Estado independiente del Ecuador, tal como hoy existe.

Así terminó, debido a la miopía de los gobernantes provinciales que ignoraban el formidable poder del espacio geográfico, la realización geopolítica más trascendental que haya conocido la América.

CONTRA EL DESTINO

La disolución de la Gran Colombia fue un deliberado reto al destino de los tres países que la formaban. El espacio es destino. Ya Montesquieu, escudriñando pacientemente las páginas de la historia universal había llegado a la conclusión irrebatible de que el alma de una nación cambia en la misma proporción en que su extensión aumenta o disminuye, en que se ensanchan o estrechan sus fronteras. Así, el alma de aquella nación, su destino cultural, su porvenir económico, su preponderancia política..... se redujeron a un tercio el día en que los tres grandes departamentos se separaron de manera definitiva. El espacio no es solamente un vínculo de fuerzas políticas sino que es por sí mismo una poderosa fuerza política; disminuir el espacio es quitar fuerza a la nación.

Al iniciarse la disolución se inició también el período de decadencia. La decadencia de una nación se inicia cuando en su espíritu surge la concepción espacial de las áreas mayores hacia las menores. El sentimiento contrario es el que da un verdadero sentido a la grandeza nacional. Y no se trata solamente del mayor espacio logrado por medio de acciones militares o de gestos violentos más o menos cubiertos con una careta de derechos jurídicos. Se refiere también al mayor radio de acción en el comercio, en la industria, en la influencia cultural, diplomática o política. Sólo ese impulso progresivo guiado por la idea de las áreas menores hacia las mayores crea la pujante nacionalidad: el sistema inverso lleva a la decadencia y a la ruina.

Colombia, la Gran Colombia en 1830 puso en jaque su independencia, avivó la codicia de los poderosos, mutiló lamentablemente sus posibilidades de un vasto comercio interior; redujo

lastimosamente el porvenir del comercio exterior; limitó hasta el extremo, con la disminución de esas posibilidades, las corrientes de inmigración; tornó más débil su representación fuera de las fronteras e hizo infinitamente más difíciles las posibilidades de bastarse a sí misma.

Cada uno de los tres países que la formaban tenía dentro de sí un centro nuclear que era base poderosa de su desarrollo futuro; Grecia, Francia, Inglaterra, empezaron a constituírse en esa forma, pero luégo sus centros dominaron el espacio circundante hasta que su magnitud fue el factor decisivo de su grandeza. Los países grancolombianos eran y son aún países compactos, es decir, tienen una forma tal que la cruz que forman el paralelo y el meridiano que pasan por su centro se aproxima al equilibrio. Esto los favorece por cuanto su unión interior se facilita y su red de comunicaciones radial trata de unir el centro nuclear con las comarcas adyacentes. Al permanecer unidos, sin perder individualmente las ventajas de la forma compacta, el conjunto adquiere una forma alargada, desequilibrándose en una de sus dimensiones y haciendo propicia la construcción de grandes vías longitudinales por donde el comercio, al pasar de uno a otro Estado, formaría ríos de riqueza al mismo tiempo que, debido al alargamiento del litoral, llegarían hasta él los grandes ejes de la navegación universal.

Todas los poderosas ventajas que pueden ofrecerse al progreso están de parte de esa estructura política. Los tres núcleos humanos fuertes de Colombia, Venezuela y Ecuador, se unen por el poderoso brazo de la cordillera andina, y esta unión se hace cada día más estrecha y palpable. Las fronteras de Colombia con Venezuela y Ecuador son —con excepción de la región del Titicaca entre Perú y Bolivia— las únicas de Suramérica en que se juntan aglomeraciones humanas importantes.

Las demás son vacíos humanos. La parte fronteriza del norte entre Colombia y Venezuela cubre uno de los yacimientos petrolíferos más ricos y extensos del Globo, pero la frontera la parte en dos y divorcia sus actividades de manera definitiva. Hacia el sur, la región limítrofe entre Colombia y Ecuador es una co-

marca agrícola de riqueza incomparable, por cuyo centro pasa la frontera reforzada por guarniciones militares, aduanas y resguardos que, por la fuerza, desvían las actividades hacia el norte y hacia el sur tal como dividen las aguas o la cresta de una gran cordillera. Los productos petroleros de la región norte de Colombia y la riqueza agrícola de los departamentos de Santander y Santander del Sur habrían tenido una salida fácil por el lago de Maracaibo en lugar de tener que hacerlo buscando por el interior del país la salida al Atlántico, multiplicando el coste del transporte por un coeficiente altísimo. El intercambio cultural sería caudaloso y práctico, y las decisiones en las conferencias exteriores contarían con una voz más firme y segura.

La dura situación por que han tenido que atravesar estos países durante su vida independiente, ya sea a causa de las revoluciones internas o de las guerras mundiales, los han obligado a unirse, a salir de su aislamiento suicida, a buscar una efectiva colaboración. Se hacen planes para grandes vías transversales que enlacen íntimamente los países; se fomentan reuniones para abolir o al menos debilitar las barreras aduaneras, y se proponen tratados de comercio que los favorecen recíprocamente. La población de la región fronteriza se mezcla profusamente y va haciéndose difícil precisar la nacionalidad. Empresas agrícolas se extienden a uno y otro lado de las fronteras. Una flota común lleva los productos de todos a las más apartadas regiones del mundo..... En síntesis: después de más de un siglo los tres países que formaron la Gran Colombia, sorteando grandes dificultades, vuelven sobre los pasos del Libertador para aprovecharse de las ventajas que la geografía ofrece a su destino futuro.

CAPITULO VII

GUERRA Y POLITICA

ACTIVIDADES INSEPARABLES

Carlos von Clausewitz, el mayor de los pensadores militares de la época moderna, fijó la naturaleza de la guerra en la forma siguiente: "La guerra es la continuación de la política por otros medios". Esta verdad profunda, cuya realidad no ha podido ser desvirtuada hasta el presente, establece claramente que la contienda armada es un cambio de medios de expresión de la política, una nueva modalidad en las diversas relaciones del Estado para conseguir un fin determinado y hacer prevalecer la forma de su poder que es lo que, en síntesis, se llama política.

El mantenimiento y encauzamiento de las normas directivas de la política, y el acertado empleo de los medios violentos para conseguir el objetivo señalado, demandan dos actividades diferentes que, dadas sus complicaciones y la extensión de sus cometidos, son llevadas a término por dos personalidades diferentes.

En los tiempos en que la guerra la hacía un ejército contra otro, y en que el número y capacidad combativa de ambos se ponía a prueba en una o dos batallas para decidir la suerte del respectivo país, el militar, el que iba a plantear y a realizar el acto de fuerza, era, entre los dos que manejaban la nación, el hombre preponderante, la personalidad a la cual se subordinaban, durante el período de la campaña, las actividades del político. Avanzando el tiempo crecieron los ejércitos, los medios de que debían disponer para llevar a cabo su misión, se hicieron más numerosas y complicados y las necesidades estatales fueron más extensas.

En ese momento están equiparadas la preponderancia del militar y la del político. Bismark y Moltke señalaron la culminación de este sistema.

En los tiempos actuales la destrucción del ejército representa en sí misma una cosa de importancia relativa en la terminación de una guerra; la nación que se ha tenido que empeñar en ella con todos sus recursos y con todos sus hombres, es lo que queda destruído y aniquilado si la suerte le es adversa. Las relaciones de equilibrio que se desprenden de su ubicación continental o mundial, de su intercambio comercial, de su dotación de materias primas, de su vida industrial, de su población y producción, son decisivas para la supervivencia nacional. Sostenerlas y dirigirlas durante la guerra representa un hecho más importante que ganar las batallas. Todo este intrincado tejido de los factores políticos en sus diversos aspectos adquiere un valor tan grande que subordina el militar al político. El gran conductor de tropas moderno, el jefe de ejércitos, a pesar de la magnitud y potencia que éstos tienen hoy, es un subordinado de la autoridad política. La estrategia del día es una ciencia eminentemente civil. Es una concepción sin uniforme.

Ha habido sin embargo, en la historia moderna, casos en que un solo hombre lleva sobre sí simultáneamente la conducción militar y la dirección política. Cuando este hombre se mueve en la esfera del genio, deja indefectiblemente una profunda huella en la historia del mundo. Napoleón y Bolívar son dos ejemplos clásicos. Pero cuando el que se ha echado sobre sí la carga tremenda de esta doble responsabilidad, es un hombre común o una inteligencia mediana, incapacitado por su misma medianía para trazar rumbos nuevos y abrirse caminos en medio de lo desconocido, sólo deja detrás de sí las trágicas huellas de una catástrofe, o tiene que hacer el papel de maniquí entregando el poder a otros que lo reconocen como símbolo estático y le obligan a desempeñar un desairado papel histórico.

Bolívar representa uno de los casos más brillantes de la dirección militar y política conjuntas. El contenido político inseperable de las acciones bélicas de la emancipación no ofrecía

facilidades para la dirección plural; por otra parte, la falta de experiencia de los americanos en la conducción de los negocios del Estado era prácticamente total puesto que siempre habían sido excluídos de esta actividad por los peninsulares. Además, la absoluta subordinación de las colonias a España, única nación con la cual tenían relaciones tanto en el sentido económico como en el internacional y jurídico, relaciones que trataban de romper ahora por medio de la guerra, demandaban una dirección unitaria.

Por estas razones, el contenido militar y el contenido político no pueden separarse en la epopeya bolivariana; están unidos tan íntimamente que no es posible tomar en consideración el uno sin el otro. El título de Libertador quizás haya sido la síntesis más afortunada del sentimiento de los pueblos que a él deben su independencia. Bolívar a lo largo y ancho del continente al mismo tiempo ganando batallas e instalando congresos, planeando campañas y redactando constituciones, dirigiendo operaciones y manejando consejos de gobierno, impartiendo órdenes como jefe de ejército y redactando memorándumes para los ministros de relaciones exteriores, preparando el paso de los Andes y organizando la hacienda pública, instruyendo las tropas en los teatros de operaciones y formando confederaciones, ilustrando a los gobernadores de los Departamentos y Provincias e influyendo sobre los gobiernos americanos. Boyacá, Carabobo, Ayacucho, tienen para su obra y sus planes consecuencias más políticas que militares; y en el fondo de las ideas del congreso de Panamá, de la confederación de los Andes, o de la liga del Caribe, hay una raíz de seguridad militar inseparable.

Adelantándose siglo y medio a su tiempo, sus campañas tenían explícitamente un sentido político y no un sentido militar. Iba de un sitio a otro, de uno a otro país, no a destruir el núcleo fuerte del enemigo —idea que en ese tiempo y aún mucho después debía considerarse como un principio sagrado de la ciencia militar— sino a desbaratar un gobierno, a exterminar un régimen, a implantar un nuevo sistema de orientación nacional. Las tropas que le seguían como una cauda en todos los momentos, lis-

tas para transformarse en muerte y violencia, eran sólo un medio para quitar de delante los enemigos que en su camino se oponían a la ejecución de sus planes. Desde la llamada Campaña Admirable de 1813 hasta la marcha sobre Potosí, todos sus movimientos operativos tienen ese carácter indeleble.

Por esta razón a Bolívar no puede mirársele como a un guerrero sino como a un político que genialmente emplea la guerra como un medio violento e inevitable de una concepción política.

Pero estas dos actividades de la dirección de la guerra y el encauzamiento del potencial del Estado, no siempre son concomitantes. A veces toda la capacidad militar se enfoca exclusivamente a la realización afortunada de una campaña y en otras, ciudadano eminentemente civil, hace converger sus ideas prescindiendo de todo lo demás a los problemas de la política interna o internacional. En los tres grandes períodos de su vida pública el equilibrio de las dos responsabilidades se manifiesta de manera diferente.

En la primera época, desde la formación de la junta de gobierno en Caracas en 1811 hasta el triunfo de Carabobo, la actividad militar embarga casi por completo su atención; es el lapso en el cual hay que dejar establecida la libertad de Colombia. Los españoles reunidos aquí y allá en núcleos importantes y aguerridos no dan tiempo apreciable para la meditación y la tranquila organización de los asuntos del Estado. Durante ese tiempo el fusil y la espada tienen la palabra; el cañón es la última razón; la marcha y la contramarcha, la batalla y la persecución son la preocupación primordial. Y sin embargo, durante ese ajetreo sangriento ha dejado a la posteridad la carta de Jamaica, la estructuración de la Gran Colombia y el manifiesto al gran Congreso de Angostura, tres grandiosos monumentos de visión política.

Desde el año 20 al 25 la milicia y la política se equilibran. La invasión de Guayaquil, la campaña del Perú con sus resonantes victorias de Junín y Ayacucho y la ocupación de Lima son acciones en que aquellas dos actividades no pueden separarse en

forma alguna. El Dictador del Perú y el Congreso tienen igual importancia.

Después de sellada la independencia de América con el triunfo de Ayacucho terminan las hazañas guerreras de grande envergadura; la constitución empieza a ser más importante que los fusiles; el Congreso manda más que el ejército; el ciudadano es más importante que el soldado. Ahora el Bolívar político tiene ocupaciones más importantes que el Bolívar militar. Redacta la constitución de Bolivia que quiere hacer adoptar en los países que ha libertado; establece el Congreso de Panamá; busca la unidad peruano-boliviana; traza los delineamientos de la confederación de los Andes; es Dictador del Perú y presidente de Bolivia y de Colombia; inaugura congresos y convenciones y en todas partes deja la huella de la organización estatal.

Pero el militar no ha muerto en él. El ejército que le diera la gloria e impusiera su voluntad dominadora en cinco países y lo colmara de victorias en tantos sitios diferentes, no puede echarse en el olvido. Y así a veces en la política revive el militar y el militar hecho político se orienta invariablemente hacia la dictadura.

LA CONCEPCION EXTENSA

Cuando la guerra se efectúa entre dos países próximos, tanto el militar como el político tienen que involucrar a su concepción regiones y actividades múltiples que están más allá de las propias fronteras. Cuando en la contienda participan varios países unidos por la continuidad de los factores geográficos, aquella concepción abarca un espacio continental. Cuando los beligerantes tienen sus bases en continentes diferentes, el marco correspondiente se agiganta de manera tal que encierra en sus límites una considerable parte del mundo. Este último caso es el que corresponde a la emancipación americana. Las bases de los españoles están en la Península, y las de los revolucionarios en la otra orilla del Atlántico, sobre las playas de América.

Las ideas motrices de Bolívar tienen por lo tanto que abarcar las relaciones entre dos continentes; no podrán estar matiza-

das de localismo. Deberán tener un vuelo dilatado que le permita formar una síntesis enorme, unificar de un solo golpe las regiones remotas y volar por encima de los detalles. Así estaba hecho su cerebro privilegiado, y por esta razón la magnitud de sus ideas corrió parejas con la magnitud de sus realizaciones y la amplitud de sus realizaciones fijó su destino histórico.

La mayoría de las mentalidades que acompañaron a Bolívar y le secundaron en su empresa no podían ver las cosas de manera semejante. Cada vez que él lanzaba una idea, señalaba una dirección o indicaba un objetivo con una frase cuya simplicidad parecía a veces infantil, resultaba para los otros a menudo incomprensible. Su maravillosa capacidad intuitiva le permitía formar un encadenamiento de causas y efectos de tan grande longitud y tan rápidamente constituído, que sus subalternos, aun los más sagaces, no podían seguirlo; y cuando comparaban los extremos de su vertiginoso razonamiento los hallaban tan ajenos el uno al otro que pensaban que aquella ilación precipitada sólo podía justificarse por una falta de cordura o por la ausencia completa de sentido común. Cuando en los Llanos, con un ejército que no pasaba de 600 hombres expuso en menos de cincuenta palabras el plan que después habría de cumplirse exactamente —para libertar la América de la tiranía española —un oficial de los que lo rodeaban no pudo menos de exclamar desesperadamente: "¡Estamos perdidos! ¡El Libertador está loco!". Empezaba el año de 1817.

Y es natural que las cosas se presentaran de esta manera. A medida que la mente es capaz de remontarse más alto, las ideas son más simples y su número más reducido. Por eso sus planes son líneas cortas y sencillas, pero cada una de ellas abarca varios años de historia; sus pensamientos son elementales pero su realización acarreará esfuerzos sin límites y torrentes de sangre.

En este sentido, Bolívar se coloca a la altura de los grandes Capitanes. El hombre que ha de dirigir la guerra lleva en su mente menos número de ideas que todos los subalternos que han de transformarlas en realidades, pero al mismo tiempo en cada una de aquellas ideas pueden caber ampliamente todos los conceptos

de los colaboradores. Clausewitz, quien durante largos años estuvo meditando sobre las características de las mentalidades de los grandes guerreros, se expresa al respecto en esta forma: "Se reduce mucho el número de cuestiones objeto de la teoría, y se limitan también los conocimientos precisos a la dirección de la guerra. La mayor parte de los conocimientos y aplicaciones útiles en la guerra y de los que se necesitan antes de que un ejército bien organizado pueda maniobrar en campaña, se condensan en un corto número de resultados importantes antes de ser empleados en la guerra para el logro del fin de ésta, de la misma manera que las aguas de un país se juntan en los ríos antes de llegar al mar. Solamente estas eficiencias que vierten inmediatamente en el mar de la guerra son las que tiene que conocer el que haya de dirigirla".

En todos los grandes momentos felices o desgraciados de su vida, Bolívar pone de presente en sus ideas esas características: parquedad en la expresión y desmensurada amplitud del espacio geográfico que abarcan. Para demostrarlo basta seguirlo de una manera fugaz en los momentos decisivos:

Cuando en 1814 derrotado y desterrado de su propia patria se refugia en Nueva Granada y al llegar a Pamplona se encuentra con las tropas que manda el General Urdaneta y escucha sus vítores, vuelve a vivir y en él renace la esperanza. Entonces se expresa así: "Yo no soy más que un soldado que vengo a ofrecer mis servicios a esta nación hermana. Para nosotros la patria es América; nuestros enemigos, los españoles; nuestra enseña, la independencia y la libertad".

En 1815 sumido en el abandono y la pobreza, fugitivo en Jamaica, escribe: "El suceso coronará nuestros esfuerzos; porque el destino de América se ha fijado irrevocablemente; el lazo que la unía a España está cortado; la opinión era toda su fuerza; por ello se estrechaban mutuamente las partes de aquella inmensa monarquía; lo que antes las enlazaba ya las divide".

Al regresar a Venezuela lleno de incertidumbre, con un ejército haraposo que sólo llega a los 600 hombres, perdido en el centro de los Llanos orientales mientras los españoles se enseñorean

en el suelo de su patria en 1817, exclama con tono profético: "Dentro de pocos días rendiremos a Angostura y entonces..... iremos a libertar la Nueva Granada y, arrojando los enemigos del resto de Venezuela, constituiremos a Colombia. Enarbolaremos después el pabellón tricolor sobre el Chimborazo e iremos a completar nuestra obra de libertar a la América del Sur y asegurar nuestra independencia llevando nuestros pendones victoriosos al Perú: el Perú será libre.....".

Pasada la batalla de Boyacá marcha a la liberación de Venezuela; a su paso los pueblos le aclaman; su recorrido se efectúa bajo arcos triunfales. Al llegar a Pamplona, antes de entrar en tierra venezolana, se expresa así: "El enemigo ha invadido vuestro territorio: nada temáis. El ángel de la victoria ha guiado nuestros pasos desde los mares que inundan al Orinoco hasta los Andes, fuentes del Cauca y costa del Pacífico.....".

En 1823 prepara la campaña del Perú. El plan es sencillo y sus consecuencias grandiosas: "Mi corazón fluctúa entre la esperanza y el cuidado: montado sobre las faldas del Pichincha dilato mi vista desde la bocas del Orinoco hasta las cimas del Potosí, este inmenso campo de guerra y de política ocupa fuertemente mi atención y me llama también imperiosamente cada uno de sus extremos, y quisiera, como Dios, estar en todos ellos" (1).

Enfermo en Pativilca, cansado, escéptico en medio de sus costas amargas cuando aún Junín y Ayacucho están lejos, pues son los albores de 1824, describe así el vasto panorama que tiene delante: "El interés del drama político del mundo y en particular de la América va creciendo a proporción que se aproxima el desenlace.....".

"Cada día esto se pone peor, cada día un nuevo *demonio* se presenta en campaña multiplicando nuestros obstáculos y mejorando la suerte de nuestros enemigos..... Montado sobre el vasto teatro, me veo asido de un enemigo que cuenta tantas ventajas como objetos lo rodean. Por nuestra parte no hay instrumento que no sea de muerte para nosotros; la peor es que el Perú se está ex-

(1) Carta a Santander. Junio 23 - 1823.

tendiendo ya con todas sus ventajas físicas y morales hasta Popayán.....".

"En todos los momentos las obras de los hombres han sido frágiles, mas en el día son como embriones nonatos que perecen antes de desenvolver sus facultades; por todas partes me asaltan espantosos ruidos de caídas, mi época es de catástrofes; todo nace y muere a mi vista como si fuera relámpago, todo no hace más que pasar..... Bonaparte, Castlereagh, Nápoles, Piamonte, Portugal, España, Morillo, Ballesteros, Iturbide, San Martín, O'Higgins, Rivagüero y la Francia, en fin, todo cae derribado por la infamia o por el infortunio. ¿Y yo de pie? no, no puede ser, debo caer" (1).

Cuando los clarines de Ayacucho anuncian al mundo la libertad de América escribe: "Habéis dado la libertad a la América meridional y una cuarta parte del mundo es el monumento a vuestra gloria. ¿Donde no habéis vencido? La América del Sur está cubierta de los trofeos de vuestro valor; pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todos.... Colombia os debe la gloria que nuevamente le dais; el Perú, vida, libertad y paz; La Plata y Chile también os son deudores de inmensas ventajas.....".

1825. Sueña con llevar las banderas libertadoras a Potosí, a donde habrán de confluir también las que han libertado el sur; es éste el momento en que va a llegar al límite del teatro que los dioses han señalado a su gloria: "Yo no pretendería marchar al Alto Perú si los intereses que allí se ventilan no fueran de una alta magnitud. El Potosí es en el día el eje de una inmensa esfera. Toda la América meridional tiene una parte de su suerte comprometida en aquel territorio que puede ser la grande hoguera que encienda de nuevo la guerra y la anarquía".

Cuando en 1826 ve llegado el momento de realizar su ambición suprema de reunir el congreso de Panamá, estampa sus ideas nítidamente: "El Nuevo Mundo se constituirá en naciones independientes, ligadas todas por una ley común que fije sus re-

---

(1) A Santander.

laciones externas y les ofrezca el poder conservador de un congreso general y permanente".

Para la Inglaterra la América sería el centro de sus relaciones entre el Asia y la Europa....." (1).

1829. Ha pasado ya el momento lúgubre del atentado del 28 de septiembre. Ha brillado en él el último instante de alegría con el triunfo de Tarqui y se ha extinguido de inmediato con el desconocimiento —por parte del Perú— del convenio de Girón: "No se ha cumplido el convenio de Girón por parte del Perú.... Nos veremos obligados a emplear la fuerza para conquistar la paz; y aunque la gloria sería el producto de nuevos combates, pospondremos todo a la consecución del reposo de América y en particular de los pueblos del sur......".

Camino de San Pedro Alejandrino, en las postrimerías del año trágico de 1830 sus ideas no pierden su marca particular: "La situación de América es tan singular y tan horrible que no es posible que ningún hombre se lisonjee de conservar el orden largo tiempo en siquiera una ciudad. Creo más, que la Europa entera no podría hacer este milagro sino después de haber extinguido la raza de los americanos, o por lo menos la parte agente del pueblo sin quedarse más que con los seres pasivos.....".

SUPERFICIE Y LINEA

La contextura espiritual del Libertador que, como una suerte de determinismo inevitable, lo llevaba a expresar sus ideas depuradas por la abstracción y a encerrar en ellas amplias extensiones espaciales, tenía que señalarlo en el campo militar como un estratego.

Uno de los más lamentables errores que generalmente se cometen al juzgar sus hechos militares, consiste en enfocar su obra desde un punto de vista distinto; la injusticia enconada puede encontrar entonces asidero a una crítica fácil que no necesita de talento ni exige profundidad.

Hay en toda empresa guerrera que se desarrolla en el espacio y en el tiempo, dos actividades fundamentales para el éxito,

(1) Un pensamiento sobre el Congreso de Panamá.

pero que en muchos aspectos adquieren sentidos contrarios: la estrategia y la táctica. La estrategia trabaja con principios eternos, con leyes que, aunque siempre presentes, se disimulan hábilmente como un hilo invisible que corre a través de las grandes acciones bélicas de la historia. La táctica, en cambio, realiza sus hechos con preceptos precisos, con prescripciones nítidas consagradas por reglamentaciones exactas cuidadosa y pacientemente elaboradas y cuyos resultados han sido verificados por la experiencia. La una se desenvuelve hacia el porvenir; su esencia es el pensamiento y sus resultados vienen en medio de la esperanza y la incertidumbre. La naturaleza de la otra es la acción; el éxito o el fracaso inmediato acompañan su esfuerzo; su tiempo es presente.

La estrategia recoge los resultados de las batallas y los orienta hacia el fin exclusivamente político de la guerra. La táctica realiza combates y batallas pero poco o nada tiene que ver con sus efectos trascendentales. Una trabaja sobre el espacio y la superficie; otra sobre el punto y la línea.

Las acciones que llegan a tener un sentido estratégico repercuten en la nación y comprometen la victoria o la derrota definitivas; las acciones tácticas sólo pueden repercutir sobre una operación o sobre una batalla. Aquella actividad se limita a un hombre, mientras que ésta es oficio de todos los que marchan bajo sus órdenes y el contraste se agranda al considerar que la forma de aquélla es silenciosa y razonada mientras que la otra es ensangrentada y violenta. Por el camino de la una se llega al arte; por el de la otra se llega a la ciencia. Por eso el estratego nace; la intuición y la imaginación, condiciones innatas, son punto de partida. El táctico puede hacerse; el estudio y la práctica deciden de su eficacia. En orden a la concepción el primero es genérico y el segundo específico. Muchas ramas de actividad humana caen, como una síntesis simple, bajo el dominio del uno, mientras que el segundo abarca cada vez una sola determinación pero descompuesta en un número considerable de fases diversas y etapas sucesivas. Por eso en la estrategia, cuyos resultados repercuten en el ámbito de la nación, la política tiene que entrar como factor preponderante; en la concepción táctica, que opera sobre

un resultado inmediato, concreto y basado en procedimientos científicos, la presencia de la política es un anuncio de confusión y proximidad del desastre.

Hay un hecho muy claro que debe tenerse en cuenta al juzgar al estratego: en una gran orquesta, el director coordina los instrumentos para que el conjunto produzca, como poderosa unidad, un resultado estético determinado. Esta labor de equilibrada convergencia de todos los elementos armónicos al fin propuesto, es lo que marca su grandeza; en esta actividad, y sólo en ésta, puede alcanzar las regiones del genio. Pero no puede negarse que muchos de los ejecutantes —tal vez todos— tienen, dentro de la órbita que su propio instrumento le señala, una capacidad ejecutiva mayor, un virtuosismo superior al que el director pueda tener. Si a éste se le juzga en parangón con cada uno de los otros en su actividad propia, ¡cuánto campo habrá para la crítica falazmente afortunada, pero al mismo tiempo, qué mediocridad en los resultados cuando se cambiara el uno por el otro.....!

Es posible que entre los ejecutantes que intervenían en la guerra emancipadora hubiera muchos que en su esfera de acción y más claramente aún, dentro de su función táctica, tuvieran una habilidad realizadora superior a la del Libertador; es muy seguro que muchos de ellos dieran a la batalla perfiles más técnicos, y a los combates soluciones más prácticas, pero la utilización de los resultados finales era seguramente inútil en sus manos por que no tenían ese dón sagrado de la orquestación unificadora. ¡Cuánta esclavitud hubiera persistido para Suramérica si uno de aquellos hombres, por la sola razón de su capacidad especializada en los hechos lineales, se hubiera colocado frente de la defensa del continente! Por otra parte, qué material oscuro tan abundante para empañar una gloria cuando, tomando añicos de su poderosa personalidad, se parangona con la habilidad táctica de Sucre, la irreflexiva temeridad de Córdoba, la malicia aborigen de Flórez, la parsimonia técnica de Urdaneta, la introspectiva ponderación de Briceño, Méndez, la tozuda decisión de Padilla o la circunspecta prudencia de O'Leary. Cada una de estas

condiciones y muchas más que se diluyen en sus subalternos está involucrada en la personalidad total, dosificada en la cantidad necesaria que requiere su genio.

Porque a Bolívar hay que mirarlo como estratego, como hombre de visión panorámica, como una enorme síntesis afortunada creada por el destino. Dios lo había hecho con estas facultades y la obra realizada corresponde a tales designios.

Aumenta la facilidad del juicio equívoco la misma correspondencia bolivariana. Su estilo es grandioso y formidable cuando trata de asuntos militares o políticos en su calidad de gran conductor, y en cambio, se hace descarnado y trivial cuando por razón de las circunstancias tiene que descender a los pormenores tácticos. En un mismo momento pasa de uno a otro según la materia de que trate; aun en un mismo documento puede verse a veces con claridad esta acentuada diferencia:

Al comienzo de la campaña del Perú escribe a Sucre: "Estoy resuelto a no dejar perder a Colombia en mis manos, y menos a librarla segunda vez; obra semejante no es para repetirla. Estoy pronto a dar una batalla a los españoles para terminar la guerra en América.....". E inmediatamente agrega: "Hable Ud. de esta noticia y hágala correr para que los godos dejen alguna parte de sus fuerzas por allá. Aunque esos señores no hagan otra cosa que retener algún cuerpo en el sur, nos hacen un gran bien. El General Freyre me ofrece villas y castillos por aquella parte. Esperamos a O'Leary con noticias muy curiosas: escribe de muy buen humor pero sin plata.....".

En aquellos mismos días escribe a Santander: "Tengo preparadas dos vías para hacer todavía mis esfuerzos en favor del Perú y del sur de Colombia. He plantado mis dos baterías una al sur y otra al norte: en dos meses debemos tener el resultado de sus tiros y en dos meses sabré yo lo que he de hacer; esto téngalo por oráculo; nada me detendrá en la resolución que abrace. Hasta ahora he combatido por la libertad, en adelante quiero combatir por mi gloria aunque sea a costa de todo el mundo". Y poco después, en términos tácticos le dice: "Estoy esperando por horas 2.000 reclutas que me mandan de Guayaquil. La marina nos

cuesta un sentido y no tenemos ni medio..... El ejército necesita de todo y dentro de dos meses ya no habrá de qué echar mano, después de haber agotado todos los recursos tomados por la fuerza y de grado....." (1).

Después vuelve a hablar a Sucre, quien puede conocer sus ideas estratégicas al mismo tiempo que posee una firme capacidad táctica: "Grabe Ud. profundamente en su alma estas ideas; proféselas Ud. como la fe del día y ámelas con su corazón para que la repugnancia no las combata y destruya. Llame Ud. en su ayuda todos los pensamientos y todas las pasiones que puedan servir a completarlo. El espíritu de Ud. es fecundo en arbitrios, inagotable en medios cooperativos, la eficacia, el celo y la actividad de Ud., sin límites. Emplee Ud. todo esto y algo más para conservar la libertad de América y el honor de Colombia". Y en seguida agrega: "Autorizo a Ud. de modo pleno para que haga lo que más tenga por conveniente sin sujetarse a las instrucciones más que en el fondo de ellas. Este fondo se reduce a no comprometer nuestras tropas en nada..... Ud. me perdonará la claridad, la repetición y la machaca, en obsequio del motivo que me sirve de excusa, la salvación del Perú, el honor de Colombia. Cuando Ud. venga sabrá las demás cositas que hay por acá..... (2).

Y así podrían continuarse las citas hasta el infinito a través de la enorme correspondencia del grande hombre.

Bolívar conocía verdaderamente esta condición de su espíritu: raras veces interviene directa y personalmente en los combates y batallas dando amplio margen a las iniciativas y buenas condiciones personales de sus subordinados. En cambio, va siempre a la cabeza de sus tropas, singular, único, durante todo el tiempo de las peripecias de la campaña. A menudo, cuando planeada por él una campaña en sus delineamientos generales, no podía estar presente en el desenvolvimiento de los hechos tácticos, daba el mando a Sucre con lo cual aseguraba el resultado. Sucre es más brillante y preciso que Bolívar en la batalla, su espada es más tajante en la acción sangrienta, pero la espada de

(1) A Santander - 16 de marzo de 1824.
(2) A Sucre, 4 de febrero de 1824.

Bolívar es más fúlgida y sus reflejos se ven desde más lejos. Donde termina la batalla termina el papel de Sucre, y en ese mismo momento empieza el imponderable trabajo del Libertador. Toma entonces la victoria en sus manos para convertirla en política y relacionarla por múltiples caminos con todos los intereses del Estado. La grandeza de Sucre estriba, más que en sus resonantes victorias, en haber comprendido esta modalidad de Bolívar en toda su profundidad.

Basta un ejemplo para demostrarlo: inmediatamente que se insinúa el triunfo de Ayacucho, Sucre pone en manos de Bolívar la victoria para que pueda sacar de ella los resultados que su pensamiento político exige. Por eso desde el mismo campo de batalla le escribe: "Han pasado cuatro horas desde que terminó la batalla y diferentes cuerpos persiguen a los dispersos enemigos en varias direcciones. Por este momento el ejército libertador ofrece a V. E. como un trofeo de Ayacucho, catorce piezas de artillería, dos mil quinientos fusiles, más de mil prisioneros, entre ellos el Virrey La Serna y multitud de elementos militares". Y a la mañana siguiente se apresura a comunicarle: "El ejército unido siente una inmensa satisfacción en presentar a V. E. el territorio completo del Perú sometido a la autoridad de V. E. antes de cinco meses de campaña. Todo el ejército real, todas las provincias que éste ocupaba en la república, todas sus plazas, parques, almacenes y quince Generales españoles son el trofeo que el ejército unido ofrece a V. E.".

Inmediatamente Bolívar comunica a Santander: "Si después de saberse en Europa el suceso de Ayacucho y la terminación de la guerra en América los franceses emprenden o continúan sus operaciones contra nosotros, debemos prepararnos a sostener una contienda importante, más ardua y más grande que cuantas han afligido a los hombres hasta ahora. Esta debe ser la guerra universal. Si el negocio es parcial y puramente francés, Ayacucho lo pára todo y burla todas sus combinaciones. Pero si después de una victoria tan decisiva en el orden americano, los aliados persisten en su plan de hostilidad y desoyen igualmente nuestras proposiciones políticas, es una prueba evidente de que el plan

definitivo es librar, en una contienda general, el triunfo de los tronos contra la libertad. Esta lucha no puede ser parcial de ningún modo. Porque se cruzan intereses enormes esparcidos por todo el mundo..... Y el medio paliativo a todo esto es el gran congreso de plenipotenciarios del Istmo bajo un plan vigoroso, estrecho y extremo.....".

Y más tarde escribe de nuevo: "Ya se sabía en Méjico la victoria de Ayacucho y se hallan temiendo de parte de la Europa alguna nueva reacción por causa de nuestras victorias. Todo esto nos da la facilidad de reunir con suceso el congreso. Sobre esto repetiré de nuevo que la federación con Buenos Aires y los Estados Unidos parece muy peligrosa; por eso se van a cruzar nuestros intereses con la Gran Bretaña y los tronos del continente a causa del Brasil.....".

* * *

Pero hay momentos, y no pocos, en que Bolívar tiene que poner en acción a un mismo tiempo sus condiciones de estratego y táctico. Aquí puede apreciarse su personalidad con deslumbrante claridad.

En 1822 quiere realizar su sueño de libertar el sur. En marzo se hace reconocer como jefe de las tropas en el valle del Patía y el 20 abre operaciones contra Pasto. Simultáneamente, Sucre se bate con tenacidad contra los españoles del Ecuador. En el sur de Colombia se movilizan grandes contingentes que deben marchar a Quito a engrosar las fuerzas españolas; pero la campaña iniciada por Bolívar impide el transporte. Basilio García se decide a batirlo para poder marchar con seguridad al sur. Los adversarios se enfrentan en Bomboná el 7 de abril. Bolívar cuenta con una marcada superioridad numérica. A causa de desusados y trágicos errores tácticos, los patriotas se sacrifican de manera tan pasmosa como puede verse en este concepto del General Obando: "Al día siguiente del combate se me comunicó la orden de reunir los restos de la división de vanguardia y presentarla en su estado de fuerza, el cual alcanzó a 160 hombres, resto de los 1.100 de que constaba el día anterior".

El éxito de la acción queda en suspenso. Debido a la fatiga, a la oscuridad y la lluvia torrencial, el enemigo se repliega. Bolívar carece ya de tropas para toda tentativa de persecución o siquiera para ocupar las ventajosas posiciones que ha abandonado temporalmente el enemigo, y a su vez se repliega. Pero esta batalla, la más sangrienta y peor dirigida de toda la guerra de independencia, "el inútil triunfo que ha costado tan caro" como dijera el historiador Restrepo, produce en el campo estratégico-político resultados considerables. Sucre, seguro de la actividad infatigable de Bolívar en Pasto, acelera sus operaciones y libra la batalla de Pichincha que se sucede casi simultáneamente con la de Bomboná. Bolívar asegura las operaciones de Sucre y éste decide de la campaña de Bolívar. Basilio García al saber la victoria de Pichincha decide no seguir oponiéndose a Bolívar, firma una capitulación y entrega todas las tropas realistas que hay en la región. De esta manera queda libre de españoles toda la extensión de la Gran Colombia. Queda, al mismo tiempo, abierto el camino para la campaña del Perú..... Así, una desgarbada acción táctica produce, en manos de este hombre hecho para las grandes acciones estratégicas, resultados sorprendentes en el campo de la política.

CAPITULO VIII

LA HISTORIA Y EL SUELO

TRES DIRECCIONES

Las grandes hazañas de carácter militar que se distinguen por su profunda repercusión histórica y por la vastedad de la extensión que abarcan, están señaladas invariablemente por una de estas tres condiciones que las hacen distintas e inconfundibles: la supremacía de elementos materiales, la preparación general del elemento humano o la presencia de un hombre de genio. Aunque estas tres peculiaridades no son opuestas entre sí, sino que, por el contrario, pueden reforzarse mutuamente de manera poderosa hasta alcanzar límites nunca vistos, es lo cierto que en todas aquellas acciones una de las tres condiciones toma la primacía sobre las otras dos con un extraño y seguro menoscabo de éstas.

En el primer caso las superabundancia de elementos bélicos, de cañones y de fusiles, de hombres y barcos, de combustibles y carros, de dinero y víveres, de técnicos y máquinas, en suma, de toda suerte de medios adecuados a la guerra, es la que proporciona la solución victoriosa, ya que obliga al enemigo a multiplicar sus esfuerzos en mil direcciones distintas y a repartir sus recursos escasos en tan variado número de partes que al cabo de un tiempo más o menos largo desgasta su espíritu combativo, debilita su capacidad para el esfuerzo y agota su voluntad de lucha. Esta es la solución materialista.

Hay veces, en cambio, en que, ante la incapacidad de adquirir una aventajada situación material, se busca la solución en

la preparación intelectual, física y moral de los hombres. Se oponen así la inteligencia y la técnica del hombre a la eficiencia de la máquina; la resistencia física proveniente del entrenamiento prolongado para el combate resistirá heroicamente al efecto mortífero de las armas; la voluntad profunda del triunfo de los ideales nacionales y del cumplimiento de los compromisos militares, mantendrán al hombre aislado, y al conjunto, firmes ante la desconcertante abundancia de materiales adversarios. Es ésta la solución espiritualista.

Pero hay situaciones en las cuales los medios materiales son tan precarios que nada puede basarse sobre ellos, y en que la preparación metódica y anticipada de los hombres no ha existido; pero surge en cambio, un hombre, un grande hombre que halla caminos desconocidos para dirigir y realizar la magna tarea; un hombre al cual todos los demás se subordinan y siguen sin saber a dónde va; a quien todos obedecen sin comprender por qué y sin analizar los resultados, pero aunque el contenido de sus designios esté por encima de su razón lo siguen con fe ciega porque, intuyen que, por medios y sendas que ellos desconocen, habrá de llevarlos a la victoria. Esta es la solución heroica.

Si bajo el prisma de estas tres modalidades necesarias observamos la gesta libertadora, teniendo siempre presentes los imperativos geográficos, vamos rectamente a la conclusión de que este último era el sistema definitivo y único de alcanzar la libertad.

No podía pensarse en lo material. No había factorías en este rincón de América,y en cambio, España producía armas a granel; el enemigo contaba con todos los barcos existentes para ir a buscar elementos a su propio país o a sus colonias; los soldados españoles, los criollos que simpatizaban con la corona, los esclavos sin voluntad que servían pasivamente a la causa de los amos, los hombres reclutados forzosamente que luchaban al lado de los peninsulares para no perder la vida de inmediato o que ignoraban por completo la razón de la revolución, y los que creían anticipadamente en el triunfo del más poderoso, es decir, del rey, engrosaban en las filas realistas hasta constituir una desconcer-

tante superioridad numérica. Había, pues, necesidad de vencer a un enemigo superior en número y dotado de un armamento del que los otros carecían.

Así se realizó el milagro. En Ayacucho, la última batalla de la guerra de la independencia, el último duelo después de diez años de combates sangrientos, muchos soldados americanos tenían que cubrir sus desnudeces con prendas femeninas, la artillería patriota estaba constituída por un cañón contra 28 con que contaba el adversario, y el ejército realista se aproximaba a los efectivos dobles.

La solución espiritualista era igualmente imposible. La enorme mayoría del pueblo era completamente ignorante y además los españoles eran los únicos que poseían la experiencia en el manejo de la administración pública, de la cual habían sido pertinazmente desechados los criollos. Y sin embargo, había que derrocar un régimen y cambiar íntegramente su estructura sin tener para ello el elemento humano adecuado.

En lo militar la situación era peor aún. Las fuerzas armadas que ocupaban las colonias eran españolas o estaban indentificadas con su causa. La permanencia indefinida de los hombres en filas no dejaba un solo individuo instruído militarmente que pudiera ser aprovechado por la revolución. Afortunadamente todavía para España, Bonaparte era un aventurero afortunado que había ganado batallas apartándose peligrosamente de los cánones del arte de la guerra, cánones cuyo último gran maestro había sido Federico el Grande.

La guerra de independencia exigía por consiguiente una vidente improvisación; había que improvisarlo todo: armas y ejércitos, doctrinas tácticas y formaciones, sistemas de combate y conducción operativa. Para esto, la única forma posible, la única forma lógica era aprovechar de inmediato todos los elementos que se encontrasen a mano, y usufructuar y elevar hasta un máximo las disposiciones congénitas de los hombres: la habilidad ecuestre y osadía de los llaneros; el instinto zoológico y la resistencia de los hombres del bosque; la capacidad de sacrificio y el reflejo aventurero de los hombres de la costa; la capacidad de sacrificio y

el espíritu libertario de los montañeses y la iniciativa y pericia de los pobladores de los grandes ríos. Todos, con sus cualidades peculiares exaltadas por la necesidad y unidos por el indisoluble influjo del gran conductor, marcharían contra el enemigo como una fuerza poderosa que poco a poco, a través de las experiencias quizás dolorosas del comienzo, irían incrementando su habilidad, consiguiendo armas con qué reemplazar las suyas primitivas y adquiriendo las enseñanzas de una ciencia militar que surgía, como ellos, del suelo, y habría de sobrevivir por más tiempo que la del enemigo.

De esta manera Bolívar creaba su ejército de lucha en una forma completamente distinta de la que habían adoptado otros dos grandes amigos de la libertad suramericana: Miranda y San Martín. Miranda había alineado primeramente batallones vistosos en los que desechaba las condiciones nativas para someterlos violenta y precipitadamente a la influencia de sus foráneos sistemas guerreros; había cambiado por completo sus costumbres; les había dado jefes que les desconocían, y muchos de los cuales les hablaban en una lengua extranjera. Una vez organizado aquel espantajo militar se enfrentó a los españoles obteniendo como resultado la más lamentable catástrofe de toda la guerra magna.

San Martín, entre tanto, aprovechando la libertad que le otorgaban sus tendencias monarquistas, las cuales impresionaban a los españoles menos que las democráticas tendencias bolivarianas, instruía y entrenaba pacientemente, tesoneramente, inflexiblemente, las tropas con las cuales debía llegar hasta la famosa campaña de los Andes, que dejaría apenas esbozada la independencia del Perú. San Martín era el hombre calculador, mesurado, frío, razonador, profesional. Bolívar, en cambio, era visionario, arrebatado, encendido, sentimental y decididamente genial. Por eso las dos tendencias tenían que seguir rumbos contrarios en la formación del instrumento con que buscaban la victoria.

Bolívar estaba tan lejos de la vistosa trasplantación de Miranda como de la paciencia didáctica de San Martín. Improvisaba, y al improvisar iba adaptando el ejército al medio ambiente en que debía combatir, a las condiciones bióticas en que debía per-

sistir a todos los embates del enemigo hasta el momento de la victoria definitiva. Detalladamente su maestro Simón Rodríguez le había mostrado cómo en las vastas regiones arenosas las plantas profundizaban sus raíces y las extendían en anchura sobre áreas desmensuradas para arrancar al suelo la mayor cantidad de humedad posible, y cómo tales plantas perdían casi todas sus hojas para almacenar mejor la escasa humedad del ambiente; le había enseñado cómo en la selva tropical los árboles, después de elevarse a grande altura, luchando desesperadamente con sus vecinos, extendían sus copas ampliamente para tomar el sol que les era indispensable para supervivir. Le había enseñado cómo los ciervos perdían su orgullosa cornamenta en los sitios llenos de lianas que les impedían buscar el sustento, y cómo la aumentaban y bifurcaban en las planicies abiertas en donde debían estar siempre listos para la defensa. Le había enseñado, en fin, que en la lucha por la existencia todo organismo debía adaptarse al medio e incrementar decididamente todas sus condiciones primarias para poder sobrevivir a la lucha.

Y fue ésta la lección que puso en práctica al formar su ejército. El mismo tenía que hacerse conductor, estratego. La campaña admirable de los años de 1812 y 1813, que inició en Cartagena para llegar vencedor a Caracas remontando los Andes, le presenta la oportunidad grandiosa. La primera parte de la formidable empresa, conocida con el nombre de "Campaña del Bajo Magdalena", exhibe con claridad su impericia y la inseguridad en la conducción. Las acciones de Tenerife, Mompós, El Banco y Chiriguaná, que son las principales, demuestran más osadía que técnica, más audacia que conocimientos militares, más arrojo que táctica; pero cuando llega a Cúcuta el 28 de febrero de 1813, ha acumulado y ordenado tal cantidad de experiencias, que se halla listo para abrir con éxito una campaña sobre su patria, esa campaña de 1813 a la cual Nariño, en su admiración ilimitada llamó "un hecho quizás sin igual en la historia".

A partir de aquel momento lo mismo puede dar indicaciones sobre la mejor forma de curar a los hombres, emplazar los cañones y discriminar objetivos, que dictar normas sobre la conducción

operativa, preparar sus bases de operaciones, distribuir etapas y desentrañar principios estratégicos. Nueve campañas más y treinta batallas en ellas contenidas, perfeccionarán los conocimientos adquiridos y los pondrán a prueba.

Pero para poder llevar a cabo esta revolución enorme siguiendo este procedimiento de improvisación y adaptación, era condición primordial en el jefe conocer acertadamente a los hombres que habrían de ayudarlo. Así fue entresacando los que debían ser sus Generales, o formar su Estados Mayores o emprender ésta o aquella acción. Su ojo aquilino descubría con asombrosa rapidez cuál era la faceta de la personalidad que servía de denominador común a la conducta de cada uno de sus subalternos, y en este sentido les planteaba sus exigencias y sus órdenes. En Sucre estimulaba al amigo, en Santander al político, en O'Leary al cortesano, en Urdaneta al indeciso, en Córdoba al osado, en Maza al bárbaro...

Y puesto que la independencia no tenía otra solución que lo heroico, correspondía a Bolívar convertirse en jefe. Era una designación providencial, necesaria, ineludible. Era de todos los hombres de la independencia el más telúrico, el más genuino producto del ambiente, el más vernacular, aquel a quien la tierra le había transmitido sus secretos de modo más intenso y claro; era además, de todos los caudillos que desde el primer momento se esbozaron, el más culto. Sus conocimientos y sus condiciones civiles lo colocaban por encima de todos los militares que lo rodeaban. Y estas dos características lo convirtieron en jefe indiscutido, en Libertador. Los libertadores americanos fueron invariablemente hombres de esmerada cultura: Washington, San Martín, Juárez...... Y no sólo los libertadores de América, sino los grandes conductores militares de todos los tiempos, se distinguen casi siempre por la ventaja que toman en ellos las condiciones civiles sobre sus deslumbrantes conocimientos militares: Napoleón, Federico, César, Aníbal, pueden servir de ejemplo. Por esta circunstancia han podido llevar a sus hombres a la victoria por entre el caos y la tormenta y despertar en ellos ese sentimiento casi místico que con frecuencia los convierte en fanáticos. Por aquellos mismos días Bonaparte, quien tenía en su haber sesenta de las más brillantes

batallas del mundo, se expresaba así: "Es el espíritu civil y no la fuerza militar quien gobierna, y aun quien comanda..... Hoy el comando es una cosa civil. Una cualidad del comandante es el cálculo, cualidad civil; otra, el conocimiento de los hombres, cualidad civil; otra, la elocuencia, no aquélla de los legistas, sino la que electriza a los hombres, cualidad civil.....".

DOS ESTADOS EN PRESENCIA

La mayor aspiración de Bolívar con este ejército formado de modo tan extraño, es la independencia de su patria. Pero al mismo tiempo que se empeña en la lucha con todo ahinco, tiene que ir estructurando la composición del Estado marcándole un rumbo nuevo. En esta forma, la política y el arte militar tienen que ser concomitantes. Todo momento de reposo que la guerra permita tendrá que ser aprovechado para fijar la orientación estatal.

El enemigo es España. El mar será la ancha vía por donde los recursos han de llegar hasta América. Para que tales recursos puedan emplearse en el momento y en el sitio requeridos, es necesario formar importantes bases no muy distantes de los teatros de combate que faciliten la acción rápida en cualquiera dirección. Para actuar sobre Venezuela, tres sitios ofrecen ventajas: Cuba, Haití y Méjico. Es preciso, por lo tanto, estar en contacto con ellos y ayudar a su independencia por todos los medios disponibles. Y esta idea —que debe mantenerse hasta mucho tiempo después de lograda la independencia, para evitar toda tentativa de reconquista— habrá de formar una de las más importantes líneas de acción bolivarianas en sus actividades diplomáticas.

Pero si Méjico, Cuba y Haití presentan ventajas para el establecimiento de bases que sirvan de punto de partida para la lucha antirrevolucionaria, hay otra región: la Nueva Granada, que insinúa todas las perspectivas de éxito. En efecto, desde allí puede el enemigo, por el camino del litoral, y sin exponerse a peligros considerables, llegar a la costa de Venezuela con toda seguridad. Al mismo tiempo, expediciones terrestres pueden alcanzar

el objetivo deseado. El empleo de acciones combinadas —terrestres y marítimas— puede dar al traste, sin esfuerzo mayor, con la revolución. Recíprocamente, si para debelar el movimiento libertario de la Nueva Granada los españoles emplearan a Venezuela como punto de partida para acciones similares a las antes citadas, la libertad de la Nueva Granada sería imposible. En esta forma, es imprescindible que para la causa de la independencia Venezuela y Nueva Granada estén estrechamente unidas, se ayuden mutuamente y hagan causa común tan firmemente enlazadas, que se puedan considerar como un solo Estado. Así lo comprendió Bolívar desde 1813: "La muerte de la Nueva Granada está íntimamente ligada con la de Venezuela. Si ésta continúa en cadenas, la primera las llevará también".

Con esta idea fija, el teatro de operaciones abarca desde el principio los dos Estados. En ambos hará la guerra a los españoles, y en ambos habrá de poner en acción la indispensable organización política. Todo esto habrá que hacerlo en forma paralela. Crear un solo Estado con los dos países sería la solución ideal. Quizás más tarde pueda realizarse esta idea. Por el momento ofrece dificultades insalvables.

Desde el comienzo de su actividad bélica el Libertador se da cuenta de que las acciones guerreras y políticas que adelanta simultáneamente en ambos países, no arraigan en cada uno de la misma manera. Venezuela presenta un campo más propicio a la guerra que a la política, y en cambio, en la Nueva Granada la política prima sobre la guerra. Cada una de ellas ofrece mejores facilidades para una actividad que para la otra. Diferencia tan notable hará más difícil la tarea y, sin embargo, habrá que cumplirla. Habrá necesidad de ser guerrero con ideas políticas en Venezuela y político con dones militares en Nueva Granada. Y bajo este principio efectivo lleva a término la guerra de independencia. De esa modalidad arranca el dramatismo que encierra la vida de Bolívar.

La vasta extensión del territorio venezolano se divide en tres regiones únicas: la costa, los Andes y los Llanos; las tres son extensas y pobladas y en cada una de ellas la actividad humana es

uniforme. Asociar hombres en cada una de las tres es problema de solución sencilla. El ejército de conjunto, el que abarque toda la nación, tendrá sólo tres modalidades diferentes pulidas y suavizadas por los contactos inevitables y el ancestral intercambio. Pero al mismo tiempo, la extensión de cada región hará necesario que quien la domine tenga una visión amplia, una gran energía, una manifiesta capacidad de conducción y de mando. Esta condición habrá de tener como consecuencia, durante la epopeya libertadora, la abundancia de Generales venezolanos aguerridos y valientes, dominadores y fieros, heroicos y expertos, pero ligados por entero al asunto militar e inadecuados para otras actividades.

La uniformidad de la vida regional producirá hombres disciplinados, valientes, gregarios y fáciles de conducir al combate.

La extensión de las tres comarcas y el deseo de primacía de cada una sobre las otras, mantendrá al país en un estado constante de defensa y ataque que dará origen a un destacado espíritu combativo y mantendrá su sentimiento de lucha por encima de cualquiera otra consideración.

De todo esto arranca el espíritu militar que distinguió al pueblo venezolano en aquella contienda sangrienta; la decisión incansable por la lucha y la facilidad de adaptación a las empresas bélicas. Y por eso también, una vez que ha terminado la guerra contra España, los bandos regionales se harán la guerra entre sí, a menos que un caudillo domine el conjunto y dé al Estado una organización típicamente militar.

En la Nueva Granada la situación es diferente. La población está agrupada hacia el interior, encima de los Andes que se trifurcan en una amplia extensión. Toda la vida nacional se asienta allí. Las otras regiones naturales están prácticamente vacías con excepción del litoral antillano que cuenta con unas pocas agrupaciones humanas importantes. Pero la gran extensión andina se divide en una inconmensurable multitud de laderas y de valles en donde viven los diferentes grupos humanos separados por murallones los unos de los otros. Toda agrupación tiene una vida propia y el intercambio con los demás es precario y difícil. Por

otra parte, las diferencias climatéricas producen caracteres marcadamente singulares en las agrupaciones y engendran sistemas de vida tan distintos que a veces llegan a parecer antagónicos. Y al mismo tiempo, los productos, diversos por las variaciones en altura, producen ocupaciones y maneras de vivir tan aparte la una de la otra que poco tienen de común con el conjunto.

Cada una de estas agrupaciones, definida y separada de las demás por los accidentes geográficos, se siente protegida y por tanto el espíritu guerrero no tiene necesidad de mantenerse despierto; en cambio, sabrá oponerse a cualquiera otra agrupación en el mismo momento en que vea amenazada su existencia.

Esta separación socio-geográfica, tan difícil de romper, obliga a cada agrupación a llevar por sí misma adelante su existencia, para lo cual tiene que organizar su vida en los diversos aspectos y marcarles un rumbo, o lo que es lo mismo, fijar una política. De aquí la pluralidad de políticas regionales, la abundancia de conductores políticos en cada cantón, la marca política del conjunto, la supremacía de la política sobre la guerra.

Esta diferenciación geográfica que los dos Estados —Venezuela y Nueva Granada— ofrecen a las dos actividades fundamentales que es necesario adelantar en busca de la libertad, define la vida y acciones del Libertador. Comprendiéndola en su esencia, actúa de acuerdo con ella, y en la mayoría de los casos da a sus actuaciones un sentido genial.

La lucha revolucionaria tiene que plantearse antes que la actividad política, y empieza en Venezuela. Allí se suceden los combates más reñidos y las batallas más sangrientas. Allí se encierra la parte primera y de mayor contenido militar de toda la independencia. Cuando el ajetreo guerrero da tiempo o lo impone, pasa Bolívar a la Nueva Granada en donde pone en juego sus condiciones de político para intentar dirigir la administración pública unas veces, y otras para conseguir los medios de recomenzar la guerra en su patria. Así va adquiriendo esa inmensa experiencia militar y política que ha de demostrar, al final de la empresa libertadora, en la asombrosa campaña del Perú en don-

de aparecen al mismo tiempo el triunfo de Ayacucho y la constitución de Bolivia.

El hecho verdaderamente trágico en la vida de Bolívar consiste en que, por la prioridad de lo bélico sobre lo político, su figura se engrandece primero en Venezuela que en la Nueva Granada. El segundo tercio de su carrera, debido al indudable sentido político que encierra, le trae la admiración de la Nueva Granada y el entibiamiento de la devoción venezolana. Y hacia el fin de su obra, cuando la guerra ha cesado, la Nueva Granada endiosa al héroe hasta el momento en que pretende buscar la dictadura por medios exclusivamente militares, y en Venezuela se le olvida y aun se le expatria porque ya no es guerrero.

Bolívar muere como político. El congreso de Venezuela le ha prohibido pisar su propia patria y ha ordenado a todos los venezolanos que su nombre sea condenado por siempre al olvido. Dos documentos equidistantes del momento de la muerte del grande hombre, el uno del final de 1830 y el otro de comienzos de 1831, definen por entero el pensamiento político y militar de los países. El primero es del congreso de Colombia que dice: "Sea cual fuere la suerte que la Providencia depara a la Nación y vos mismo, el Congreso espera que todo colombiano sensible al honor y amante de la gloria de su patria, os mirará con respeto..... y cuidará de que, conservándose siempre el brillo de vuestro nombre, pase a la posteridad cual conviene al fundador de la independencia de Colombia".

El otro es del prefecto de Maracaibo anunciando a su gobierno la muerte de Bolívar: "Bolívar, el genio del mal, la tea de la discordia, el opresor de su patria ha dejado de existir. Qué desengaño tan funesto para sus partidarios y qué lección tan impresiva para todo el mundo al ver y conocer la protección que por medio de este suceso nos ha prestado el Supremo Hacedor. Me congratulo con Usía por tan plausible noticia".

Pero el pueblo que en tal forma habíalo arrojado de su suelo cuando habían cesado los triunfos militares y el pueblo que el 25 de septiembre había atentado contra su vida arrastrado por conceptos políticos, una vez que se dieron cuenta del vacío que

abría entre ellos la desaparición de tan grande hombre, se acogieron a su sombra y colocaron su nombre a una altura inigualada en el continente.

Tomaba en cuenta el Libertador esta circunstancia en todos los momentos y bajo su influencia actuaba. Cada vez que trató de invertir el carácter de estas peculiaridades, obtuvo resultados dramáticos. El meridiano que pasa por Pamplona, en la frontera común, divide en dos las actividades de tal manera que el equilibrio se mantiene dando al oriente más belicismo que política, y al occidente más política que belicismo.

En Venezuela Bolívar combate a lo largo de los ríos y enseña la manera de defenderlos o atacarlos; en la Nueva Granada redacta un manifiesto en que pide la libre navegación de los ríos, doctrina que algún tiempo después ha de fijarse como universal en el Congreso de Viena. Allá ordena los impuestos forzosos y aquí establece las normas según las cuales los dos países deben regular el comercio y la hacienda pública. Allá arranca a los esclavos del dominio de los españoles, y aquí patrocina su absoluta libertad; allá lucha contra la ignorancia y aquí fija los principios de la instrucción pública. Allá, en sus ratos de descanso lee a Montecúculli y aquí a Rousseau. Allá todo es guerra hasta la política, y aquí todo es política, hasta la guerra. La correspondencia bolivariana escrita en Venezuela se refiere casi siempre a disposiciones militares; la que escribe en Nueva Granada, que es la mayor parte, tiene un contenido casi exclusivo de política interna o externa. Los itinerarios que especifican sus acciones en Venezuela, jalonados por combates, son marchas y contramarchas militares que van siempre a desembocar en una batalla; los que muestran sus movimientos en la tierra granadina, casi siempre líneas rectas que llevan a las fronteras o van de éstas a las capitales, están señaladas por disposiciones gubernamentales, por un tratado público, por la instalación de un congreso, por acciones dirigidas hacia el exterior para cambiar un gobierno o extender aún más el poder del Estado colombiano. En Venezuela la vida se desenvuelve en el campo raso y en Nueva Granada en las ciudades, porque sabe de "la iniciativa de las ciudades que

es una revolución de ideas y el levantamiento de los campos que es una rebelión de instintos" (1).

Hacia el final de su vida, saturado de las amarguras y desilusiones de la política pero obligado a seguir actuando en ella y sin posibilidades de renovar sus triunfos militares, sueña con implantar un gobierno en que la espada sea el árbitro único. Pero ya está fatigado y enfermo, debilitado y abatido; ya su genio declina y sus ímpetus son más fáciles de ahogar. Quizás porque siente la decadencia inexorable imagina poder regresar a los momentos de pujanza, pero su sueño tiene un despertar amargo. Las tendencias de los dos países se presentan a sus ojos con mayor claridad, y este pensamiento lo tortura e irrita. Al final de 1829 escribe a Castillo Rada: "A mí nadie me quiere en Nueva Granada, y acaso todos sus militares me detestan". Y un poco antes, en Bucaramanga, había señalado la influencia definitiva, y para él inconveniente, de la política de la Nueva Granada en la guerra de la independencia: la lucha entre Nariño y Baraya, la dictadura de Alvarez, la obra íntegra de Santander, y con tono amargado se expresaba así de los militares: "No quiero hacer un paralelo entre los militares de Venezuela y Nueva Granada porque resultaría un contraste poco favorable para estos últimos..... La mayor parte de estos Generales —(los de Nueva Granada)— han ganado sus ascensos por servicios de guarniciones lejos del enemigo o en las oficinas. No pasa lo mismo con los Generales de Venezuela; ellos son casi todos Generales de campaña; sus servicios han sido hechos en los campos, al frente del enemigo y combatiendo contra él. La República ha tenido ocho Generales en jefe: Yo, Mariño, Arismendi, Urdaneta, Páez, Bermúdez, Sucre y el Almirante Brión, todos venezolanos, excepto Brión que era extranjero.....".

Pero más tarde exclama: "El no habernos compuesto con Santander nos ha perdido a todos.....".

Y entonces siente el vacío que empieza a rodearlo por todas partes como una muralla descomunal. El, a quien las multitudes aclamaron con delirio casi místico; él, que arrastraba tras de sí

(1) Rodó - Bolívar.

miles de hombres al triunfo o a la muerte; él, cuyo carro victorioso era tirado por las más bellas mujeres de Caracas; él, el árbitro de la sociedad limeña que lo asediaba con sus incitaciones múltiples; él, a quien rindieran honores en Potosí todas las banderas de guerra del continente como tributo a su magnitud..... estaba frente al mar, enfermo, pobre, solo, esperando la limosna de un pasaporte que le permitiera ir a morir lejos de la tierra que había libertado, albergado en casa de un español que lo había recogido con gesto hospitalario. Así lo sorprendió la muerte, creyendo que tras sí corría como una jauría el odio de todos los americanos que vivían desde Potosí hasta el Orinoco. Por eso sus labios se sellaron exclamando: "Vámonos..... Esta gente no nos quiere..... Que lleven mi equiaje a bordo".

RELACIONES ESPACIALES

Las discrepancias entre los dos países, que tienen su fuente única en la sangre y el suelo de cada uno de ellos, establece en la guerra emancipadora una serie de relaciones espaciales que fijan por entero su índole singular.

Los hechos que determinan su duración tienen un ritmo uniformemente retardado. Al principio las acciones armadas se suceden con una inusitada frecuencia; en todas partes está el enemigo, y en todo momento hay que combatirlo; no hay reposo posible; si la revolución quiere perdurar hay que pasar de un combate a otro sin mayor preparación previa y sin descanso alguno; pero a medida que el tiempo transcurre, la separación temporal entre los encuentros aumenta tanto entre uno y otro que entre ellos llegan a mediar años enteros como sucede en la campaña del sur.

A esta separación en el tiempo corresponde exactamente la misma separación en el espacio. En los primeros años de la guerra los revolucionarios y los españoles están desparramados por todo el territorio colonial. Se combate en las ciudades y en los campos, en las haciendas y en los caminos, en los litorales y en las fronteras remotas. Es una especie de contienda generalizada en tal forma que todo sitio es un campo de lucha. Pero una ac-

ción militar así llevada atomiza los resultados sean cuales fueren los éxitos de los dos adversarios; por eso, cada día que pasa se van formando agrupaciones más considerables que se distancian una de otra hasta el momento en que los ejércitos antagónicos, ya formados, atraviesan países enteros sin dificultad para poder enfrentarse al enemigo. El combate se convierte en batalla y la estrategia suplanta a la táctica. Perú y Bolivia los verán moverse de este modo.

Era lógico que las luchas se sucedieran en esta forma. La revolnción, como todas las de su género, se había iniciado de una manera tumultuosa y su fuerza había tenido necesidad de contenerse hasta hallar cauces seguros. La tarea que en el comienzo parecía sencilla y fácil de coronar por una valerosa violencia, iba multiplicando sus dificultades a medida que tomaba cuerpo, y el orden y una hábil dirección se imponían.

Al mismo tiempo, a medida que los insurgentes van logrando quitar al enemigo las armas después de prodigiosos esfuerzos, adquieren una fuerza adicional que no puede dilapidarse en acciones pequeñas ni exponerse a descalabros posibles.

El prestigio del jefe y el éxito demostrado suman a sus tropas los indecisos, y con el crecimiento de los efectivos aumentan las dificultades de comando; las unidades, al volverse más pesadas se hacen más lentas, y esta lentitud dilata el tiempo entre una acción y otra hasta el punto en que, reunidos frente a frente los dos núcleos importantes de los adversarios, tiene que jugarse la suerte de la guerra en una batalla definitiva que no puede dejarse a los azares de la improvisación o la precipitud. Y la figura de Bolívar, al dilatarse los períodos entre los encuentros, al acrecentarse los efectivos, al crecer las dimensiones de los objetivos fijados, y al hacerse indispensable una atinada dirección para asegurar el éxito, cambia también. Al comienzo es camarada, más tarde, conductor, después estadista y el final de la campaña, dominador. Igualmente, la categoría en la sucesión de los triunfos lo coloca en pedestales cada vez más altos: en Venezuela es jefe de junta; en Colombia, presidente; en el Perú, dictador y en Bolivia habla de Imperio.....

INDICE

CAPITULO I

Los predestinados

CAPITULO II

El concepto espacial de Bolívar

CAPITULO III

Espacio, sangre y tiempo

CAPITULO IV

Libertad en extensión

CAPITULO V

Confederaciones - I Parte

CAPITULO VI

Confederaciones - II Parte

CAPITULO VII

Guerra y política

CAPITULO VIII

La historia y el suelo
